AVENTURAS DE UN NIÑO IRLANDÉS

1989

AVENTURAS

DE UN NIÑO

IRLANDÉS

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS

PRIMERA PARTE

MADRID
SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10—CAMPOMANES—10
1894

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

MADRID—TIPOGRAFÍA FRANCO-ESPAÑOLA, BAILÉN, 26

AVENTURAS DE UN NIÑO IRLANDÉS

LOS PRIMEROS PASOS

I

En el fondo de Connaught.

Irlanda, cuya superficie comprende veinte millones de ácres ó sea unos diez millones de hectáreas, está gobernada por un virey, asistido de un Consejo privado, en virtud de una delegación del soberano de la Gran Bretaña. Está dividida en cuatro provincias. Leinster al E. Munster al S. Connaught al O. y Ulster al N.

El Reino Unido no formaba antes más que una sola isla, según los historiadores.

Ahora son dos y más separadas por la diferencia de costumbres que por las barreras físicas. Los irlandeses amigos de Francia, son enemigos de Inglaterra como el primer día.

Irlanda es un hermoso país para los turistas, pero un triste país para sus habitantes. Como estos no pueden fecundarla, ella no les puede alimentar, sobre todo en la parte del Norte. No es, sin embargo una tierra estéril, puesto que cuenta por millones sus hijos, y si no tiene alimento para sus pequeños, estos la aman con pasión. Prodíganla los más cariñosos nombres. *Erin Verde*, y verde es en efecto. *Bella Esmeralda*, una esmeralda engarzada en granito en vez de oro... *Isla de los Bosques*... pero es más bien de las rocas. *Tierra de la Canción*, pero esta canción, sólo se escapa de bocas enfermas. *Primera flor de la Tierra*, *Primera flor de los Mares*, pero estas flores se secan pronto al soplo de los vendavales... ¡Pobre Irlanda! Debería llamarse más bien *Isla de la Miseria*, nombre que debería llevar desde muchos siglos: tres millones de indigentes en una población de ocho millones de habitantes.

En esta Irlanda, cuya altura media es de sesenta y cinco toesas, dos altas regiones separan las llanuras, lagos y hornagueras, entre la bahía de Dublín y la de Galway. La isla forma una especie de cubeta, donde jamás falta el agua, puesto que la unión de los lagos de Erin Verde comprende unos dos mil trescientos kilómetros cuadrados.

Westport, pequeña ciudad de la provincia de Connaught, está situada en el fondo de la bahía de Clew, sembrada de trescientas sesenta y cinco islas ó islotes como el Morbihan de las costas de Gran Bretaña.

Esta bahía es una de las más encantadoras del litoral, con sus promontorios, sus cabos, sus puentes dispuestos como dientes de tiburones que muerden las olas.

En este punto vamos á encontrar á *Hormiguita*, al principio de su historia. Se verá cómo y cuando terminó.

La población de este pueblo, unos cincuenta mil habitantes, es en gran parte católica. Aquel día, un domingo precisamente, 17 de Junio de 1875, la mayoría de los habitantes estaba en la iglesia para los Oficios de la mañana. El Connaught, tierra de origen de los Mac-Mahon, produce esos tipos célticos por excelencia que se conservan en las familias primitivas atacadas por la persecución. Pero aquel miserable país no justifica lo que se dice comunmente de él. *Ir á Connaught, es ir al infierno.*

En los pueblos de la alta Irlanda hay mucha pobreza, y sin embargo: hay trapos que lucen en las fiestas. Los hombres llevan la capa remendada; las mujeres visten faldas sobrepuestas, y se cubren con sombreros con flores artificiales de las que no queda más que la montura de alambre. Todos llegan con los pies desnudos al umbral de la iglesia á fin de no estropear su calzado, botines de suela rota, y botas destrozadas, sin las que ninguno querría franquear el pórtico del templo.

En aquel momento, no había nadie en las calles de Westport, excepto un individuo que iba en una carreta arrastrada por un perrazo delgado y sin lana, negro y feo, con las patas destrozadas por los guijarros, y el pelo deslucido por la cuerda.

—¡Muñecos reales! muñecos!—gritaba aquel hombre.

Viene de Castlebar. Dirigiéndose hacia el O. ha atravesado esas alturas que hacen frente á la mar como la mayor parte de las montañas de Irlanda: al N., la cadena del Nephin, con su cima de dos mil quinientos pies, y al S. el Croagh-Patrick, donde el gran santo irlandés, el introductor del cristianismo de el siglo IV pasaba los cuarenta días de la cuaresma; después ha descendido por los peligrosos desfiaderos de Connemara, las salvajes regiones de los lagos Mask y Corril que desembocan en Clew-Bay. No ha tomado el ferrocarril de Midland Great-Western que pone á Westport en comunicación con Dublín; sino que ha bajado por el camino franco gritando por todas partes y pregonando su espectáculo de muñecos, y pegando latigazos al perro que ya no puede más. Un feroz ladrido de dolor responde al latigazo lanzado por una mano vigorosa, y alguna vez una especie de gemido sale del interior de la carreta.

Y después que el hombre, ha dicho al animal:

—¡Andarás, hijo de perra!—parece que se dirije á otro oculto en el fondo de la carreta, cuando grita:

—¡Callarás tú, hijo de perro!

El gemido cesa. Y la carreta se pone de nuevo lentamente en marcha.

Este hombre se llama Thornpipe. ¿De qué país es? Poco importa.

Baste saber que es uno de esos anglosajonés, que las islas Británicas producen en las clases bajas. No tiene más sensibilidad que una bestia, ni más corazón que una roca. Desde que llegó á las primeras viviendas de Westport siguió la calle principal, rodeada de casas bastante confortables con tiendas de pomposos letreros, pero donde poco se encontraba que comprar. En esta calle desembocan callejuelas sórdidas como arroyos fangosos que se arrojan en un limpio río. Sobre los agudos guijarros de que está empedrada la calle, la carreta de Thornpipe marchaba con ruído de herraje, con detrimento sin duda de los muñecos, que llevaba para solaz de los habitantes de las poblaciones de Connaught.

Faltaba el público siempre. Thornpipe continuó descendiendo, y llegó á una calle de árboles, ante la que se extendía un parque cuya alameda conducía al puerto abierto sobre la bahía de Clew.

No es preciso decir que ciudad, puerto, parque, calles, puentes, iglesias, casas, todo pertenecía á uno de esos opulentos landlords que poseen casi todo el suelo de Irlanda, al marqués de Sligo, de pura y antigua nobleza, el que no era un mal dueño á los ojos de sus colonos.

A los veinte pasos, Thornpipe paró su carreta, miró en torno y con una voz que parecía un chirrido de una máquina mal engrasada, gritó:

—¡Muñecos reales, muñecos!

Nadie salía de las tiendas, ni asomaba á las ventanas. Aquí y allá aparecían algunos harapos y de ellos, caras hambrientas, ojos enrojecidos, hundidos, como esas aberturas al través de las que se ve el vacío. Después niños casi desnudos; cinco ó seis de estos, se acercaron al fin á la carreta de Thornpipe, cuando este hizo alto en la gran alameda. Todos gritaron:

—¡Copper! ¡Copper!...

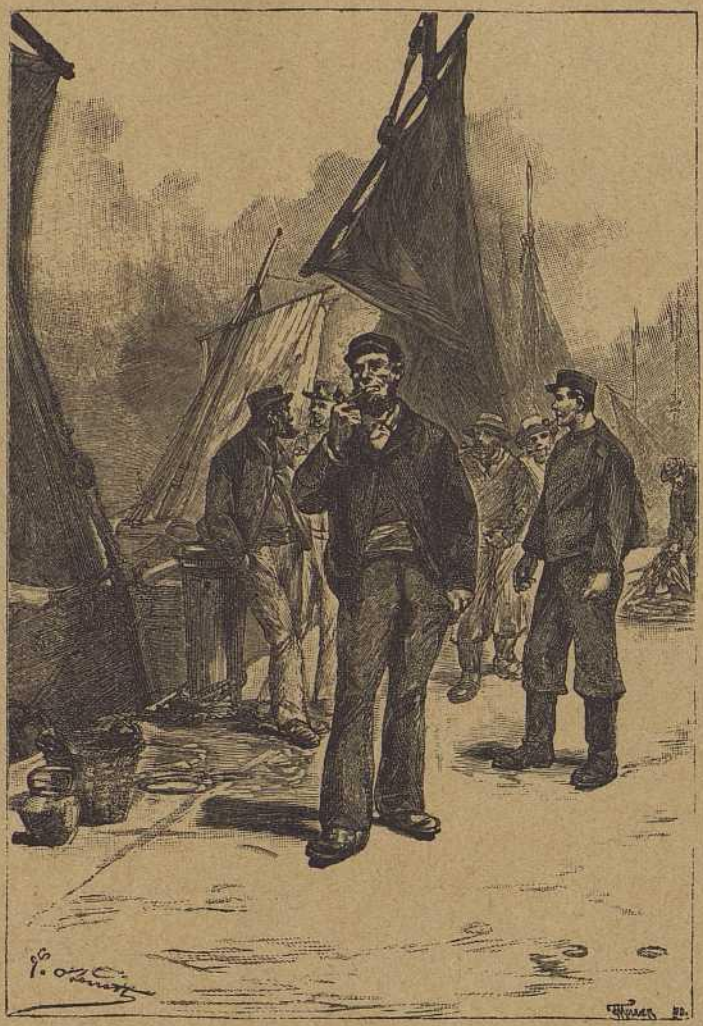
Es esta una moneda de cobre de ínfimo valor. ¿A quién se dirigían estos niños? A un hombre que tiene más deseo de recibir limosna que de darla. Así, acogió á los muchachos con gestos amenazadores. Los chicos procuraron mantenerse lejos de su látigo, y más aun de los dientes del perro, una verdadera bestia feroz, rabiosa por los malos tratamientos. Por otra parte, Thornpipe está furioso. Grita en el desierto. Paddy, (el irlandés como John Bull es el inglés); no muestra ninguna curiosidad por sus muñecos reales. No es cierta enemistad por la augusta familia de la Reina. No. Lo que no le gustà, lo que odia con un furor amasado durante muchos siglos de opresión, es al landlord que le considera como un ser inferior á los antiguos siervos de Rusia. Y si él ha aclamado á O'Connell, es porque este gran patriota ha sostenido los derechos de Irlanda, establecidos por el acto de la unión de los tres reinos en 1806; es porque, más tarde, la energía, la tenacidad, la audacia política de aquel hombre de Estado, han obtenido el bill de emancipación de 1829; es porque gracias á su actitud incorruptible, la Irlanda, esa Polonia de Inglaterra, la Irlanda católica, sobre todo, iba á entrar en un periodo de casi libertad. Creemos que Thornpipe hubiera procedido más sabiamente enseñando á O'Connell; pero no era esta suficiente razón para desdeñar la efigie de su graciosa magestad. Verdad es que Paddy hubiera preferido y mucho, el retrato de su Soberana en monedas, pounds, coronas, medio coronas; y precisamente este retrato es lo que falta generalmente en los bolsillos del irlandés.

Ningún espectador serio se rendía á las invitaciones de Thornpipe: la carreta se puso en marcha de nuevo, tirada penosamente por el perro.

Thornpipe continuó su paseo por la calle de árboles y á la sombra de los magníficos olmos. Se encontraba solo. Los chicos acabaron por abandonarle. De esta suerte llegó al parque circundado de avenidas que el marqués de Sligo dejaba á la circulación pública, á fin de dar acceso al puerto distante una milla larga de la ciudad.

—¡Muñecos reales!... ¡Muñecos!...

Nadie respondía. Los pájaros arrojaban agudos gritos volando de un arbol á otro. El parque estaba no menos abandonado que la calle.—¿Por qué ir en domingo á invitar á los católicos á aquella exhibición cabalmente á la hora de los Oficios? Preciso era que Thornpipe no fuera del país. ¿Tal vez después de la comida, entre la misa y las vísperas, su tentativa sería más afortunada? En todo caso, él no tenía inconveniente en llegar hasta el puerto, lo que hizo jurando, en defecto de San Patrick, por todos los diablos de Irlanda.



Muchos marineros se paseaban fumando por el muelle.

Este puerto es poco frecuentado, por más que sea el más vasto y abrigado de esta costa. Si llegan algunos navíos, es porque es necesario que la Gran Bretaña, es decir, Inglaterra y Escocia envíen á esta árida región de Connaught lo que ella no puede sacar de su propio suelo. La Irlanda es un niño amamantado por dos nodrizas, pero éstas se hacen pagar cara la crianza. Varios marineros se paseaban fumando por el muelle; como era día de fiesta, la descarga de los navíos estaba en suspenso.

Se sabe cuán severa es la observancia de la fiesta del domingo entre la raza anglosajona. Los protestantes aportan allí toda la intransigencia de su puritanismo, y en Irlanda los católicos luchan con ellos en la práctica del culto. Son, por tanto, dos millones y medio contra ciento cincuenta mil adictos á los diversos ritos de la religión anglicana.

En Westport, no se veía ningún navío perteneciente á otros paises. Bricks-goletas, *schooners*, algunos barcos de pesca, de los que trabajaban á la entrada de la bahía, no se encontraban en uso, por estar baja la marea. Aquellos navíos, venidos de la costa occidental de la Escocia con cargamentos de cereales, lo que más faltaba en Connahugt, se volvían á hacer al mar en lastre, después de haber descargado. Para encontrar buques de gran navegación, era preciso ir á Dublín, á Londonderry, á Belfast, á Cork, donde hacen escala los paquebots trasatlánticos de las líneas de Liverpool y de Londres.

Thornpipe dió una pequeña vuelta.

Evidentemente, no sería de estos marinos desocupados de los que Thornpipe podría sacar algunos shillings, y su grito debía quedar sin eco hasta sobre el muelle del puerto. Detuvo, pues, su carreta. El perro hambriento y destrozado por la fatiga se extendió sobre la arena. Thornpipe sacó de su zurrón un pedazo de pan, algunas patatas y un arenque salado, y se puso á comer con el apetito del que hace la primera comida después de una larga jornada.

El perro le miraba haciendo chocar sus mandíbulas de las que pendía una larga lengua; pero sin duda la hora de su comida no había llegado, pues acabó por colocar su cabeza entre las patas, cerrando los ojos.

Un ligero movimiento que se produjo en el interior de la caja sacó á Thornpipe de su apatía. Se levantó; observó si alguno le veía; y alzando el tapiz que cubría la caja de sus muñecos, introdujo por él un pedazo de pan diciendo en tono feroz:

—¡Si no callas!...

Un ruido de masticación le respondió, como si un animal moribundo de hambre, estuviera acurrucado en el interior. Thornpipe continuó comiendo. Pronto acabó con el arenque y las patatas cocidas con el fin de hacerlas más sabrosas. Llevó á sus labios una tosca calabaza, llena de esa lechecilla agria que es bebida muy común en el país.

Entretanto la campana de la iglesia de Westport tocó á todo vuelo, anunciando el fin de los Oficios. Eran las once y media. Thornpipe hizo levantar al perro de un la-

tigazo, y se dirigió hacia la calle de árboles, con la esperanza de encontrar espectadores á la salida de la iglesia. Durante la media hora que precedía á la comida, tal vez encontraría ocasión de ganar algún dinero. Volvería á comenzar después de las vísperas, y no se pondría en camino hasta el día siguiente, á fin de exponer sus muñecos en algún otro pueblo del condado.

La idea no era mala. En defecto de shillings, él sabría contentarse con coppers y por lo menos sus muñecos no trabajarían para aquel famoso rey de Prusia, cuya avaricia fue tal, que nadie vió jamás el color de su dinero.

Volvió á gritar:

—¡Muñecos reales!... ¡muñecos!...

En dos ó tres minutos unas veinte personas rodearon la carreta. Decir que fueron lo más granado de la población, sería exajerar. En su mayor parte eran niños, unas diez mujeres y algunos hombres, casi todos con sus zapatos en la mano, no solamente por el afan de no usarlos, sino porque así estaban más á gusto por su costumbre de andar descalzos.

Hagamos, sin embargo, una excepción para ciertos notables de Wesport, pertenecientes á este público de los domingos. Por ejemplo, el panadero que se ha parado con su mujer y sus dos hijos.

Verdad que su "*tweed*„ data de algunos años, y los años son dobles ó triples, para este objeto, en el lluvioso clima de Irlanda, pero el digno patrón está presentable. Su tienda luce esta pomposa muestra: *Panadería pública central*; y en efecto; en ella se centralizan los productos de su fabricación, pues no hay otra en todo Wesport. Allí está también el droguista, el que reclama el título de farmacéutico, aunque en su tienda falten las drogas más usuales. La titula *Medical Hall*, muestra trazada con letras magníficas, que debian curar nada más que mirándolas.

También un sacerdote ha hecho alto ante la carreta de Thornpipe. Viste un traje adecuado á su profesión: cuello de seda, largo chaleco cuyos botones se abrochan como los de una sotana y larga levita. Es el jefe de la parroquia, en la que ejerce múltiples funciones; pues no solamente bautiza, confiesa, casa y aplica la extremaunción á sus fieles, sino que les aconseja en todos sus negocios, y les asiste en sus enfermedades; y esto con completa libertad, pues no depende del Estado. Los diezmos en especie y los honorarios de las ceremonias religiosas,—lo que en otros paises se conoce con el nombre de pie de altar—le aseguran una vida honrada y cómoda. Es el administrador natural de las escuelas y de las casas de caridad—lo que no le impide presidir los concursos de sport náuticos ó hípicos. Está íntimamente mezclado á la vida familiar de sus feligreses; es respetado y no se desdeña de aceptar un vaso de cerveza sobre el mostrador de alguna tienda. La pureza de sus costumbres no ha sufrido jamás ningún ataque. Y por otra parte, ¡cómo su influencia no ha de ser decisiva en aquellas comarcas tan penetradas del catolicismo, en las que, como ha dicho Mlle. Anne de Bovet en su precioso viaje *Tres meses en Irlanda*, „La amenaza de ser excluido de la Santa Mesa, haría pasar al campesino por el ojo de una aguja!„

Thornpipe lanzó por última vez su grito de atracción:

—¡Muñecos reales!... ¡muñecos!...

II

Muñecos reales.

La carreta de Thornpipe estaba construida de un modo rudimentario. Unas varas á las que el feroz perro está enganchado. Una caja cuadrangular colocada sobre dos ruedas—lo que hacía más facil el paso por los caminos de traqueteo del condado.—Por encima de la caja un toldo de tela colocado sobre cuatro varillas de hierro, y que defiende, si no del sol poco fuerte de ordinario, al menos de las interminables lluvias de la alta Irlanda. Se asemeja á esos aparatos que llevan los organillos de Barbaria, cuyos extridentes silbidos se mezclan al toque de las cornetas; pero no es un órgano lo que Thornpipe lleva de pueblo en pueblo, ó al menos en este aparato más complicado el órgano es un sencillo organillo, como se podrá juzgar pronto.

La caja está cerrada por una cubierta que se levanta, y hé aquí lo que los espectadores ven, hecha la operación.

A fin de evitar repeticiones, escucharemos á Thornpipe. A no dudar, el foráneo, con su interminable facundia, hubiera podido competir con el célebre Brioché, el

creador del primer teatro de muñecos en los campos en feria de la Francia.

—¡Señoras y señores!...

Este es el invariable comienzo destinado á provocar las simpatías de los espectadores, hasta cuando el público se compone de míseros haraposos.

—Señoras y señores: Esto representa el salón de fiestas en el castillo real de Osborne, isla de Wight.

En efecto; la decoración representa un salón en miniatura, colocado entre cuatro planchas, y sobre las que están pintadas puertas y ventanas; hay muebles de cartón sobre un tapiz de color, mesas, sillones, sillas, colocados de manera que no impidan la circulación de los personajes, príncipes, princesas, duques, marqueses, condes, barones, que se pavonean con sus nobles esposas en medio de aquella recepción oficial.

—En el fondo, continúa Thornpipe—notareis el trono de la Reina Victoria, cubierto de un pabellón de terciopelo carmesí, con franjas de oro, modelo exacto del en que su graciosa Majestad toma asiento en las ceremonias de la corte.

El trono en cuestión, de tres ó cuatro pulgadas de altura, y aunque el terciopelo sea de papel, y las franjas faltas de una coma de color amarillo, no deja de producir ilusión á aquellas gentes que jamás han visto ese mueble esencialmente monárquico.

—Sobre el trono, continuó Thornpipe, contemplad á la Reina—parecido garantizado, —vestida de gala; el manto real sobre los hombros, la corona en la cabeza y el cetro en la mano.

Nosotros, que no hemos tenido nunca el honor de ver á la Soberana del Reino Unido, emperatriz de las Indias, en sus salones de fiesta, no sabemos decir si la figura representa á S. M. con fidelidad escrupulosa.

Sin embargo, admitiendo que ciña la corona en las grandes solemnidades, es dudoso que su mano empuñe un cetro semejante al tridente de Neptuno. Lo más sencillo es creer á Thornpipe, y esto fue lo que sabiamente hicieron los espectadores.

„A la derecha de la Reina—siguió Thornpipe—llamo la atención del público sobre sus Altezas Reales, el príncipe y la princesa de Gales, tales como les habeis podido ver, en su último viaje á Irlanda.

No se engaña. Hé ahí al príncipe de Gales en traje de feld-mariscal del ejército británico, y la hija del rey de Dinamarca, con un magnífico traje de encajes figurado por un pedazo de papel de plata.

Al otro lado están el duque de Edimburgo, el de Connaught, el de Fife, el príncipe de Battemberg, sus mujeres, en fin toda, la familia real, describiendo un semicírculo ante el trono. Cierto que estos muñecos—parecido garantizado, todos con sus trajes de ceremonia, sus caras iluminadas y sus actitudes—dan una idea muy exacta de la corte de Inglaterra.

Hé aquí los grandes magnates de la corona, entre otros el gran almirante Sir Georges Hamilton. Thornpipe tiene cuidado de designarles con el borde de su varita á la admiración del público, añadiendo que cada uno de ellos ocupa el lugar debido á su rango, siguiendo la etiqueta ceremonial.

Respetuosamente inmovil ante el trono está un caballero de alta estatura, de distinción anglo-sajona, que no puede ser más que uno de los ministros de la Reina.

Es, en efecto, el jefe del gabinete de Saint-James, ligeramente encorvado por el peso de sus negocios.

Thornpipe añade:

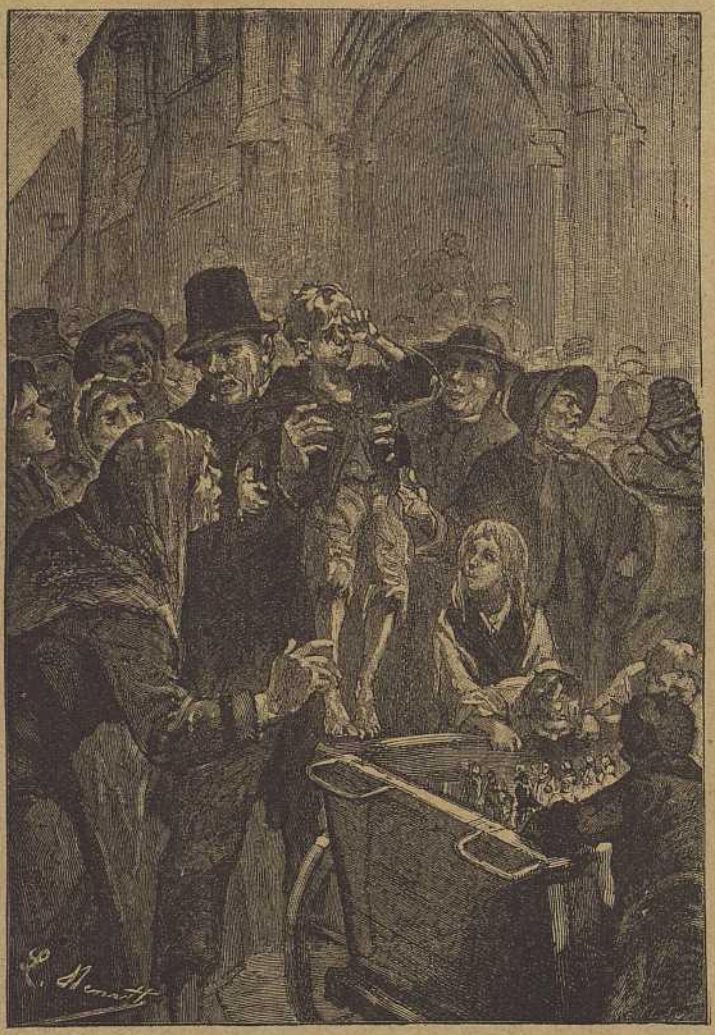
—Y cerca del primer ministro, á la derecha, el venerable señor Gladstone.

Y, á fe, que hubiera sido difícil no reconocer al ilustre „Odmand“ ese buen viejo, siempre derecho, y siempre pronto á defender las ideas liberales contra las ideas autoritarias. Tal vez hay motivo para asombrarse de que mire al primer ministro con aire de simpatía; pero entre muñecos—hasta entre muñecos políticos—pasan bien estas cosas, y lo que repugnaría á seres de carne y hueso, no es vergonzoso tratándose de muñecos de cartón ó de madera.

Hé aquí ahora otro anacronismo inesperado. Thornpipe, dice ahuecando la voz:

—Señoras y señores: Les presento á vuestro célebre patriota O'Connell—cuyo nombre encontrará siempre eco en el corazón de los irlandeses.

¡Sí! O'Connell está allí, en la corte de Inglaterra en 1874, aunque estuviera muerto hacía veintiseis años. Y si se le hubiera hecho esta observación á Thornpipe, hubiera respondido que para un hijo de Irlanda, el gran revolucionario siempre está vivo. De este modo hubiera podido exhibir á M. Parnell aunque este hombre político no fuera



Un niño de unos tres años.

conocido en aquella época. Después y diseminados vense otros cortesanos cuyos nombres se nos escapan, todos condecorados y llenos de cordones, celebridades políticas y militares, entre otros Su Gracia el duque de Cambridge cerca de lord Wellington, y lord Palmerston junto á M. Pit: en fin, miembros de la alta Cámara, fraternizando con miembros de la Cámara baja: tras ellos una hilera de guardias, en traje de parada, á caballo en medio del salón, lo que indica que se trata de una fiesta como es raro ver en el castillo de Osborne. Todo, comprende unos cincuenta hombrecillos, rabiosamente pintorrogeados, que representan con aplomo todo lo más aristocrático, lo más oficial en el mundo militar y político del Reino Unido.

Vése también que la flota inglesa no ha sido olvidada, y si el yacht real *Victoria and Albert* no está allí, al menos tiene navíos pintados en los vidrios de las ventanas desde donde se puede ver la rada de Spithtead. Con buena vista, no duda se podría distinguir el yacht *Enchanteress* llevando á bordo dos señores, los lores del almirantazgo, cada uno con el anteojo en una mano y la bocina en la otra.

Preciso es convenir en que Thornpipe no ha engañado al público diciéndole que esta exhibición es única en el mundo. Positivamente, ella permite economizar un viaje á la isla de Wight. Así, pues, quedan maravillados no solo los chiquillos, sino igualmente los espectadores mayores de edad que no han salido nunca del condado de Con-

LAS MUJERES SE CONDOLÍAN DE SU SUERTE

naught ni de los alrededores de Wesport. Tal vez el cura de la parroquia se sonríe *in petto*: en cuanto al farmacéutico-droguista, dice que estos personajes son de una semejanza maravillosa, aunque no los ha visto en su vida. Respecto al panadero confesaba que todo aquello excedía de los límites de la imaginación y que parecía imposible que una recepción en la corte de Inglaterra se celebrase con tanto lujo, brillo y distinción.

—Pues bien, señoras y señores; esto no es nada aún—dijo Thornpipe. Suponéis sin duda que estas personas reales y las otras, no pueden hacer movimientos ni gestos... ¡Error! Están vivos, vivos, como vosotros y como yo... y lo vais á ver.—Pero antes me tomaré la libertad de dar una vuelta, recomendándome á vuestra generosidad.

Este es el momento crítico para los que muestran curiosidades, cuando el platillo empieza á circular entre los espectadores. Por regla general, el público de estos espectáculos se divide en dos clases: los que se van, para no soltar dinero, y los que se quedan con la intención de divertirse gratuitamente; estos últimos son más numerosos. Existe otra tercer categoría: la de los que pagan; pero es tan reducida, que vale más no hablar de ella. Esto se evidenció cuando Thornpipe echó su guante con una sonrisa que procuraba hacer amable y que resultaba feroz. ¿Cómo calificar si no aquel rostro de perro, con ojos brillantes, y boca más pronta á morder á las gentes que á besarlas?

Se supone que entre aquel público apenas se encontraban dos coppers que recoger. Los espectadores que deseaban ver sin pagar, volvian la cabeza. Cinco ó seis solamente echaron algunas monedillas, lo que produjo una colecta de poco más de un shilling. Acogioles Thornpipe con despreciativa sonrisa. Preciso era contentarse, y esperar la representación de la tarde que tal vez produciría más ganancias, y ejecutar el programa antes que devolver el dinero.

Y entonces, á la admiración muda, sucedió la admiración que se demostraba con gritos, palmadas,—¡oh!... ¡oh!... que debían oirse desde el puerto.

Thornpipe acaba de dar un golpe con la varilla en la caja; el golpe ha provocado un gemido del que nadie ha hecho caso.—De repente la escena se anima, de un modo milagroso, puede decirse.

Los muñecos, movidos por un mecanismo interior, parecen estar dotados de vida real. Su Majestad la Reina Victoria no ha dejado el trono, cosa contraria á la etiqueta, no se ha levantado, pero mueve la cabeza, agítase su corona, y baja el cetro á manera de una batuta que mide un compás. En cuanto á los miembros de la real familia, se vuelven, saludan, mientras duques, marqueses, barones, desfilan con grandes demostraciones de respeto. Por su parte, el primer ministro se inclina ante M. Gladstone que contesta á su vez. Cerca de ellos O'Connell avanza gravemente por su ranura invisible seguido del duque de Cambridge. Los otros personajes muévense también, y los caballos de la guardia, como si no estuvieran en un salón y en la corte del castillo de Osborne piafan, sacudiendo la cola.

Y todo esto se efectúa amenizado por una musiquilla chillona, merced á un organillo falto de notas. ¡Pero cómo Paddy, tan sensible al arte musical que Enrique VIII ha puesto un arpa en las armas de Verte-Erin no había de quedar encantado aunque prefiriese al *God save the, Queen*, y al *Rule Britannia,* himnos melancólicos que son los dignos cantos nacionales del triste Reino Unido, ó algún cántico de su querida Irlanda!

Para quien jamás había visto el aparato de los grandes teatros de Europa, aquel espectáculo era hermoso y digno de provocar la más grande admiración. A la vista de aquellos muñecos movibles, el entusiasmo llegó al delirio.

Y hé aquí que de pronto la Reina baja tan vivamente su cetro que toca la redonda espalda del primer ministro. Entonces los hurras del público crecen.

—¡Están vivos!—dice uno de los espectadores.

—Solo les falta hablar—responde otro.

—Quisiera saber qué es lo que les hace moverse; dice el panadero.

—Es el diablo—exclamó un marinero.

—Sí—¡el diablo! murmuran algunas mujeres santiguándose y volviendo la cabeza hacia el cura que contemplaba el espectáculo con aire pensativo.

—¿Cómo queréis que el diablo pueda estar en el interior de esa caja?—hace observar un joven tendero, célebre por su simplicidad.—El diablo es muy alto.

—Sí no está dentro está fuera—dice una vieja. Él es el que nos muestra el espectáculo.

—No; respondió gravemente el droguista; —sabeis bien que el diablo no habla el irlandés.

Es esta una de las verdades que Paddy considera como incontestables, y quedó sentado que Thornpipe no podía ser el diablo, puesto que hablaba en la lengua del país.

Decididamente, si el sortilegio no entraba para nada en aquello, preciso era admitir que un mecanismo interior ponía en movimiento aquellos muñecos. Sin embargo, nadie había visto á Thornpipe tocar el resorte, y además,—particularidad que no se había escapado al cura—desde que la circulación de los personajes comenzaba á aminorarse, un latigazo dado bajo la caja que ocultaba el tapiz, bastaba para reanimar el juego.

¿Á quién se dirigía aquel latigazo, siempre seguido de un gemido?

Quiso el cura saberlo y preguntó á Thornpipe:

—¿Tenéis un perro en la caja?

El otro le miró frunciendo el entrecejo y pareció que la pregunta le molestaba.

—¡Hay, lo que hay! respondió:—Es mi secreto. No tengo obligación de descubrirle.

—No tenéis esa obligación, respondió el cura—pero nosotros tenemos el derecho de suponer que es un perro el que pone en acción el mecanismo.

—Sí, ¡un perro! —respondió Thornpipe mal humorado; un perro en una caja giratoria. Mucho tiempo y mucha paciencia me ha costado el adiestrarle. ¿Y qué he recibido en pago de mi trabajo? ¡Ni la mitad de lo que se dá al cura de la parroquia por una misa!

En el instante en que Thornpipe acababa esta frase, el mecanismo se detuvo, con gran descontento del público, cuya curiosidad no estaba aún satisfecha. Y como Thornpipe se dispusiera á echar la tapa de la caja, anunciando que la representación estaba terminada, preguntóle el farmacéutico.

—¿No consentiríais en dar una segunda?

—No; respondió bruscamente Thornpipe que se veía asediado por miradas sospechosas

—¿Ni aunque se os asegurase una ganancia de dos shilliugs?

—¡Ni por dos ni por tres!—exclamó Thornpipe.

No deseaba más que partir; pero el público no parecía de humor de consentírselo. Sin embargo, á una seña de su amo, el perro tiraba ya de la carreta, cuando una larga queja, entrecortada por sollozos, escapóse de la caja. Furioso Thornpipe gritó como antes:

—¡Callarás, hijo de perro!

—¡No es un perro lo que está ahí!—dijo el cura deteniendo la carreta.

—¡Sí! respondió Thornpipe.

—¡No; es un niño!

—¡Un niño! ¡un niño! repitieron los espectadores.

En los sentimientos de estos acababa de operarse un cambio.

Á la curiosidad, sustituía la compasión que se manifestaba en aptitud poco agradable para Thornpipe. ¡Un niño encerrado en el fondo de aquel cajón, donde apenas podría respirar, y golpeado con un látigo cuando se detenía por falta de fuerzas para mover la caja!

—¡El niño!... ¡el niño!—gritaron enérgicamente.

Thornpipe quiso resistir y empujar la carreta por detrás.

Fue en vano. El panadero la cogió de un lado, el droguista por otro y la sacudieron. Jamás la corte real se encontró en fiesta parecida; los príncipes tropezando con las princesas; los duques con los marqueses; el primer ministro cayendo y arrastrando en su caida al ministerio: semejante cáos jamás se produciría en el palacio de Osborne aunque la isla de Wight, fuera agitada por un temblor de tierra.

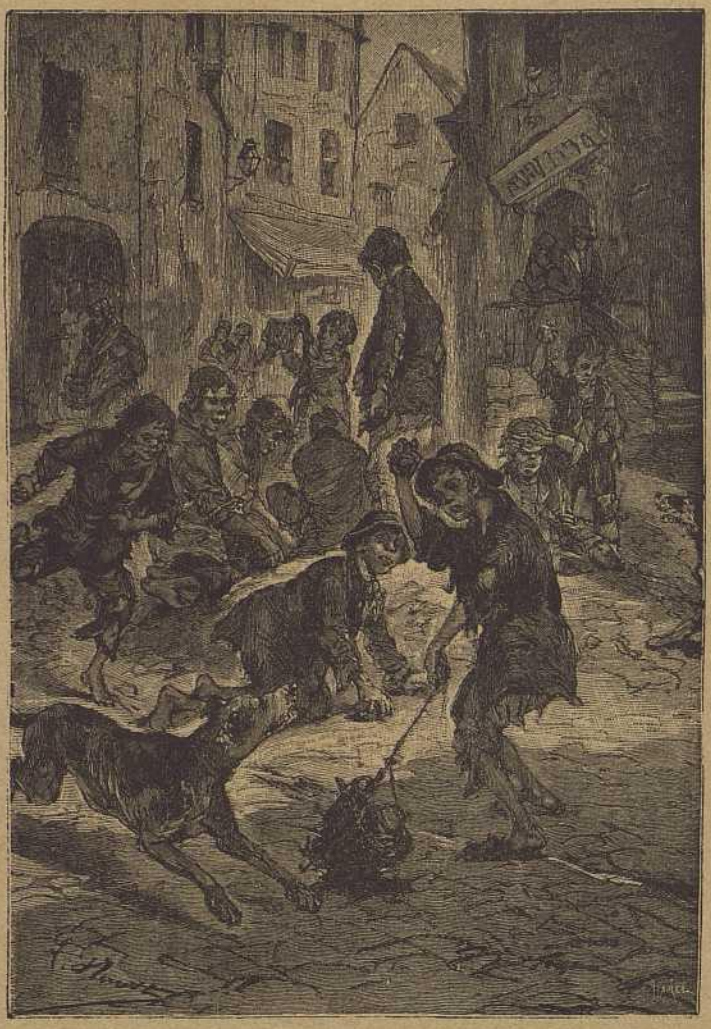
Sujeto Thornpipe, aunque se defendía furiosamente, inspeccionose la carreta y el droguista sacó un niño de la caja.

¡Sí! un niño de unos tres años, pálido, delgaducho, con las piernas cruzadas por los latigazos, respirando apenas.

Nadie en Westport conocía á este niño.

De esta suerte entró en escena *Hormiguita*, el heroe de esta historia. ¿Cómo cayó en manos de aquel bestia, que no era su padre? Había sido recogido nueve meses antes por Thornpipe en la calle de una aldea de Donegal, y ya se ha visto á lo que el verdugo le dedicó.

Una mujer acababa de tomarle en brazos, y procuraba reanimarle. Se formó un corro



Tales eran las ocupaciones de los niños.

en torno. Tenía una cara interesante, hasta inteligente aquella pobre ardilla, reducida á hacer moverse la caja para ganarse la vida. ¡Ganarse la vida..... á esa edad!

Al fin abrió los ojos, y se echó atrás al ver á Thornpipe que avanzaba para cojerle gritando:

—¡Dádmele!

—¿Sois su padre, pues?—preguntó el cura.

—Sí; respondió Thornpipe.

—No, no es mi papá—gritó el niño pegándose á los brazos de la mujer.

—¡No es vuestro!—exclamó el droguista.

—¡Es un niño robado!—añadió el panadero.

—¡Y no os lo devolveremos!—dijo el cura.

Thornpipe quiso resistir. Con la faz congestionada, los ojos inflamados de cólera, parecía fuera de sí y dispuesto á esgrimir su cuchillo, cuando dos hombres vigororos se lanzaron á él y le sujetaron.

—¡Echadle! ¡Echadle!—repetían las mujeres.

—¡Vete de aquí!—dijo el droguista.

—¡Y que no vuelvas por el condado!—exclamó el cura con un gesto amenazador.

Thornpipe dió un fuerte latigazo al perro, y la carreta echó á andar subiendo la calle principal de Westport.

—¡Miserable! dijo el farmacéutico—No pasan tres meses antes que haya danzado el minuet de Kilmainham.

Bailar este minuet es, siguiendo la locución del país, ser ahorcado.

Después, cuando se preguntó al niño como se llamaba, respondió con voz bastante firme.

—*Hormiguita.*

Y de hecho, no tenía otro nombre.

III

Ragged-School. (1)

—¿Y el número 13, qué tiene?

—Fiebre.

—¿Y el número 9?

—Coqueluche.

—¿Y el 17?

—Coqueluche también.

—¿Y el 23?

—Creo que será escarlatina.

Á medida que le daban estas respuestas, M. O'Bodkins las escribía en un registro admirablemente llevado en los folios correspondientes á los números 23, 17, 9 y 13. En el tal registro había una columna destinada al nombre de la enfermedad, á la hora de la visita del médico, á la clase de medicamentos empleados, á las condiciones en que estos debían de ser administrados, cuando los enfermos hubieran sido transportados al Hospital. Los nombres estaban escritos en letra gótica, los números en cifras árabes, los medicamentos en letra perpendicular, las prescripciones en inglés, todo mezclado con corchetes finamente trazados con tinta azul, y dobles rayas en tinta roja. Un modelo de caligrafía y una obra maestra de contabilidad.

—Algunos de esos niños están gravemente enfermos—añadió el doctor. Recomendad que no tomen frío en el camino.

—¡Sí, sí, se recomendará!—respondió negligentemente M. O'Bodkins. Cuando no estén aquí, esto ya no me atañe—y con tal que mis libros estén corrientes...

—Además, si la enfermedad se les lleva, dijo el doctor tomando su bastón y su sombrero, creo que la pérdida no será muy grande.

—Conformes—respondió O'Bodkins.—Les inscribiré en la columna de los fallecidos, y su cuenta será saldada. Me parece que cuando una cuenta está saldada, nadie tiene derecho á quejarse.

El doctor salió después de haber estrechado la mano de su interlocutor.

M. O'Bodkins era el director de la *Ragged-School* de Galway, pequeña ciudad situada en la bahía y en el condado del mismo nombre, al S. O. de la provincia de Connaught. Esta es la única en que los católicos pueden poseer tierras, y en ella como en el Munster, el gobierno inglés toma á mal rechazar la Irlanda católica.

Se conoce el tipo original que recuerda este M. O'Bodkins, y no merece ser clasificado entre los bienhechores de la raza humana.

Un hombre pequeño y grueso, de esos celibatarios que no han sido jóvenes nunca, y que tampoco serán viejos, que han sido siempre lo mismo, con cabellos que ni se caen ni emblanquecen, y que parecen haber nacido con anteojos de oro; poseyendo el corazón necesario para vivir, y á los que jamás ha conmovido un sentimiento de amor, de simpatía ni de compasión. Uno de esos seres ni buenos ni malos, que pasan por la tierra sin hacer bien, pero tampoco sin hacer mal, que no son jamás desgraciados y menos con la desventura del prógimo.

Tal era O'Bodkins, y hay que convenir en que había nacido precisamente para ser director de una *Ragged-School.*

Raggel-School, es la escuela de los andrajosos, y se ha visto qué admirable exactitud, qué cuenta más precisa del debe y haber atestiguan los libros de M. O'Bodkins. Tenía este por auxiliares una vieja, la tia Kriss, aficionada al tabaco, y un antiguo pensionista de dieciseis años, llamado Grip. Era este un pobre diablo de buenos ojos, fisonomía jovial, nariz arremangada, signo característico de la raza irlandesa, y valía infinitamente más que las tres cuartas partes de los miserables recogidos en aquella especie de lazareto escolar.

Son los tales, niños huérfanos ó abandonados por sus padres, que la mayor parte no han conocido. Nacidos en el arroyo y recogidos de las calles, á las que volverán cuando tengan edad para trabajar.

¡Qué degradación moral! ¡Qué aglomeración de larvas humanas destinadas á convertirse en monstruos, porque de aquellos granos arrojados al azar entre las piedras, ¿qué podrá salir?

En la escuela de Galway había unos treinta, desde tres á doce años, vestidos de harapos, siempre hambrientos, puesto que

(1) Escuela de los andrajosos.

solo de los restos de la caridad pública se alimentaban. Algunos estaban enfermos, y como acabamos de ver, estos niños daban un gran contingente á la mortalidad, lo que no era una gran pérdida á creer al doctor.

Razón tenía este, si ningún cuidado, si ninguna moralización había de impedirles ser unos malhechores. Pero, bajo aquella triste envoltura hay un alma, y con mejor dirección se podría encaminarles á la senda del bien. En todo caso, necesario sería para educarles, otros preceptores, y no uno de esos maniquís del que M. O'Bodkins nos ofrece el deplorable tipo, y que no es raro encontrar hasta en sitios, que no son los condados de Irlanda.

Hormiguita era uno de los niños de menor edad en esta *Ragged-School*. Solo contaba cuatro años y medio, todos de desventuras. Haber sido tratado como se sabe, por Thornpipe, haberse visto reducido al estado de maniveja, después arrancado á aquel verdugo por la compasión de algunas buenas almas de Westport y ser ahora huésped de la *Ragged-School* de Galway! ¿Y cuando saliera de allí, no iba á encontrarse aún peor?

Ciertamente, un noble sentimiento era el que había llevado al cura á sacar al desventurado ser de las garras de Thornpipe.

Después de haber hecho algunas pesquisas para descubrir su orígen, había renunciado á ellas. *Hormiguita* no recordaba más sino que había vivido en casa de una perversa mujer, junto á una niña que le besaba, y también una niña que había muerto. ¿En qué lugar? No lo sabía. Nadie podía decir si era un niño abandonado ó robado á su familia. Desde que fue recogido en Westport, se le había cuidado, andando de casa en casa. Las mujeres se apiadaban de su suerte. Se le conservó el nombre de *Hormiguita*. Algunas familias le tuvieron ocho, quince días. Así pasaron tres meses; pero la parroquia no era rica, y bastantes desgraciados vivian á su costa. De poseer una casa de caridad, en ella hubiera habido sitio para el niño; pero no teniéndola, fue enviado á *Ragged-School* de Galway, y hacía nueve meses que *Hormiguita* vegetaba en medio de aquellos vicios. ¿Cuándo saliera, qué llegaría á ser? Uno de esos desheredados para los que, desde sus más tiernos años, la existencia con sus cuotidianas exigencias, es una pregunta de vida ó muerte—¡pregunta que muy á menudo queda sin respuesta!

De forma, que desde hacía nueve meses el niño estaba confiado á los cuidados de la vieja Kriss, medio embrutecida, de aquel pobre Grip, resignado con su suerte, y de M. O'Bodkins, aquella máquina para hacer balances de entradas y salidas. Sin embargo, su buena constitución le había permitido resistir á tantas causas de destrucción. No figuraba aún en el gran libro del director, en la columna de los atacados del sarampión, escarlatina y otras enfermedades de la infancia, sin que su cuenta hubiera estado saldada en el fondo de la fosa común de Galway.

Pero si en lo que toca á la salud, el niño soportaba impunemente tales pruebas, ¿qué se podía temer bajo el punto de vista de su desarrollo intelectual? ¿Cómo resistiría al contacto de aquellos viciosos de cuerpo y espíritu, los unos nacidos no se sabía donde ni de quien; los otros, la mayor parte, hijos de presidiarios, cuando no de ahorcados?

Había uno, cuya madre estaba cumpliendo su condena en la isla de Norfolk, en el centro de los mares australianos, y cuyo padre, condenado á muerte por asesinato, acababa de morir á manos del famoso Berry en la prisión de Newgate. Este muchacho se llamaba Carker, y á los doce años parecía ya predestinado á seguir las huellas de sus padres. En la *Ragged-School* gozaba de cierta consideración; estando pervertido pervertía, tenía cómplices y discípulos, y era jefe de los más miserables, siempre prestos á un mal golpe, en espera de delitos, cuando la escuela los hubiera arrojado á la calle como una escoria.

Apresurémonos á decir que *Hormiguita* solo adversión sentía por este Carker, bien que no cesase de mirarle con ojos llenos de asombro..... Juzgad..... ¡El hijo de un ahorcado!

En general, estas escuelas en nada se parecen á los modernos establecimientos de educación, en los que el cubo de aire está distribuido de un modo matemático. El continente es apropiado al contenido. Siendo las almohadas y mantas, paja, el lecho se hace pronto. ¿Refectorios? ¿Para qué? Cuando sólo hay por comida algunas cortezas y patatas, cualquier sitio basta. En cuanto á la instrucción, M. O'Bodkins es el encargado de ella, sabe enseñar á leer, á es-

cribir, á contar, pero él á nadie obliga, y después de dos ó tres años pasados bajo su férula, no se hubieran encontrado diez de aquellos niños en estado de descifrar un bando.

Aunque *Hormiguita* era el más joven de todos, contrastaba con sus camaradas, mostrando cierto deseo de instruirse que le valia mil sarcasmos. ¡Qué miseria y que responsabilidad social, cuando una inteligencia pide cultivo y queda sin él!

¿Se sabe lo que pierde el porvenir con dejar esterilizar un cerebro en el que la naturaleza ha depositado tal vez los buenos gérmenes que no fructificarán?

Si el personal de la escuela trabajaba poco con la inteligencia, no quiera esto decir que trabajase honradamente con las manos. Reunir un poco de combustible para el invierno, mendigar los harapos entre las personas caritativas, recoger el estiercol de los caballos y demás bestias para ir á venderlo á los cortijos por algunos coppers, á lo que M. O'Bodkins habría una cuenta especial; escudriñar en los montones de inmundicias, acumulados en los rincones de las calles, siempre que los perros dejaban, y si era menester, después de luchar con ellos; tales eran las ocupaciones cuotidianas de los niños. De juegos, ninguno; á menos que no sea una diversión, arañarse, pellizcarse, morderse, golpearse con pies y manos, sin hablar de las malas pasadas que le jugaban á Grip. Verdad que este no se inquietaba por tal cosa, lo que llevaba á Carker y á los otros á encarnizarse, en él cruelmente.

La única habitación algo decente de la *Ragged-School*, era la del director; y claro está que en ella jamás se dejaba entrar á nadie. Los libros hubieran sido hechos pedazos, sus hojas dispersas á todos los vientos. Así es que no le disgustaba que sus *educandos*, se marchasen fuera, á errar á la aventura, y siempre encontraba pronta la hora en que volvían cuando la necesidad de comer ó de dormir les traía á la escuela.

Por su espíritu serio y sus buenos instintos, *Hormiguita* se veía expuesto de ordinario, no solamente á las burlas de Carker y de otros que no valían más, sino también á sus brutalidades.

Evitaba quejarse. ¡Ah! ¿por qué no tenía fuerzas?

Entonces se haría respetar, volviendo bofetada por bofetada, puntapié por puntapié... ¡qué cólera sentía al ver que era débil para defenderse!

Era el que menos salía de la escuela, muy dichoso de disfrutar un poco de calma, cuando los otros vagaban por los alrededores.

Sin duda esto era un perjuicio para su bienestar, pues hubiera podido encontrar un desperdicio que roer, ó podido comprar una torta pasada con dos ó tres coppers que le dieran de limosna. Pero sentia repugnancia de tender la mano, de correr con la esperanza de atrapar una pobre moneda, y sobre todo de robar alguna bagatela... ¡No! preferia quedar con Grip.

—¿No sales?—le decía éste.

—No, Grip.

—Carker te pegará si no traes nada esta tarde.

—Lo prefiero.

Grip sentía por *Hormiguita* una afección de la que el otro participaba. No falto de inteligencia, sabiendo leer y escribir, procuraba enseñar al niño algo de lo que había aprendido. Así es que desde que se encontraba en Galway comenzaba *Hormiguita* á hacer algunos progresos en la lectura, prometiendo honrar á su maestro.

Conviene añadir que Grip conocía una multitud de historias divertidas y que las contaba alegremente.

Con sus risotadas en aquel sombrío lugar pareciale á *Hormiguita* que aquel mozo era un rayo de luz en la tenebrosa escuela.

Lo que irritaba particularmente á nuestro heroe, era que los demás hicieron á Grip objeto de su malquerencia. Este, lo repetimos, lo soportaba con filosófica resignación.

—Grip—le decía alguna vez *Hormiguita*.

—¿Qué quieres?

—¡Carker es bien miserable!

—Cierto...

—¿Por qué no le das un golpe?

—¿Golpearle?...

—Y también á los otros.

Grip se encogía de hombros.

—¿Es que no eres fuerte, Grip?

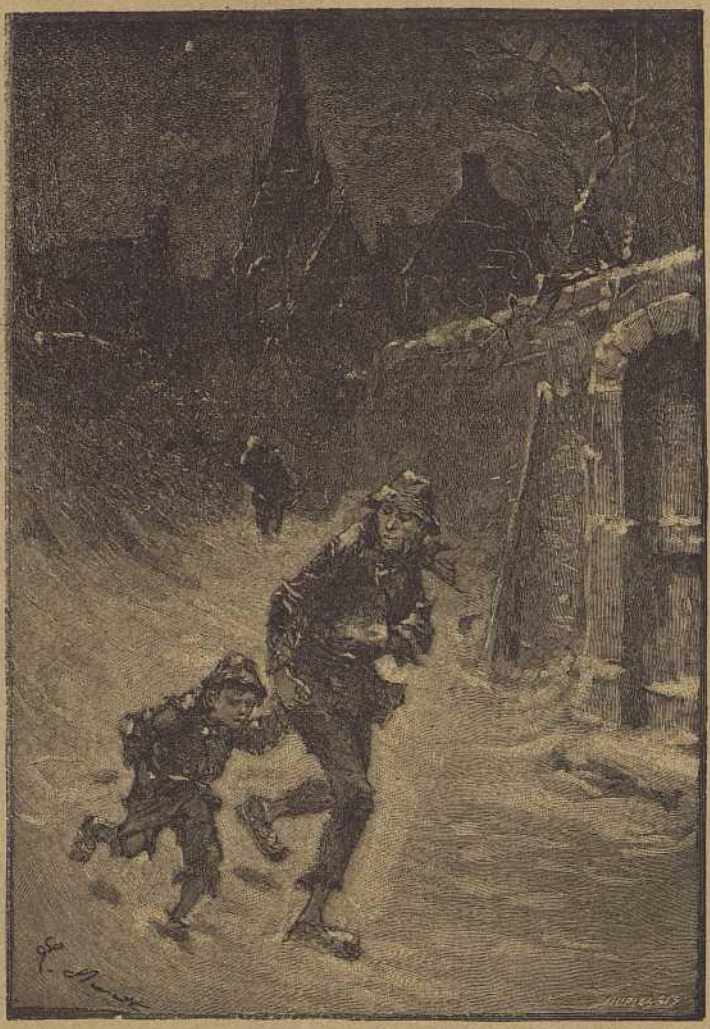
—No sé...

—¿No tienes buenos brazos y buenas piernas?

Sí: era alto y delgado como un pararayos.

—Pues bien; Grip, ¿por qué no das de cachetes á esos bestias?

—Bah. No vale la pena.



El mayor llevando al pequeño de la mano.

—¡Ah! ¡si yo tuviera tus piernas y tus brazos!...

—Mejor sería servirse de ellos para trabajar.

—¿Crees tú...?

—Estoy seguro.

—Pues bien: trabajaremos juntos... Ensayaremos... ¿quiéres?

Grip quería.

Algunas veces salían juntos. *Hormiguita* estaba miserablemente vestido, con un traje desfilachado, gorra sin fondo, pies con brodequines de cuero cuya suela estaba hecha pedazos. Grip, poco más ó menos lo mismo. Y menos mal cuando hacía buen tiempo, tan raro en los condados de Irlanda como una buena comida en la cabaña de Paddy. Y entonces, bajo la lluvia, bajo la nieve, medio desnudos, con la cara amoratada por el frío, los ojos irritados por el cierzo, los pies enterrados en la nieve, aquellos dos miserables daban compasión, el mayor llevando al pequeño de la mano y corriendo para calentarse.

Erraban así por las calles de Galway, que tiene el aspecto de un pueblo español, solos, entre una multitud indiferente. *Hormiguita* hubiera deseado saber lo que había en el interior de las casas. Al través de sus estrechas ventanas, cerradas con persianas, era imposible distinguir nada. Pensaba él que allí abría fuertes arcas llenas de sacos de plata. ¡Y qué placer cruzar las hermosas habitaciones de los hoteles á los que los huéspedes llegaban en carruaje, el *Royal Hotel* sobre todo! Pero los criados

Hormiguita se halló solo con Kriss.

les hubiesen echado como á los perros, ó lo que es peor, como á los mendigos, pues en rigor los perros pueden recibir alguna caricia...

Cuando se detenían ante las tiendas, no muy bien provistas en los pueblos de la alta Irlanda, las cosas les parecían un conjunto de riquezas incalculables. ¡Qué miradas arrojaban sobre un escaparate de trajes, ellos que estaban vestidos de andrajos, y á una tienda de calzado, ellos que andaban con los pies desnudos! ¿Conocerían nunca el placer de tener un traje nuevo y un par de buenos zapatos hechos á su medida? No... ¡sin duda como otros miserables estaban condenados á vestir ropa usada!

Había también carnecerías con grandes cuartos de vaca colgados, suficientes para alimentar durante un mes toda la *Ragged-School*. Cuando Grip y *Hormiguita* les contemplaban, abrían la boca desmesuradamente y sentían que su estómago se contraía con dolorosos espasmos.

—¡Bah!—decía Grip jovialmente.—Mueve tus mandíbulas y te parecerá que comes.

Ante los grandes panes de cálido olor, ante todo lo que excitaba el apetito de los que pasaban, quedaban estáticos, con los dientes largos, la lengua húmeda, los labios convulsos, la cara famélica, y *Hormiguita* murmuraba:

—¡Qué bueno debe ser eso!

—Ya lo creo—respondió Grip.

—¿Lo has comido tú?

—Una vez.

—¡Ah!—suspiraba el niño.

Él no lo había probado nunca, ni en casa de Thornpipe, ni en el *Ragged-School*.

Un día, una señora, compadecida de su rostro pálido, le preguntó si quería una torta.

—Preferiría un pan, señora—respondióla.

—¿Y por qué, niño?

—Porque es más grande.

Una vez, sin embargo, habiendo recibido Grip algunos cuartos por un encargo, compró una torta, que bien tendría ya ocho días.

—¿Te gusta?—le preguntó á *Hormiguita*.

—¡Oh! diríase que está azucarada.

—Ya lo creo—respondió Grip—y con verdadero azúcar.

Algunas veces Grip y su compañero llegaban en sus paseos el arrabal de Salthill. Veían desde allí la unión de la bahía, una de las más pintorescas de Irlanda, las tres islas de Aran, dispuestas como los tres conos de la bahía de Vigo, y atrás las salvajes montañas de Burren, de Clare, y los abruptos derrumbaderos de Moher. Volvían después hacia el puente, sobre el muelle, á lo largo de los docks comenzados cuando se pensó hacer de Galway el punto de partida de una línea trasatlántica que hubiese sido la más corta entre Europa y los Estados Unidos de América.

Cuando distinguían algunos navíos en la bahía ó amarrados á la entrada del puerto, sentíanse como irresistiblemente atraídos, sospechando sin duda, que la mar debe ser menos cruel que la tierra para los pobres, y que les promete una existencia más segura; que la vida es mejor al aire libre de los mares, lejos de los chirivitiles de las ciudades; y que el oficio del marinero es por excelencia el que garantiza la salud del niño y el alimento del hombre.

—Muy bueno debe de ser, Grip, ir en esos barcos de grandes velas!—decía *Hormiguita*.

—Si supieses lo que me atrae!—respondía Grip.

—¿Por qué no eres marino, entonces?

—Tienes razón, ¿por qué no lo soy?

—Irías lejos... lejos...

—¡Tal vez llegará!...—respondió Grip.

Pero, en fin; no lo era.

El puerto de Galway está formado por la embocadura de un río que sale del Lough Corrib y se arroja al fondo de la bahía. Sobre la otra orilla, se desarrolla la curiosa ciudad de Claddagh con sus cuatro mil habitantes; todos pescadores que gozan desde largo tiempo de una autonomía comunal y cuyo alcalde es calificado de rey. Grip y el niño iban alguna vez á Claddagh. ¿Qué no hubiera dado *Hormiguita* por ser uno de aquellos mozos robustos, curtidos por la brisa, un hijo de una de aquellas madres vigorosas, algo salvajes en su aspecto? Sí. Él envidiaba aquellos muchachos de buen porte, y más dichosos que los de otros puntos de Irlanda. ¡Mozos que gritaban y se divertían! ¡Hubiera querido ser de ellos! Sentía deseos de estrecharles la mano. Pero no se atrevía; tan andrajoso estaba, que al verle acercarse hubieran podido creer que venía á pedirles una limosna. Deteníase entonces, una gruesa lágrima brotaba á sus ojos y se contentaba con pasearse por el mercado admirando los arenques, únicos peces que buscan los pescadores de Claddagh. En cuanto á los cabrajos y langostas que abundan entre las rocas de la bahía, no podía creer que fueran comestibles, aunque Grip afirmara que era crema de pastel lo que tales bichos tenían bajo el cascarón. Tal vez no sería imposible que algún día pudieran experimentarlo prácticamente.

Terminado su paseo regresaban al barrio de la *Ragged-School* por calles estrechas y sucias. Pasaban por las ruínas que hacen de Galway un pueblo medio destruído por un terremoto. Y aun las ruínas que el tiempo ha hecho, tienen algún encanto; pero aquí, las casas sin concluir por falta de dinero, los edificios bosquejados apenas y cuyos muros estaban llenos de grietas; en fin todo lo que era obra del abandono y no de los siglos, no producía más que una impresión de tristeza. Pero más triste que los barrios pobres de Galway era la abominable y nauseabunda morada, el abrigo insuficiente y repugnante donde la miseria echaba á los compañeros de *Hormiguita*; y ni él ni Grip se apresuraban cuando llegaba la hora de regresar á la *Ragged-School*.

IV

El entierro de una gaviota.

¿En el curso de su penosa existencia, en la degradante atmósfera de los andrajosos,

no volvía *Hormiguita* alguna vez la vista al pasado? Que un niño feliz con los cuidados que le rodean y las caricias que se le prodigan se entregue por completo á la alegría de vivir, sin pensar en lo que ha sido ni en lo que será, abandonándose al esparcimiento de su edad, cosa es que se concibe, esto es lo que debe ser. Pero no sucede lo mismo cuando el pasado solo ha sido de sufrimientos, y el porvenir aparece con sombrío aspecto. Se mira adelante después de haber mirado atras.

¿Y qué veía *Hormiguita* volviendo la vista uno ó dos años atras? Aquel Thornpipe brutal y despiadado, al que temía encontrar á la vuelta de alguna calle extendiendo sus manos para cogerle de nuevo. También le asaltaba un recuerdo vago y terrible; el de la cruel mujer que le maltrataba, y el de aquella jovencilla que le mecía en sus rodillas.

—Creo recordar que se llamaba Sissy (1), dijo un día á su compañero.

—¡Qué nombre más bonito!—respondió Grip.

En realidad Grip estaba persuadido de que aquella Sissy no debía de existir más que en la imaginación del niño; pero cuando dudaba de su existencia *Hormiguita* se incomodaba. ¡Sí! ¡El la veía en su pensamiento! ¿No la encontraría alguna vez? ¿Qué sería de ella? ¿Viviría aun con aquella furia lejos de él? ¿Millas y millas les separarían? Ella le quería y él también á ella. Era la primera afección que había sentido antes de encontrar á Grip. Ella era buena, dulce, le acariciaba, enjugaba sus lágrimas y partía con él sus patatas.

—Yo hubiera querido defenderla cuando la infame mujer la pegaba—decía.

—¡También yo creo que hubiera golpeado á esa arpía!—respondía Grip por dar gusto al niño.

Porque si este bravo mozo no se defendía cuando se le atacaba, sabía defender á los otros, habiendo ya probado que era fuerte para meter en cintura á aquellos malos bichos encarnizados contra su protegido.

Una vez, durante los primeros meses de su estancia en la *Ragged-School*, atraído por las campanas del domingo, *Hormiguita* había entrado en la catedral de Galway. Hay que confesar que solo la casualidad le había llevado allí, pues á los mismos turistas les cuesta trabajo descubrirla por estar perdida en un laberinto de calles fangosas y estrechas.

El niño estaba vergonzoso y temeroso. Ciertamente, de verle el terrible pertiguero, medio desnudo y lleno de harapos no le hubiera permitido permanecer en la Iglesia. *Hormiguita* quedó encantado de lo que oia; los cánticos de la misa, el acompañamiento del órgano, y de lo que veía; el sacerdote con sus ornamentos de oro, y los cirios encendidos en pleno día.

El niño no había olvidado que el cura de Westport le habló algunas veces de Dios—de Dios padre de todos. Recordaba también que cuando Thornpipe pronunciaba este nombre era para mezclarle con horribles juramentos, recuerdo que le turbaba en medio de las ceremonias religiosas. Bajo la bóveda de la catedral, oculto tras un pilar, sentia una especie de curiosidad, mirando á los sacerdotes como hubiese mirado á los soldados. Después, y mientras todos se inclinaban al levantar la Sagrada Forma entre el ruido de las campanillas, alejose antes de ser visto, arrastrándose sobre los escalones sin más ruido que un ratón que vuelve á su agujero.

Cuando regresó de la iglesia á nadie le dijo que había estado en ella, ni aun á Grip, que por otra parte, no tenía más que una idea vaga de lo que significaban aquellas pompas de la misa y de las vísperas. Después de una segunda visita, encontrándose á solas con la Kriss apresuróse á preguntarla quién era Dios.

—¿Dios?—respondió la vieja revolviendo sus terribles ojos entre las bocanadas nauseabundas que se escapaban de su pipa negra.

—Si; Dios.

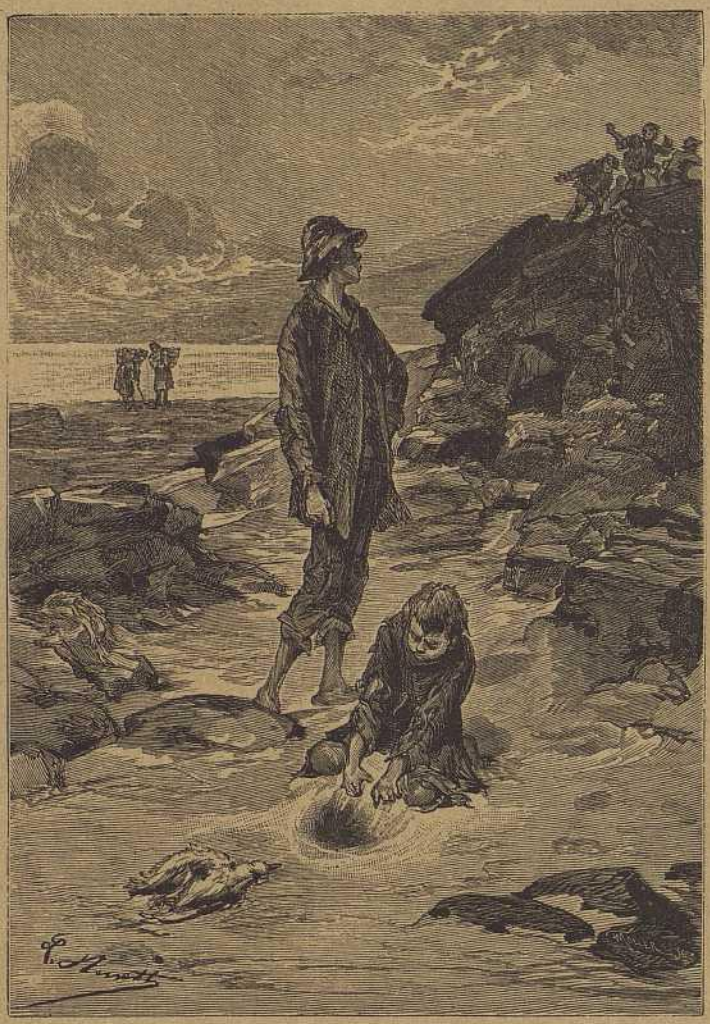
—Es el hermano del diablo, á quien envía los niños malos para quemarlos en el fuego del infierno.

Hormiguita palideció al oir tal respuesta y aunque hubiera deseado saber donde estaba aquel infierno lleno de llamas y de niños, no osó preguntárselo á Kriss.

Pero no cesó de pensar en aquel Dios, cuya única ocupación parecia ser la de castigar niños ¡y de qué horrible manera! á creer á Kriss.

Sin embargo, un día, quiso hablar de esto con su amigo Grip.

(1) Abreviatura familiar del nombre de Cecilia.



Después de haber hecho un hoyo en la arena.

—Grip, le preguntó, ¿has oído alguna vez hablar del infierno.

—Algunas veces.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Dime; si se quema allí á los niños malos, ¿se quemará á Carker.

—Ya lo creo.

—Yo—Grip ¿no soy malo, verdad?

—Tú, no... ¡Creo que no!

—¿Entónces no seré quemado?

—No.

—Ni tú Grip.

—Ni yo; estoy seguro.

Y Grip creyó conveniente añadir que siendo tan delgado no valía la pena de quemarle.

He ahí todo lo que *Hormiguita* sabía de Dios; todo el catecismo que había aprendido. En su sencillez, en la inocencia de su edad, sentía confusamente lo que era el bien y el mal. Pero si no debía ser quemado, siguiendo los consejos de la mujer de la *Ragged-School* arriesgaba serlo siguiendo los de M. O'Bodkins.

En efecto, M. O'Bodkins no estaba contento. *Hormiguita* figuraba en su libro en la columna de los gastos, pero no en la de los ingresos. Un galopín que costaba dinero y que nada producía. Al menos los otros mendigando y robando, subvenian en parte á los gastos de alojamiento y comida, pero el niño no llevaba nada.

Un día M. O'Bodkins le dirigió vivos reproches lanzándole una mirada severa al través de sus anteojos. El niño tuvo fuer-

zas para no llorar al recibir esta amonestación que M. O'Bodkins le dirigía con el doble título de administrador y director.

—¿No quiéres hacer nada?—le dijo.

—Sí—respondió el niño.—¿Qué quiere usted que haga?

—Algo que compense lo que cuestas.

—Bien querría, pero no sé.

—Se sigue á las gentes en la calle, se piden encargos.

—Soy muy pequeño.

—Busca en los montones. Siempre hay algo.

—Los perros me muerden y soy débil. No puedo echarles.

—¿Tienes manos?

—Sí.

—¿Tienes piernas?

—Sí.

—Pues bién; corre por las calles tras los carruajes y atrapa algunos coppers, ya que no puedes hacer otra cosa.

—¡Pedir coppers!

Y *Hormiguita* enrojeció. Su orgullo se rebelaba á tender la mano.

—No podré hacerlo M. O'Bodkins—dijo.

—Ah, ¿no podrás?

—No.

—¿Y podrás vivir sin comer? No, no es cierto. Te prevengo que un día á otro te sujetaré á este régimen si no imaginas un medio de ganarte la vida. Y ahora vete.

¡Ganar su vida á los cuatro años y algunos meses! Verdad es que con Thornpipe la ganaba; ¡y de qué modo!—El niño se alejó angustiado. El que le hubiera visto en un rincón con los brazos cruzados y la cabeza baja hubiera sentido lástima. ¡Qué carga era la vida para el pobre ser!

Nadie sabe lo que sufren estos pequeños afligidos por la miseria en su más tierna edad; jamás se apiadarán de su suerte.

Después de las amonestaciones de M. O'Bodkins, venían las excitaciones de los pillos de la escuela.

Les irritaba ver al niño más honrado que ellos; y tenían gusto en impulsarle al mal, no escatimando ni los pérfidos consejos ni los golpes. Sobre todos Carker mostraba un encarnizamiento que se explica por su perversidad.

—¿Tú no quieres pedir limosna?—le dijo un día.

—No:— respondió *Hormiguita* con voz firme.

—Pues bien; bestia, no pidas... ¡toma!

—¡Tomar!

—Sí, cuando se ve un señor bien puesto con un pañuelo que sale de su bolsillo, se aproxima uno, se tira del pañuelo y él viene solo!

—Dejame Carker.

—Y alguna vez con el pañuelo viene un portamonedas.

—Eso es robar.

—Y no son coppers, lo que se encuentran en los portamonedas de los ricos, sino shillings, coronas, y hasta piezas de oro, que se reparten con los amigos.

—Si—dijo otro—y se burla al policía.

—Y si se va á la carcel—añadió Carker —¿qué importa? En ella se está tan bien ó mejor que aquí; se tiene pan, sopa, patatas y se come á gusto.

—¡No quiero! ¡no quiero!—repetía el niño defendiéndose contra aquellos tunos que le enviaban de uno á otro como á una pelota.

Grip entró en la sala y se apresuró á arrancarle de sus manos.

—¡Vais á dejarle en paz!—exclamó apretando los puños.

Esta vez estaba verdaderamente colérico.

—Sabes, dijo á Carker, que no pego á menudo ¿no es verdad? pero si pego...

Cuando aquellos miserables abandonaron su víctima, les arrojaron á los dos una mirada que significaba que prometían volver á empezar cuando Grip no estuviese.

—Seguramente tú serás quemado Carker, dijo *Hormiguita*, no sin cierta conmiseración.

—¿Quemado?

—Sí, en el infierno, si continúas siendo malo.

Respuesta que excitó la risa de aquella banda. El que Carker fuese quemado era una idea fija en el cerebro del niño.

Era de temer que la intervención de Grip, en su favor, no produjera buenos resultados. Carker y los otros hallábanse decididos á vengarse del protector y del protegido. En los rincones, los peores de la *Ragged-School* celebraban conciliábulos que nada bueno presagiaban. Así es que Grip no cesaba de vigilarles, abandonando al niño lo menos posible. Por la noche hacíale subir hasta el desvan que él ocupaba junto al tejado. Allí *Hormiguita* al menos estaba al abrigo de los pérfidos consejos y de los malos tratos.

Un día, Grip y él habían ido á pasear por

la arena de Salthill donde algunas veces se bañaban. Grip que sabía nadar daba lecciones al niño. Sentíase éste muy dichoso al extenderse en aquel agua limpia sobre la que navegaban hermosos barcos cuyas velas blancas veía perderse en el horizonte. Ambos se agitaban en medio de las olas que llegaban á la arena. Grip sujetando al niño por sus hombros, le indicaba los primeros movimientos.

De repente, verdaderos gritos de chacal se oyeron en las rocas y vieron aparecer á los andrajosos de la *Ragged-School*. Eran una docena, los más viciosos y feroces con Carker á la cabeza.

Si gritaban tanto era porque acababan de ver á una gaviota herida en el ala que procuraba huir; cosa que tal vez hubiera conseguido á no lanzarla Carker una piedra que la tocó. *Hormiguita* lanzó un grito como si él hubiera recibido el golpe.

—¡Pobre gaviota! ¡pobre gaviota!—repetía.

Una gran rabia apoderóse de Grip y probablemente se disponía á ir á castigar á Carker cuando vió al niño lanzarse sobre la arena, en medio de la banda, pidiendo perdón para el pájaro.

—Carker, yo te lo suplico,—repetía—pégame á mí, pero no á la gaviota ¡no á la gaviota!

¡Qué burlas le dirigieron cuando se le vió arrastrarse sobre la arena, desnudo, con sus miembros delgaduchos, y los huesos señalándose al traves de la piel! El gritaba siempre.

—Perdón, Carker ¡perdón para la gaviota!

Nadie le escuchaba. Se reían de sus súplicas. La banda perseguía al pájaro que procuraba volar en vano, saltando, de un lado á otro, y procurando esconderse entre las rocas.

—¡Esfuerzos inútiles!

—¡Dejadle, dejadle! gritaba el uno.

Carker había cogido á la gaviota por un ala y la lanzó al aire. Otro la recogió arrojándola sobre los guijarros.

—¡Grip, Grip! — repetía *Hormiguita*.— ¡Defiéndela, defiéndela!

Grip se precipitó sobre los pilluelos para arrancarles el pájaro. Era tarde. Carker acababa de aplastar con su talón la cabeza de la gaviota. Todos rieron y lanzaron hurras. *Hormiguita* estaba transformado. Lleno de una colera ciega cogió un guijarro y le arrojó con toda su fuerza sobre Carker; el golpe le dió á éste en mitad del pecho.

—¡Ah, me las vas á pagar! — exclamó Carker.

Y antes que Grip pudiera impedirlo se precipitó sobre el niño y le arrastró al borde de la arena golpeándole. Después y mientras los demás detenían á Grip por los brazos y por las piernas, hundió la cabeza de *Hormiguita* en las olas á riesgo de asfixiarle.

Logrando desembarazarse á golpazos de aquellos miserables, la mayor parte de los cuales rodaron por la arena, Grip corrió hacia Carker que huyó con toda la banda.

Al retirarse las olas hubiesen arrastrado á *Hormiguita* si Grip no le hubiera cogido y apartado medio desvanecido. Después de frotarle vigorosamente, Grip no tardó en poner é en pie, y vistiéndole le cogió por la mano y le dijo:

—Ven, ven.

Hormiguita subió por las rocas, y viendo al pájaro aplastado, se arrodilló, sus ojos se llenaron de lágrimas y haciendo un agujero en la arena enterró á la gaviota. El mismo, ¿qué era más que un pájaro abandonado, una pobre gaviota humana?

V

Aun la Ragged-School.

Al volver á la escuela, Grip creyó deber suyo llamar la atención de M. O'Bodkins sobre la conducta de Carker y de los demás. No trataba de hablar de las malas jugadas que á él se le hacían, y que no notaba la mayor parte de las veces. ¡No! Se trataba de *Hormiguita* y de los malos tratos de que era objeto. Esta vez se había ido tan lejos, que sin la intervención de Grip, el niño sería ahora un cadaver, que las olas arrojarían sobre la arena de Salthill.

Por toda respuesta, Grip no obtuvo más que un movimiento desdeñoso de cabeza de M. O'Bodkins. Debía comprender que estas cosas no le interesaban bajo el punto de vista de la contabilidad. ¡Qué diablo! ¡el gran libro no podía tener una columna para los pescozones y otra para los puntapiés! Sin duda M. O'Bodkins tenía como director el deber de preocuparse por los tratamientos de sus pensionistas; mas como adminis-

trador, se limitó á enviar á paseo al vigilante de la escuela.

Desde este día, Grip resolvió no perder de vista á su protegido, no dejarle jamás solo en la sala, y cuando él salía tenía cuidado de encerrarle en el desván, donde al menos el niño se encontraba en seguridad.

Transcurrieron los últimos días del verano. Llegó Septiembre. Esto es ya el invierno para los distritos de los condados del Norte; el invierno de la alta Irlanda es una sucesión no interrumpida de nieves, brisas, huracanes y nieblas que vienen de las llanuras heladas de la América Septentrional, y que los vientos del Atlántico precipitan sobre Europa.

Un tiempo rudo para los ribereños de la bahía de Galway, encerrada entre las montañas como entre las paredes de una nevera. Días muy cortos y noches muy largas para los que carecen de lumbre en su hogar. No os asombreis si la temperatura es baja en el interior de la *Ragged-School*, salvo en la habitación de M. O'Bodkins. ¿Es que de no ser así, la tinta estaría líquida en el tintero? ¿Es que su obra no se helaría antes de que él pudiese acabar sus florituras?

Es el momento de ir á buscar en las calles y caminos todo lo que es suceptible de combinarse con el oxígeno para producir calor. Mediano recurso, cuando se reduce á ramas caídas, á hulla mezclada con ceniza y abandonada á las puertas de las casas, y á restos de carbón que los pobres se disputan en los muelles de descarga del puerto. Los pensionistas de la escuela se ocupaban en esta recolección y ¡cuántos rebuscadores había!

Nuestro heroe tomaba parte en este penoso trabajo, y cada día traía un poco de combustible. Esto no era mendigar. Así, bien que mal, en el hogar brillaban unas mezquinas llamas con las que preciso era contentarse. Toda la escuela, helada bajo sus harapos, se apretaba en torno del fuego; los mayores en los sitios mejores, claro está, mientras la comida se cocía en la marmita. ¡Y qué comida! Cortezas de pan, patatas, desperdicios de carne, una abominable sopa con manchas de grasa que reemplazaban los ojos del buen caldo.

Ante el fuego jamás había sitio para *Hormiguita*, y rara vez una taza del líquido que la vieja reservaba para los mayores. Estos se arrojaban sobre ella como perros hambrientos, enseñando los dientes para defender su mezquina porción.

Felizmente, Grip llevaba al niño á su agujero y le daba lo mejor de lo que á él le había tocado en la repartición cuotidiana. Allí arriba no había fuego, pero acurrucándose en la paja, oprimiéndose uno contra otro, se defendían del frío y se dormían. ¿Les calentaba el sueño? Tal vez.

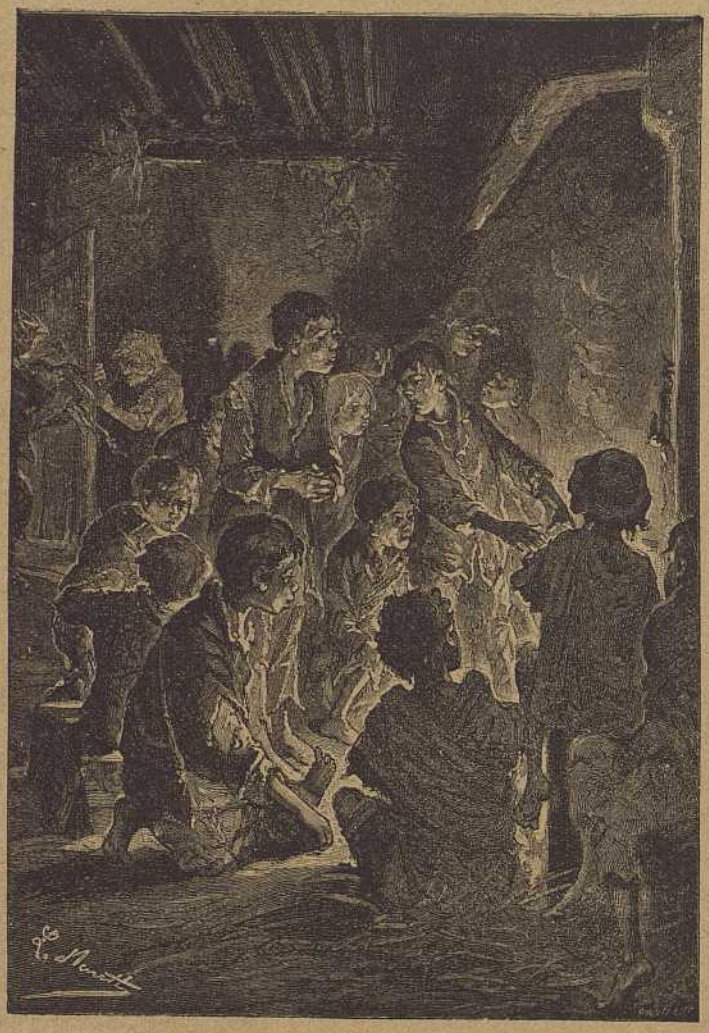
Un día Grip tuvo una verdadera fortuna. Paseándose por la calle principal de Galway, un viajero que entraba en el *Royal Hotel* le pidió llevara una carta al correo. Grip se apresuró á hacerlo, recibiendo en pago un hermoso shilling. Ciertamente el capital no era tan grande que Grip tuviera que devanarse los sesos pensando si lo colocaría en renta del Estado ó en valores industriales. No. La colocación sería en el estómago de *Hormiguita* y un poco en el suyo propio. Compró embutido facil de conservar tres días y regaláronse con él ocultándose de Carker y de sus compañeros. No iba Grip á participar con estos lo que ellos no participaban con él.

Además—y esto hizo más feliz el encuentro con el viajero del *Royal Hotel*—el digno *gentleman* viendo á Grip tan mal vestido, se deshizo en su favor de un traje de lana en buen estado.

No se crea que Grip pensó guardarle para sí. No. Sólo pensó en *Hormiguita*.—Estará como un carnero bajo su lana, pensó.—Pero el carnero no quiso que Grip se despojase del traje en beneficio suyo. Hubo discusión, y las cosas pudieron arreglarse á gusto de ambos. En efecto, el *gentleman* era grueso y su traje hubiese dado dos vueltas al cuerpo de Grip; el *gentleman* era alto y su traje podía envolver á *Hormiguita* de la cabeza á los pies. Así, pues, no era imposible utilizar el traje para los dos amigos.

Pedir á la vieja borracha de Kriss que hiciera la obra, sería como pedirla que renunciara á su pipa. Así, pues, encerrándose en el desván, Grip puso manos á la obra, reconcentrando en ella toda su inteligencia. Después de tomar medida al niño, trabajó con tal acierto, que le confeccionó un buen traje de lana. En cuanto á él, se hizo un chaleco, sin mangas; cierto, pero un chaleco ya es algo.

Claro es que recomendó á *Hormiguita* que ocultase el traje bajo sus harapos á fin



Toda la escuela se agrupaba en torno del fuego.

de que los otros no le vieran. Mejor que dejársele á estos le hubiera hecho pedazos. Si el niño apreció el excelente calor de aquel traje en los grandes fríos del invierno, por sabido se calla.

Después de un mes de Octubre excesivamente lluvioso, Noviembre echó sobre el condado un viento glacial que condensó en nieve toda la humedad de la atmósfera. La blanca cubierta llegó á tener un espesor de dos pies en las calles de Galway. La recolección cuotidiana de hulla y de cesped se resintió de esto. En la *Ragged-School* se helaban, y si en el hogar faltaba combustible, en el estómago, que es otro hogar, faltaba igualmente, pues no se encendía fuego todos los días.

Preciso era además que en medio de aquellas tempestades de nieves, al través de las corrientes heladas, á lo largo de las calles y en los caminos, los haraposos buscasen con qué proveer á las necesidades de la escuela. Ahora no se encontraba nada en las piedras. El único recurso era ir de puerta en puerta. La parroquia ciertamente hacía por los pobres lo que podía; pero además de la *Ragged-School* había numerosos establecimientos de caridad que la pedían en este tiempo de miseria. Los niños veíanse reducidos á ir de casa en casa y algunas veces se les hacía mala acogida. Se les recibía á menudo con brutalidad, amenazándoles si volvían, y regresaban entonces con las manos vacías.

Hormiguita no había podido rehusar seguir el ejemplo de sus compañeros. Cuando

se detenía ante una puerta después de haber golpeado con el llamador, parecíale que este le golpeaba en el pecho. Entonces en vez de tender la mano, preguntaba si había algún recado que hacer, evitándose al menos la vergüenza de mendigar. Un encargo á aquel chico de cinco años ya se sabía lo que representaba, y alguna vez le arrojaban un pedazo de pan que él tomaba llorando. ¿Qué queréis? El hambre....

Con Diciembre el frio fue muy riguroso y muy húmedo. La nieve no cesaba de caer á grandes copos. Á las tres de la tarde era preciso encender el gas, y la luz azulada de los mecheros no llegaba á disipar las brumas, como si hubiera perdido todo su resplandor. Ni coches, ni carros circulaban. Raros transeuntes apresurándose á llegar á sus casas. Y *Hormiguita*, con los ojos quemados por el frío, las manos y la cara amoratada por el cierzo, corría, apretando á su cuerpo sus andrajos, blancos por la nieve.

Al fin se acabó el invierno. Los primeros meses del año de 1877 fueron menos duros. El verano hizo una aparición precoz. En el mes de Junio hubo fuertes calores.

El 17 de Agosto, *Hormiguita*, que contaba entonces cinco años y medio, tuvo un buen encuentro que debía producir consecuencias inesperadas.

Á las siete de la tarde seguía una de las calles que desembocan en el puente de Claddagh y volvía á la *Ragged-School* seguro de ser mal recibido, pues su paseo había sido infructuoso. Si Grip no tenía alguna corteza en reserva, pasarían la noche sin comer. No sucedería esto por primera vez; pues comer todos los días á hora fija era una presunción. Que los ricos tengan esta costumbre, está bien, puesto que tienen medios para hacerlo; pero un pobre diablo come cuando puede, y cuando no, no come, segun decía Grip, habituado á alimentarse con máximas filosóficas.

He aquí que á unos doscientos pasos de la escuela *Hormiguita* tropezó y cayó á lo largo sobre las piedras. Como no cayó de alto no se hizo mal. Pero en el momento en que se levantaba, un objeto lanzado por su pie rodó ante él. Era una botella grande de barro que no se había roto por fortuna, pues podría haberle herido gravemente.

Nuestro niño se levantó, y buscando en torno suyo, acabo por encontrar la botella de cabida de unos diez ó doce cuartillos. Un tapón de corcho la cerraba y bastaba levantarlo para ver lo que contenía dicha botella. Hízolo *Hormiguita*, y le pareció que estaba llena de ginebra. Hubiera bastado para satisfacer á todos los de la *Ragged-School*, y el niño podía tener la seguridad de ser bien recibido. La calle estaba desierta; nadie le había visto, y doscientos pasos le separaban de la *Ragged-School*.

Pero acometióle una idea que á buen seguro no hubieran tenido ni á Carker ni los otros. La botella no le pertenecía. No era un donativo sino un objeto perdido. Sin duda que el encontrar á su propietario sería bastante difícil, pero no importaba: la conciencia le decía al niño que no tenía el derecho de disponer de lo que pertenecía á otro. Lo sabía por instinto, pues ni Thornpipe ni M. O'Bodkins le habían nunca enseñado lo que era la honradez. Felizmente hay corazones infantiles donde todo esto está escrito.

Hormiguita, contento de su encuentro, tomó la resolución de consultar á Grip. Estaba seguro de que este procuraría restituir la botella. Lo esencial era introducirla en el desván sin ser visto de los demás, que no se inquietarían por devolverla á su dueño. ¡Diez ó doce cuartillos de ginebra! ¡Qué inesperada fortuna! Llegada la noche, no quedaría una gota. Por lo que concierne á Grip, el niño respondía de él como de sí mismo. No tocaría á la botella; la ocultaría entre la paja y al día siguiente se informaría en el barrio de quién podía ser su dueño. Si era menester los dos llamarían á todas las puertas, y esta vez no sería para mendigar.

Hormiguita se dirigió hacia la escuela, procurando, no sin trabajo, ocultar la botella que hacía un gran bulto bajo sus andrajos.

Por desgracia, cuando llegó ante la puerta, Carker salió bruscamente, y el otro no pudo evitar el choque. Habiéndole Carker reconocido y viéndole solo encontró buena la ocasión para hacerle pagar la cuenta atrasada que le debía desde la intervención de Grip en la arena de Salthill. Arrojose, pues, sobre *Hormiguita*, y tocando la botella bajo los harapos, se la arrancó.

—¡Eh! ¿qué es esto?—gritó.

—Eso... ¡no es para tí!

—¿Entonces es tuyo?

—No. Tampoco.

Y *Hormiguita* quiso arrojarse sobre Car-

ker, el que de un puntapié le hizo rodar á tres pasos.

Apoderarse de la botella y entrar en la sala, fue para Carker cuestión de un instante. *Hormiguita* no pudo hacer más que seguirle, llorando de rabia.

Todavía quiso protestar; pero Grip no estaba allí para ayudarle y recibió pescozones, puntapiés, mordiscos... hasta de la vieja Kriss que se mezcló en el asunto desde que vió la botella.

—¡Ginebra!—exclamó—buena ginebra, y habrá para todos.

Seguramente *Hormiguita* hubiera obrado más cuerdamente, dejando la botella en la calle donde tal vez ahora la buscaba su dueño; pues diez ó doce cuartillos de ginebra valían algunos shillings, y hasta más de media corona... Debiera haber comprendido lo imposible de subir al desván de Grip sin ser visto. Ahora ya era tarde.

En cuanto á dirigirse á M. O'Bodkins y contarle lo sucedido... ¡bien recibido hubiera sido! Ir al gabinete del director, entre abrir la puerta, por poco que fuese, era arriesgarse, distraerle en lo más fuerte de sus cálculos... ¿Y qué resultaría? M. O'Bodkins haría que le llevaran la botella, y lo que entraba en el cajón del director no salía nunca.

Hormiguita, pues, no podía hacer nada; y apresuróse á reunirse con Grip en el desván á fin de contárselo todo.

—Grip—preguntóle—¿es de uno una botella que se encuentra?

—No; creo que no—respondió Grip.—¿Pero es que tú has encontrado una botella?

—Sí... Tenía la intención de dártela y mañana hubiéramos podido enterarnos en el barrio...

—¿De quién era su dueño?...

—Sí... Tal vez buscando...

—¿Y te han cogido la botella?

—Sí, Carker.—He pretendido impedirlo... y entonces los otros... ¡Si tú bajases, Grip!...

—Voy á bajar y veremos de quién es la botella!...

Pero cuando Grip quiso salir, no pudo. La puerta estaba cerrada por fuera: y aunque la sacudió vigorosamente, resistió, con gran alegría de la banda que gritaba desde abajo:

—¡Eh... Grip!...

—¡Eh... *Hormiguita*!...

—¡A vuestra salud!...

No pudiendo Grip forzar la puerta, se resignó siguiendo su costumbre, y procuró calmar á su encolerizado compañero.

—Bueno: dijo; dejemos á esos bestias.

—¡Oh...! ¡no ser más fuerte!...

—¿De qué serviría? Toma esas patatas que te he guardado; come.

—¡No tengo hambre, Grip!

—Come y después á dormir en la paja.

Era lo mejor después de una comida tan mezquina.

Carker habia cerrado la puerta para que Grip no les impidiera beber la botella de ginebra.—Kriss no se opondría, siempre que se le reservase su parte.

El líquido circuló en las tazas. ¡Qué gritos! ¡qué tumulto! No era necesario mucho para que aquellos tunantuelos se embriagasen, sobre todo Carker que tenía el vicio del beodo.

No tardó en suceder así. Apenas mediada la botella, la innoble banda estaba borracha. El tumulto no bastó para sacar á M O'Bodkins de su indiferencia acostumbrada. ¿Qué le importaba lo que abajo sucedía estando él arriba ante sus libros? La trompeta del juicio final no hubiera podido distraerle. Sin embargo, pronto iba á ser sacado de su despacho, no sin menoscabo de su contabilidad.

Después de haber bebido unos siete cuartillos de ginebra de los doce que la botella contenía, la mayor parte de los bebedores estaban sobre la paja, por no decir, sobre el estercolero. Hubiesen acabado por dormirse si no se le hubiera ocurrido á Carker la idea de hacer un brulote, especie de ponche en que la ginebra sustituye al rom. Accedieron con gusto la vieja Kriss y los demás que aun resistían la borrachera; y aunque faltaban algunos ingredientes para el brulote, los pensionistas eran poco exigentes.

Después de verter la ginebra en la marmita, único utensilio que la vieja Kriss tenia á su disposición, Carker tomó una cerilla y prendió fuego al brulote. Una vez que la llama iluminó la sala, los andrajosos que podían tenerse en pié, comenzaron á bailar en torno de la marmita. El que en aquellos momentos hubiera pasado por la calle, habria creido que una legión de diablos había invadido la escuela. Pero en las prime-

ras horas de la noche aquel barrio estaba desierto.

De repente una vasta luz apareció en el interior de la casa.

Habiéndose vertido el recipiente, del que se desbordaban los inflamados vapores de la ginebra, el líquido se esparció por la paja llegando hasta los últimos rincones de la sala. En un instante se extendió el fuego. Los que aun no estaban completamente borrachos, no tuvieron tiempo más que para abrir la puerta, arrastrar á la vieja Kriss y echarse á la calle.

En este momento Grip y *Hormiguita*, que acababan de despertarse, intentaron en vano huir del desván lleno de un sofocante humo.

El reflejo de las llamas había sido ya notado. Algunos habitantes provistos de cubos y de escala acudieron. Afortunadamente la *Ragged-School* estaba aislada y el viento contrario no amenazaba extender el incendio á las casas de enfrente.

Pero si no había esperanza de salvar el viejo edificio, era preciso pensar en los que en él se encontraban, y á quienes las llamas cerraban toda salida.

Abrióse una ventana del piso que daba á la calle: la del gabinete de M. O'Bodkins donde el incendio amenazaba llegar muy pronto. El director apareció asustado y arrancándose los cabellos. No se crea que se inquietaba por saber si sus pensionistas estaban en salvo, ni aun pensaba en el peligro que corría el mismo.

—¡Mis libros! ¡mis libros! gritaba agitando desesperadamente los brazos. Y después de haber ensayado á bajar por la escalera de su gabinete, cuyos escalones trepidaban por el incendio, decidióse á arrojar por la ventana sus registros, cartones, todos los objetos de su escritorio. Después tomó el partido de salvarse por una escala de cuerda sujeta á la muralla.

Pero Grip y el niño no podían hacer lo mismo. El desván no recibía luz más que por una estrecha ventanilla, y la escalera era pasto de las llamas que caían en lluvia sobre el techo y que pronto harían de la *Ragged-School* una inmensa hoguera.

Los gritos de Grip dominaron entonces el ruido del incendio.

—¿Hay gente en ese granero? preguntó una señora que acababa de llegar al teatro de la catástrofe. Iba en traje de viaje: dejando su carruaje en la esquina, había venido con su doncella. En realidad, el siniestro se había propagado tan rápidamente, que era imposible dominarle. Así es que desde que el director estaba en salvo, se dejó que el fuego devorase la casa en la que se creía no había nadie.

—¡Socorred á los que están ahí!—gritó de nuevo la viajera con ademanes dramáticos. ¡Escalas, amigos míos, escalas y salvadores!

Pero ¿cómo aplicar escalas contra aquellos muros que amenazaban derrumbarse? ¿Cómo llegar al desván por un tejado envuelto en una expesa humareda?

—¿Quién está en el granero?—preguntó á M. O'Bodkins ocupado en recoger sus registros.

—¿Quién?... No lo sé—respondió el director sin conciencia más que de su propio desastre.

Después, recordando, dijo:

—¡Ah!... sí; Son... Grip y *Hormiguita*.

—¡Desgraciados!—exclamó la dama.—¡Mi dinero, mis alhajas, todo lo que poseo á quien los salve!

Ya era imposible penetrar en la escuela. Un resplandor intenso se proyectaba al través de los muros. Algunos instantes más y á impulsos del huracán, la escuela no sería más que una caverna de fuego: un turbión de incandescentes vapores. De repente el tejado de la casa reventó á la altura de la bohardilla. Grip había llegado á romperla en el momento en que el incendio hacía crugir el suelo del desván. Se izó entonces y atrajo al niño medio sofocado. Después, habiendo ganado la parte del muro delantero, se dejó resbalar por el borde, llevando siempre á *Hormiguita* en sus brazos. En este instante se produjo una violenta afluencia de llamas salidas del tejado, lanzando mil resplandores.

—¡Salvadle!—gritó Grip—¡Salvadle!

Y lanzó al niño á la calle donde por fortuna un hombre le recibió en sus brazos antes de que chocase contra el suelo. Grip, arrojándose á su vez, rodó medio asfixiado al pie de la muralla. La viajera se aproximó al hombre que tenía á *Hormiguita* y le preguntó con voz temblorosa por la emoción:

—¿De quién es esta inocente criatura?...

—De nadie.—Es un niño encontrado—le respondió el hombre.

—Pues bien: es mío... es mio—exclamó

M. O'Bodkins adoptó el partido de salvarse

Grip sostenía á *Hormiguita*.

ella cogiéndole y apretándole contra su pecho.

—Señora—observó la doncella.

—¡Calla, Elisa, calla!—Es un angel que ha caido del cielo.

Como el angel no tenía padres ni familia, lo mejor era dejarle en manos de aquella bella señora, dotada de tan hermoso corazón, y fue saludada con hurras, en el momento en que se hundían en medio de un torbellino de llamas, los últimos restos de la *Ragged-School*.

VI

Limerick.

¿Quién era aquella caritativa mujer que acababa de entrar en escena de esta manera un poco melodramática? Se la hubiera visto precipitándose en medio de las llamas, sacrificando su vida para arrancar aquella víctima á la muerte, y nadie se hubiera asombrado de ello: tanta convicción escénica ciertamente tenía; de ser suyo el niño, no le hubiera estrechado más fuertemente en sus brazos, en tanto que le llevaba á su coche. En vano su doncella había querido librarla del precioso fardo. Jamás... jamás.

—No, Elisa, deja,—repetía con voz vibrante.—Es mío. El cielo me ha permitido retirarle de las ruinas de esta casa ardiendo. ¡Gracias, Dios mío, gracias!

El pobre niño estaba medio sofocado; la respiración anhelosa, los ojos cerrados. Hubiera necesitado aire; y después de haber sido casi asfixiado por la humareda del in-

cendio, corría el riesgo de serlo por el torbellino de ternura en que su libertadora le envolvía.

—A la estación—dijo al cochero cuando llegó al carruaje.—¡Una guinea si llegamos al tren de las 9 y 47!

El cochero no podía ser insensible á aquella promesa, toda vez que la propina en Irlanda es nada menos que una institución social. Puso, pues, al trote al caballo *growler*, nombre que se aplica á aquellos antiguos é incómodos vehículos.

Pero, en fin; ¿quién era aquella providencial viajera? ¿Por una suerte extraña había *Hormiguita* caido en manos que jamás le abandonarían?

Miss Ana Waston, era primera dama del teatro de Drury Lane; una especie de Sarah Bernhardt en viaje, que daba actualmente representaciones en el teatro de Limerick, condado de Limerick, provincia de Munster. Terminaba un viaje de recreo de algunos días por el condado de Galway, acompañada de su doncella, amiga podía llamarse, tan gruñona como adusta, la seca Elisa Corbett. Esta actriz, era excelente mujer, muy agradable al público de los melodramas, siempre en escena, siempre con el corazón en la mano y la mano abierta como el corazón, muy seria en lo que concernía al arte é intratable en el caso en que podía comprometerla una malaventura.

Miss Ana Waston, ya muy conocida en todos los condados del Reino Unido, no esperaba más que la ocasión de ir á hacerse aplaudir á América, á las Indias, á Australia; en todos los sitios donde se hablase la lengua inglesa, pues era demasiado orgullosa para sujetarse á no ser más que una muñeca de pantomima en los teatros donde no pudiera ser comprendida.

Desde hacía tres días, deseosa de descansar de las incesantes fatigas que la imponía el drama moderno, en el que no cesaba de morir en el cuarto acto, había ido á respirar el aire puro y fortificante de la bahía de Galway. Acabado su viaje, dirigíase aquella noche á la estación para tomar el tren de Limerick, donde debía trabajar al día siguiente, cuando gritos y un intenso resplandor habían atraído su atención. Era el incendio de la *Ragge-School*.

¿Un incendio? ¿Cómo resistir al deseo de ver uno de esos incendios *naturales* que se parecen tan poco á los incendios del teatro? Siguiendo sus órdenes, y á pesar de las observaciones de Elisa, el carruaje se había detenido á la extremidad de la calle, y miss Ana Waston había asistido á las diversas peripecias del espectáculo bien superior á los que los fingidos bomberos del teatro miran sonriendo. Esta vez los practicables se quemaban realmente, y además había interés. La situación estaba preparada como en una escena bien dirigida.

Dos criaturas humanas encerradas en el fondo de un desván, cuya escalera es pasto de las llamas y completamente aisladas. Dos jóvenes, uno mayor y otro pequeño. ¿Hubiese sido mejor una jovencilla? Y entonces los gritos arrojados por miss Ana Waston. El tejado acaba de abrirse junto á la bohardilla. Los dos desgraciados aparecen en medio de los vapores; el mayor llevando al pequeño. ¡Ah, qué heroe y qué artista! ¡Qué ciencia del gesto, qué verdad de expresión! ¡Pobre Grip! ¡No sabe el efecto que ha producido! En cuanto al pequeño, el gentil, como dice miss Ana, es un angel que atraviesa las llamas del infierno. En verdad, *Hormiguita*, que es la primera vez que tú has sido comparado á un querubín ó á otro modelo de la corte celestial.

Sí; miss Ana Waston había observado los menores detalles del espectáculo. Como en el teatro había gritado: ¡Mi dinero, mis alhajas, todo lo que poseo á quien les salve! Pero nadie había podido lanzarse á aquellos muros que se derrumbaban, á aquel tejado que se hundía. Al fin el querubín había sido recogido entre unos brazos abiertos para recibirle, y de estos brazos había pasado á los de miss Ana Waston, y en el presente, *Hormiguita* poseía una madre, y hasta la multitud aseguraba que debía ser una gran señora que acababa de reconocer á su hijo en medio del incendio de la *Ragge-School*.

Después de haber saludado, inclinándose, al público que la aplaudía, miss Ana Waston había desaparecido, llevando su tesoro á pesar de las observaciones de su doncella. ¿Qué queréis? No se puede pedir á una actriz de veintinueve años, de cerebro ardiente, sangre cálida y miradas dramáticas, que se mantenga en la justa medida como Elisa Corbertt, de treinta y siete años, rubia, fría, y desde algunos al servicio de su fantástica señora. La nota

característica de la actriz era la de creerse siempre en el teatro; para ella las circunstancias más ordinarias de la vida eran *situaciones*, y cuando la situación se presenta...

El carruaje llegó á tiempo á la estación, y el cochero recibió la guinea prometida. Y ahora miss Ana, sola con Elisa, en el fondo de un departamento de primera clase, podía abandonarse á todas las efusiones de que está lleno el corazón de una verdadera madre.

—¡Es mi hijo, mi sangre, mi vida!—repetía.—Nadie me le arrancará.

Entre paréntesis. ¿Quién pensaba en arrebatarle á aquel niño abandonado y sin familia?

Elisa decía:

—Veremos lo que dura esto.

El tren marchaba con poca velocidad hacia Artheury, atravesando el condado de Galway, que pone en comunicación con la capital de Irlanda. Durante esta primera parte del trayecto—unas doce millas—*Hormiguita* no había recobrado el sentido á pesar de los cuidados y de las frases tradicionales de la actriz.

Miss Ana Waston se había ocupado en primer lugar, en desnudarle. Habiéndole desembararado de sus harapos ahumados, á excepción del traje de lana, que estaba en bastante buen estado, le había hecho una camisa de una de sus camisolas sacada del saco de viaje, un vestido de un corpiño de paño, una manta de su chal. Pero el niño no parecía notar que fuese envuelto en vestidos calientes, ni oprimido junto á un corazón aun más caliente que los vestidos.

En fin, en la línea de unión, una parte del tren fue separada del resto y dirigido á Kilkrée, que está en el límite del condado de Galway, donde hubo media hora de espera. Durante este tiempo, *Hormiguita* no había recobrado aun el sentido.

—Elisa, Elisa,—exclamó miss Ana Waston,—es preciso ver si hay algún médico en el tren.

Informóse Elisa, aunque asegurase á su señora que la cosa no merecía la pena.

No había ningún médico.

—¡Ah! ¡Esos monstruos, — respondió miss Ana Waston—¡nunca están donde debieran!

—Vamos, señora, si no es nada. El niño acabará por volver en sí, si no le sofocáis.

—¿Tú crees Elisa? ¡Querido bebé! Qué quieres. Yo no sé. No he tenido hijos; ¡ah! si pudiese alimentarle á mis pechos...

Esto era imposible, y además *Hormiguita* estaba en una edad en que se necesita una alimentación más sustanciosa.

El tren atravesó el condado de Clare, península arrojada entre la bahía de Galway al N. y la ancha embocadura del Shannon al S.:—un condado del que se haría una isla, abriendo un canal de unas treinta millas en la base de los montes Sliève-Sughty. La noche era sombría. La atmósfera tumultuosa, barrida por los vendavales del O. ¿No era este el cielo propio para la situación?

—¡Este angel no vuelve en sí!—no cesaba de exclamar miss Ana Waston.

—¿Queréis que os diga una cosa, señora?

—Dila, Elisa, dila.

—Pues bien; yo creo que duerme.

Y era verdad.

Se atravesó Dromor, Ennis, que es la capital del condado, y donde el tren llegó á media noche; después Clare, después New-Market, Six-Miles, la frontera, en fin, y á las cinco de la mañana, el tren entraba en la estación de Limerick. No solamente *Hormiguita* había dormido durante todo el trayecto, si no que también miss Ana Waston había acabado por ceder al sueño; y cuando se despertó, vió que su protegido le miraba con los ojos muy abiertos.

Y entonces le abrazó repitiendo:

—¡Vive, vive! Dios que me le ha dado, no hubiera tenido la crueldad de quitármelo!

Convino Elisa en que Dios no hubiera podido ser tan cruel, y he aquí como nuestro heroe pasó casi sin transición del desván de la *Ragged-School*, al hermoso cuarto que miss Ana Waston ocupaba en el *Royal George-Hotel*.

El condado de Limerick se ha señalado en la historia, pues en él se organizó la resistencia de los católicos contra la Inglaterra protestante. La capital, fiel á la dinastía jacobina, con Cromwell á la cabeza, sufrió un sitio memorable, y después, abatida por el hambre y las enfermedades, ahogada con la sangre de las ejecuciones, acabó por sucumbir. Allí fue firmado el tratado que lleva su nombre, el que aseguraba á los católicos irlandeses la igualdad de los

derechos civiles y el libre ejercicio de su culto. Verdad es que estas disposiciones fueron ultrajosamente violadas por Guillermo de Orange. Preciso fue volver á tomar las armas, después de largas y crueles exacciones; pero á pesar de su valor y aunque la Revolución francesa envió á Hoche en su socorro, los irlandeses, que se batían "con la cuerda al cuello„ como ellos decían, fueron vencidos en Ballinamach.

En 1829, los derechos de los católicos fueron al fin reconocidos, gracias al gran O'Connell, que tomó en sus manos la bandera de la independencia, y obtuvo, ó más bien impuso el bill de emancipación al gobierno de la Gran Bretaña. Y puesto que esta novela tiene la Irlanda por teatro, séanos permitido recordar algunas de las inolvidables frases arrojadas entonces á la faz de los hombres de Estado de Inglaterra. No se las considere extrañas á la obra; están grabadas en el corazón de los irlandeses y se sentirá su influencia en algunos episodios de esta historia.

"¡Jamás ministerio alguno fue más indigno!—exclamó un día O'Connell.—Stanley es un wigh renegado; sir James Graham, algo todavía peor; sir Roberto Peel, una bandera de quinientos colores hoy amarillo, mañana verde, y al otro de ninguno de estos colores; pero preciso es guardarse de que esta bandera se tiña en sangre. En cuanto á ese pobre diablo de Wellington, nada más absurdo que haberle admirado tanto en Inglaterra. El historiador Alison, ¿no ha demostrado que había sido sorprendido en Waterlóo? Felizmente para él, contaba con tropas decididas, con soldados irlandeses. Los irlandeses han sido adictos á la casa de Brunswick, cuando esta era enemiga de ellos. Fieles á Jorge III, que les hacía traición; fieles á Jorge IV, que daba gritos de rabia acordándose de la emancipación; fieles al viejo Guillermo, á quien el ministerio dictaba un discurso intolerable y sanguinario contra Irlanda; fieles á la reina, en fin. Como á los ingleses Inglaterra y á los escoceses Escocia, á los Irlandeses, Irlanda.„ Nobles palabras. ¡Pronto se verá como está realizado el deseo de O'Connell, y si el suelo de Irlanda es de los irlandeses!

Limerick es todavía una de las principales ciudades de la isla Esmeralda, aunque haya bajado del tercero al cuarto rango desde que Tralee se ha apoderado de una parte de su comercio. Posee una población de treinta mil habitantes. Sus calles son regulares, largas, derechas, trazadas á la americana; sus tiendas, sus fondas, sus edificios públicos, están situados en plazas espaciosas. Pero cuando se ha franqueado el puente de Thomond, cuando se ha saludado la piedra en la que fue firmado el tratado de emancipación, se encuentra la parte de la ciudad que ha quedado obstinadamente irlandesa con sus miserias, sus ruinas del sitio, sus muros despedazados, el sitio de aquella batería negra, que las intrépidas mujeres, como Juana Hachette, defendieron hasta la muerte contra los orangenistas. ¡Nada más triste que el tal contraste!

Evidentemente Limerick está situada de forma de llegar á ser un importante centro industrial y comercial. El Shannon, el río azul le ofrece uno de esos caminos que marchan como Clyde, Tamise ó Mersey. Desgraciadamente si Londres, Glasgow y Liverpool utilizan su río, Limerick no hace lo mismo con el suyo. Solo algunas barcas animan aquellas perezosas aguas que se contentan con bañar los hermosos barrios de la ciudad y regar sus campos. Los emigrantes irlandeses deberían llevar el Shannon á América, y seguramente los americanos sabrían aprovecharse bien de él.

Toda la industria de Limerick se reduce á la fabricación de jamones; pero es una agradable ciudad, en la que el elemento femenino es muy bello, cosa facil de comprobar durante las representaciones de miss Ana Waston.

Confesemos que estas actrices no son de una personalidad tal que reclamen un muro para su vida privada: no, ellas harán más bien construír sus casas de cristal el día en que los arquitectos sepan construirlas así. Después de todo, miss Ana Waston no tenía por qué ocultar lo que había pasado en Galway. Desde el siguiente día de su llegada no se cesaba de hablar en los salones de Limerick de la *Ragged-School*. Extendióse el rumor de que la heroina de tantos dramas habíase arrojado en medio de las llamas para salvar á un niño, y ella no lo desmentía.

Tal vez llegóselo á creer ella misma, como sucede con frecuencia á muchos habladores... Lo cierto era que ella había lle-

Miss Ana Waston vió que su protegido la miraba.

vado un niño á *George Royal Hotel*, un niño que quería adoptar, un huérfano al que daría su nombre, puesto que él no le tenía.

—*Hormiguita*—había respondido cuando la actriz le preguntó como se llamaba.

Pues bien: *Hormiguita* vale tanto como Eduardo ó Arturo, y por otra parte, ella le prodigaría los *baby*, los *bebery*, los *babiskly* y otros equivalentes maternales usados en Inglaterra.

Convengamos en que nuestro heroe no comprendía nada de todo esto. Él dejaba hacer: no tenía costumbre de recibir abrazos, y se le abrazaba; ni besos, y se le besaba; ni á los buenos trajes, y estaba bien vestido; ni á andar con zapatos, y le pusieron botinas nuevas; ni á peinarse, y sus cabellos fueron dispuestos en bucles; ni al buen alimento, y se le alimentaba regiamente.

Amigos y amigas de la actriz acudieron al departamento de la actriz en el *George Royal Hotel*. ¡Cuántas enhorabuenas recibió y con qué gracia las aceptaba! Repetíase la historia de la *Ragged-School*. Se exageraba lo del incendio, y después de veinte minutos de relato, se extrañaba que el fuego no hubiese devorado la ciudad de Galway entera; se le podía comparar al famoso que destruyó una gran parte de la capital del Reino Unido.

Se comprende que el niño no era olvidado en estas visitas.

Un día preguntó el niño:

—¿Dónde está Grip?

—¿Quien es Grip, nene mío?—respondió miss Ana Waston.

Supo entonces quien era. Ciertamente *Hormiguita* hubiera perecido entre las llamas, si Grip no hubiera arriesgado su vida para salvarle. Esto había estado muy bien por parte de Grip. Sin embargo, su heroismo no podía disminuir en nada la parte que en la salvación del niño correspondía á miss Ana Waston.

En el supuesto de que la actriz no se hubiera encontrado providencialmente en el teatro del incendio ¿dónde estaría hoy *Hormiguita?* ¿Quién le habría recogido? ¿En qué chiribitil se le habría encerrado en compañía de los otros andrajosos de la *Ragged-School?*

La verdad es que nadie se había informado de Grip. Nada se sabía de él; *Hormiguita* acabaría por olvidarle, y no hablaría más de él. Se engañaban; la imagen de aquel que le había alimentado y protegido, no se borraría jamás de su corazón.

¡Qué distracciones encontraba el hijo adoptivo de la actriz en su nueva existencia! Acompañaba á miss Ana Waston en sus paseos, sentado cerca de ella en el carruaje, por medio de los hermosos barrios de Limerick, á la hora en que el mundo elegante podía verla pasar. Jamás niño alguno fue más atildado, más lleno de cintas, más decorativo, si se nos permite esta expresión. ¡Y qué variedad en los trajes! Tenía un guardaropa de actor! Tan pronto era un escocés con plaid, tan pronto un paje vestido de gris y escarlata, ó un grumete de fantasía con blusa y sombrerete echado atras.

En verdad, él había reemplazado al perro dogo de su ama, una bestia arisca y mordedora, y si hubiera sido más pequeño tal vez ella le hubiera metido en su manguito, no dejando fuera más que la rizada cabeza. Y además de los paseos al través de la ciudad, escursiones hasta las estaciones balnearias de los alrededores de Kilkrée con sus magníficos despeñaderos sobre la costa de Clare, Miltow-Malbay, célebres por sus terribles rocas que destrozaron en otra época una parte de la invencible Armada. Allí *Hormiguita* era exhibido como un fenómeno, designándole como... ¡el angel salvado de las llamas!

Una ó dos veces se le llevó al teatro. Era digno de ver con traje de etiqueta y guantes—¡guantes él!—en el primer puesto de un palco, bajo la mirada severa de Elisa, no atreviéndose á moverse, y luchando contra el sueño hasta el fin de la representación. Si no comprendía gran cosa de la comedia, creía, no obstante, que todo lo que veía era real, no imaginario.

Así cuando miss Ana Waston aparecía en traje de reina con diadema y manto real, después como mujer del pueblo, y hasta como mendiga, llena de harapos y cubierta con el sombrero de flores de los mendigos ingleses, no podía él creer que fuese aquella la misma que volvía á encontrar en el *George Royal Hotel.*

De aquí la profunda turbación de su mente infantil. No sabía qué pensar. Y por la noche, como si el sombrío drama continuase, tenía sueños espantosos en los que se mezclaban Thornpipe, el miserable Carker, y los demás pillos de la escuela. Despertábase bañado en sudor, y no se atrevía á llamar.

Conocida es la pasión que los irlandeses sienten por los ejercicios de sport y en particular por las carreras de caballos. En tales días hay una verdadera invasión en Limerick por la *gentry* de los alrededores, por los labradores que abandonan sus cortijos y por los miserables de toda especie que han logrado economizar un shilling ó medio para ponerlo á un caballo.

Quince días después de su llegada *Hormiguita* tuvo ocasión de exhibirse en mitad de un concurso de este género. ¡Qué tocado el suyo! Parecía más que un niño, un ramo; tan florido iba de los pies á la cabeza; un ramo que miss Ana Waston hacía admirar, mejor diríamos, respirar á sus amigos y conocidos.

En fin, no había más remedio que tomar á aquella criatura tal como era; un poco estravagante, pero buena y compasiva cuando encontraba medio de serlo con algún aparato. Si las atenciones de que colmaba al niño eran visiblemente teatrales, si aquellos besos se asemejaban á los convencionales de la escena, que sólo de los labios salen, no era *Hormiguita* capaz de apreciar la diferencia. Y sin embargo, no se sentía amado como hubiera querido serlo, y tal vez se decía, sin conciencia de ello, lo que Elisa no cesaba de repetir:

—Veremos lo que esto dura, admitiendo que dure algo.

VII

Situación comprometida.

Seis semanas pasaron de este modo, y no hay que asombrarse de que *Hormiguita* se acostumbrase á aquella agradable vida: puesto que se acostumbra uno á la miseria, no debe ser muy difícil acostumbrarse á la abundancia. ¿Pero miss Ana Waston que siempre se dejaba llevar del primer ímpetu, no se cansaría por la exageración y el abuso de su ternura? Los sentimientos como el cuerpo están sometidos á la ley de la inercia: cuando cesa la fuerza adquirida, el movimiento se detiene. ¿Si el corazón de Ana tiene un resorte, no se olvidará algún día de darle cuerda, ella que de diez veces olvidaba nueve dar cuerda á su reloj? ¿Había sido el niño para ella un pasatiempo, un juguete... un reclamo? No: miss Ana realmente era una buena mujer. Sin embargo, si sus cuidados no debían faltar al niño, sus caricias no eran ya tan continuas, ni sus atenciones tan frecuentes. Además, una actriz no tiene momento libre; papeles que estudiar, ensayos, representaciones que no dejan una noche. ¡Y luego las fatigas del oficio! En los primeros días hacía que le llevaran el niño al lecho; jugaba con él, haciendo de madre joven. Después, esto interrumpía su sueño, que tenía la costumbre de prolongar hasta muy tarde, y no le pedía hasta la hora del almuerzo. ¡Ah, qué alegría al verle sentado en una silla alta que se había comprado expresamente, y verle comer con tan buen apetito.

—¿Eh, está bueno eso?—le decía.

—¡Oh sí, señora—respondió un día—tan bueno como lo que se come en el hospital cuando se está enfermo.

Una observación: aunque *Hormiguita* no hubiese jamás recibido lecciones de buenos modales—no era Thornpipe ni el mismo M. O'Bodkins quien se las hubieran podido dar—poseía una naturaleza tan discreta y reservada, un carácter tan dulce y afectuoso, que siempre había contrastado con las turbulencias y pillerías de los pensionados de la *Ragged-School*.

Mostrábase el niño superior á su condición como lo era á su edad, por los modales y sentimientos. Por aturdida que miss Ana Waston fuera, no podía dejar de notarlo. De su historia no conocía más que lo que él había podido contarla desde la época en que fue recogido por Thornpipe.

Era, pues, indudable que se trataba de un niño encontrado.

Sin embargo, dado lo que ella llamaba su distinción natural, miss Ana Waston vió en él al hijo de una gran señora, como en el drama corriente, un hijo al que su madre por razones desconocidas su posición social le había obligado á abandonar. Y de aquí forjó una novela que no brillaba por su novedad.

Imaginaba situaciones que se podrían adaptar á la escena. Un drama de gran efecto. Ella le representaría y sería el triunfo mayor de su carrera artística. Se mostraría enloquecedora, sublime, etc., etc. Cuando estaba en tal diapasón, cogía á su angel, le estrechaba como si estuviera en escena, y le parecía oir los bravos de toda la sala.

Un día, *Hormiguita*, turbado por estas demostraciones la dijo:

—Señora...

—¿Qué quieres, querido?

—Quería preguntaros una cosa

—Pregunta, corazón mío.

—¿No me reñireis?

—¿Reñirte?

—Todos han tenido una mamá, ¿no es cierto?

—Sí, angel mío; todos...

—Entonces, ¿por qué yo no conozco á la mía?

—¿Por qué?... porque...—respondió miss Ana Waston confusa—porque hay razones... Pero un día... Tú la verás... sí... Tengo la idea de que la verás...

—Os he oído decir que debía de ser una hermosa señora...

—Sí, ciertamente... una hermosísima señora.

—¿Y por qué?

—Porque... tu aire... tu cara... Después la situación, la situación del drama exige que sea hermosa... una gran señora... Tú no puedes comprender...

—No... nada comprendo... — respondió tristemente el niño.—Algunas veces pienso que mi mamá ha muerto...

—¡Muerto!... No... No pienses en esas cosas... Si estuviera muerta no habría drama...

—¿Qué drama?

Miss Ana le abrazó, lo que era el mejor modo de responder.

—Pues si no ha muerto— replicó *Hormiguita* con la lógica tenacidad de sus pocos años—si es una hermosa señora, ¿por qué me ha abandonado?

—Habrase visto obligada á ello... ¡oh! y á su pesar... pero en el desenlace...

—Señora...

—¿Qué quieres aún?

—¿Mi mamá?

—¿Y bien?

—¿No sois vos?

—¡Quién... yo!... ¡Tu mamá!...

—¡Cómo me llamáis hijo!...

—Esto se dice, angel mío, esto se dice siempre á los niños de tu edad... ¡Pobre pequeño!... ¡Has podido creer!... No... ¡yo no soy tu mamá! ¡De serlo no te hubiera abandonado; no te hubiera entregado á la miseria! ¡Oh!... ¡no!..

Y miss Ana Waston, infinitamente conmovida terminó la conversación abrazando de nuevo al niño, que se alejó disgustado.

¡Pobre niño! ¡que perteneciese á una familia rica ó á una pobre, era de temer que jamás llegase á saberlo como otros tantos encontrados en la calle!...

Al llevarle consigo miss Ana Waston no había reflexionado en la carga que su buena acción le imponía para el porvenir. No había pensado que el niño crecería y que sería preciso educarle.

Si está bien colmar á un niño de caricias, mejor es darle la enseñanza que su espíritu reclama. La actriz entreveía vagamente este deber. Verdad es que *Hormiguita* apenas tenía cinco años y medio; pero á esta edad la inteligencia comienza á desarrollarse... ¿Qué sería? No podría seguir á la actriz de ciudad en ciudad, de teatro en teatro, sobre todo cuando ella fuese al extranjero. Se vería obligada á ponerle en un colegio... ¡oh; en un buen colegio! Lo cierto era que jamás le abandonaría. Y un día dijo á Elisa:

—Él se muestra cada vez más gentil, ¿no lo notas? ¡Qué natural más afectuoso! ¡Ah! ¡su cariño me pagará lo que he hecho por él! Y después... ¡qué precoz! ¡qué afanoso por saberlo todo! ¡Encuentro que es más reflexivo de lo que debe ser un niño!... ¡Y pensó que era hijo mío! ¡El pobre!... ¡Yo no debo parecerme á su madre! ¡Esta debe de ser una mujer seria, grave! Dime, Elisa, será preciso pensar...

—¿En qué, señora?

—En lo que haremos...

—¿En lo que haremos... ahora?

—No... ¡ahora hay que dejarle crecer como un arbolillo! No... más tarde... más tarde... cuando tenga siete ú ocho años. ¿No es esta la edad en que se pone en el colegio á los niños?

Elisa iba á responder que el pequeño debía estar ya acostumbrado al régimen de los colegios —y se sabe á qué régimen había estado sometido—¡al de la *Ragged-School!*—Según ella, lo mejor sería enviarle á un establecimiento—más conveniente se entiende.—Miss Ana Waston no le dejó tiempo para responder...

—Dime, Elisa...

—Señora.

—¿Crées tú que á nuestro querubín le gustará el teatro?

—Á él...

—Sí... mirale bien... Tendrá una bella cara; unos ojos magníficos, una presencia soberbia. Se vé ya esto, y estoy segura de que haría un adorable primer galán.

—¡Tá... tá!... señora.

—Yo le enseñaré. ¡El discípulo de miss Ana Waston! ¿ves tú el efecto?

—En quince años...

—En quince años, Elisa, ¡sea! Pero te lo repito, en quince años será el más encantador galán que soñarse puede. Todas las mujeres estarán...

—Celosas — respondió Elisa — ¿queréis que os diga lo que pienso?

—Dílo, hija mía.

—Pues bien; me figuro que este niño no consentirá nunca en ser actor.

—¿Y por qué?

—Porque es demasiado serio...

—Es quizás cierto... Sin embargo... veremos.

—Tenemos tiempo, señora.

Nada más justo: había tiempo: y si *Hormiguita* mostraba disposiciones para el teatro todo iría á maravilla.

Entretanto, miss Ana Waston tuvo una famosa idea, una de esas ideas *wastonianas* de las que parecia guardar el secreto — la de hacer debutar al niño en la escena de Limerick.

¿Hacerle debutar?—se dirá—¿pero aquella estrella del drama moderno estaba loca? ¿Loca? En el sentido propio, no. Además esta idea, y por sólo una vez, no era mala.

Miss Ana Waston representaba entonces una de esas obras de resistencia que no son raras en el repertorio inglés. El drama ó melodrama más bien, titulado *Los remordimientos de una madre* había ya hecho brotar de los ojos de toda una generación lágrimas bastantes para alimentar los ríos del Reino Unido.

En esta obra de Furpill había un papel de niño, niño que la madre no había podido conservar, abandonándole un año después de su nacimiento y que se encontraba pobre, etc., etc.

El niño, no hablaba: reducíase su papel á dejarse acariciar, abrazar, oprimir sobre el seno materno, ir por un lado y por otro sin pronunciar una sola palabra.

¿No era nuestro heroe el más indicado para desempeñar este papel? Tenía la edad, la estatura conveniente, pálido el semblante y ojos que parecían haber llorado mucho. ¡Qué efecto cuando se le viera en las tablas y junto á su madre adoptiva, precisamente! ¡Con qué entusiasmo y fuego representaría ésta la escena quinta del acto tercero, la gran escena, cuando defiende á su hijo en el momento en que quieren arrancarle de sus brazos!... ¿Es que aquella escena no sería real? ¿no serían verdaderos los gritos de madre que se escaparían de la garganta de la artista? ¿No serían verdaderas lágrimas las que correrían por sus ojos?

Se puso al trabajo, y *Hormiguita* fue llevado á los últimos ensayos. La primera vez quedó asombrado de cuanto veía y oía: miss Ana le llamaba, hijo mío, recitando su papel, pero parecíale á él que no le oprimía con verdad entre sus brazos, que no lloraba al atraerle á su corazón. En efecto; ¿llorar en los ensayos no hubiera sido inútil? ¿Porqué abusar de los ojos? Bastante era verter lágrimas en presencia del público.

Nuestro heroe se sentía, además, muy impresionado. Los sombríos bastidores, aquel aire humedo, aquella sala espaciosa y desierta, cuyas ventanas del anfiteatro que no dejaban pasar más que una luz gris, tenían el aspecto lúgubre de una casa en la que hubiere un muerto. Sin embargo, Sib,—así se llamaba en la obra—hizo lo que se le pidió, y miss Ana Waston no dudó en profetizar que obtendría un gran triunfo, y ella también.

¿Se participaba de esta confianza? La actriz tenía un cierto número de envidiosos, y sobre todo de envidiosas entre sus buenas camaradas. Habíalas á menudo herido por su personalidad encumbrada, con sus caprichos de artista, sin notarlo, ¿cómo había de notarlo? y sin saberlo, ¿cómo había de saberlo? Y ahora, gracias á la exageración habitual de su temperamento, ella repetía á quien quería oirla, que bajo su dirección, aquel pequeño, obscureciera la fama de Keant, de Macread y cualquier otro gran actor del teatro moderno. En verdad, esto era demasiado.

Al fin llegó el día de la primera representación.

Era el 19 de Octubre: un jueves. Claro es que miss Ana Waston debía encontrarse en un estado de enervamiento muy escusable. Tan pronto cogía á Sib, le abrazaba y le sacudía con una impaciencia nerviosa, tan pronto su presencia la excitaba y él no comprendía nada de todo aquello.

No hay que asombrarse que aquella noche la afluencia de gente al teatro fuera mucha.

Además, el anuncio había producido un gran efecto.

Para las representaciones

de

Miss Ana Waston

LOS REMORDIMIENTOS DE UNA MADRE

MAGNÍFICO DRAMA DEL

CÉLEBRE FURPILL

ETC. ETC.

Miss Ana Waston representará el papel de Duquesa de Kendalle.

El papel de Sid, estará á cargo de *Hormiguita*, niño de cinco años y nueve meses etc. etc.

Orgulloso hubiera quedado el niño si se hubiera detenido ante este anuncio. Sabía leer y su nombre estaba escrito con gruesas letras sobre fondo blanco. Desgraciadamente, bien pronto su orgullo sufrió: un gran disgusto le esperaba en el cuarto de miss Ana Waston.

Hasta aquella tarde no se había ensayado con trajes, por no ser preciso. Había llegado al teatro con sus vestidos de siempre. En aquel cuarto donde se preparaba el rico tocado de la duquesa de Kendalle, Elisa le da los harapos y se dispone á ponérselos,

Sórdidos andrajos llenos de remiendos y deshilachados. En efecto; en este drama conmovedor, Sib es un niño abandonado que su madre encuentra con su traje de pobre, su madre, una duquesa vestida de seda, de encajes y de terciopelo.

Cuando vió aquellos harapos la primera idea de *Hormiguita* fue que iba á volver á la *Ragged-School*.

—Señora... señora—exclamó.

—¿Qué tienes?—respondió miss Ana.

—No me lleve usted.

—Llevarte. ¿Por qué?

—Esos trapos.

—¡Cómo! imaginas...

—Eh, pequeño. Espera un poco—dijo Elena cogiéndole con mano ruda.

—¡Ah! ¡el querubín!—exclamó miss Ana llena de ternura.

Y se pintaba las cejas con un pincel.

—¡El pobre angel! si esto se supiese en la sala!...

Y se ponía rojo en las mejillas.

—Pero se sabrá, Elisa. Mañana se dirá en los periódicos... ¡Ha podido creer!...

Y pasaba la brocha blanca por sus hombros.

—Es cosa que da risa.

—¿Risa, señora?

—Sí, es preciso no llorar.

Y con gusto hubiera vertido lágrimas, á no ser por el temor de estropear sus colores artificiales.

Elisa le repitió sacudiendo la cabeza.

—Ved señora, ¡cómo no podremos nunca hacer de él un actor!

Entretanto *Hormiguita*, cada vez más turbado, con el corazón oprimido y los ojos húmedos, dejóse vestir con los harapos de Sib. Miss Ana, tuvo entonces la idea de darle una guinea; esto sería su marca de artista: y el niño prontamente consolado, tomó la moneda de oro con satisfacción y la metió en su bolsillo, no sin haberla mirado mucho. Después miss Ana, le hizo una última caricia y bajó á escena, recomendando á Elisa le guardara en la habitación, puesto que él no aparecía hasta el acto tercero.

Aquella noche el gran mundo y la clase baja llenaban el teatro desde los últimos asientos de la orquesta hasta las bóvedas, aunque aquel melodrama no tuviese el atractivo de la novedad, habiéndose representado muchas veces en los teatros del Reino Unido, como sucede en esta clase de obras, aun siendo medianas.

El primer acto marchó convenientemente; miss Ana Waston, fue calurosamente aplaudida, y lo merecía en verdad por la pasión, por el brillo de su talento que emocionaban al auditorio.

Después del primer acto, la duquesa de Kendalle subió á su cuarto, y con gran sorpresa de Sib, he aquí que cambia su traje de seda y terciopelo por otro de una simple criada, cambio exigido por las combinaciones del dramaturgo; tan complicadas como poco originales y sobre las que es inútil insistir.

Hormiguita observaba todo aquello, y se sentía cada vez más inquieto, más absorto, como si la fantástica transformación se operase por arte de magia.

Después la voz del avisador, una voz fuerte que le hizo temblar, llegó hasta el cuarto, y la *criada* le hizo un signo con la mano, diciéndole:

—¡Cuidado, bebé! Pronto llegará tu vez.

Y bajó á escena.

Segundo acto: en él obtuvo la criada un éxito igual al que la duquesa había obtenido en el primero, y el telón se volvió á levantar en medio de una triple salva de aplausos. Miss Ana volvió á su cuarto y se dejó caer sobre el sofá, algo fatigada, aunque hubiera reservado para el acto siguiente su más grande esfuerzo dramático.

Todavía hubo un nuevo cambio de traje. Ya no es una madre, sino una señora en traje de luto, menos joven, pues han pasado cinco años entre el segundo y el tercer acto.

Hormiguita abría los ojos, inmóvil en su rincón, sin atreverse á moverse ni á hablar. Miss Ana Waston, bastante enervada, no le prestaba ninguna atención.

Sin embargo, cuando se volvió, le dijo:

—Pequeño. Te va á tocar á tí.

—¿A mí, señora?

—Y recuerda que te llamas Sib.

—¿Sib? Sí.

—Elisa, repítele bien que se llama Sib, hasta que bajes con él á escena para conducirle cerca de la puerta.

—Sí, señora.

—Y sobre todo, que no falte en su entrada.

¡Nó! él no faltaría. Sib... Sib... Sib...

—Ya sabes, añadió miss Ana, mostrando

el dedo al niño, ó te quitaré la guinea, ¡ojo á la multa!

—¡Y á la prisión!—añadió Elisa abriendo los ojos que él conocía también.

Sib se aseguró que la guinea estaba en su bolsillo, decidido á no perderla.

Llegó el momento. Elisa cogió á Sib de la mano, y bajó á la escena. Sib sintióse aturdido por el movimiento de la escena y de los telares. Veíase perdido en medio de aquel vaivén de figurantas y artistas que le miraban riendo. ¡Estaba avergonzado de los harapos que le cubrían!

Al fin sonaron los tres golpes.

Sib tembló como si los hubiera recibido en la espalda.

Alzóse el telón.

La duquesa de Kendalle estaba sola en escena; recitaba un monólogo. La decoración era de choza. Después la puerta del foro se abriría, entrando un niño, que avanzaría á ella, tendiéndola la mano, y este niño sería el suyo.

Preciso es advertir que *Hormiguita* habíase disgustado mucho en los ensayos al verse obligado á pedir limosna. Se recordaba á su orgullo nativo, su repugnancia cuando se le quería obligar á mendigar en provecho de la *Ragged-School*; y aunque mis Ana le había dicho que esto era otra cosa, en su inocencia lo tomaba en serio, y acabó por creer que era verdaderamente el infortunado Sib.

Esperando el momento de la entrada, y mientras el director le tenía de la mano, miraba por las rendijas de la puerta. ¡Con qué desvanecimiento sus ojos recorrieron aquella inmensa sala, llena de gente y de luz, y con la enorme araña como un globo de fuego suspendido en el aire! ¡Era aquello muy diferente á lo que él había visto cuando asistía á las funciones desde el palco.

En aquel momento el director le dijo:

—¡Atención, Sib!

—Sí, señor.

—Sabes; vas derecho hasta tu mamá y cuidado con caer.

—Sí, señor.

—Y le tiendes la mano.

—Sí señor... ¿así?

Y mostraba su mano cerrada.

—No... Eso es el puño... Tiendes la mano abierta, puesto que pides limosna.

—Sí, señor.

—Y sobre todo, no pronuncies una palabra... ¡ni una sola!

—Sí, señor.

La puerta de la cabaña se abrió y el director le empujó.

Hormiguita acababa de dar el primer paso en la carrera dramática. ¡Cómo le latía el corazón!

Un murmullo llegó de todos los lados de la sala; un murmullo de simpatía, mientras Sib, con la mano temblorosa, los ojos bajos, y el paso incierto, avanzaba hacia la señora enlutada.

Se comprendía que tenía costumbre de vestir harapos; se le aplaudió, lo que le turbó más.

De repente la duquesa, se levanta, le mira, retrocede, y después le abre los brazos.

¡Qué grito se escapó de sus labios!... uno de esos gritos conformes á las tradiciones que desgarran el pecho.

—¡Es él!... ¡es él!... ¡le conozco! ¡Es Sib!... ¡mi hijo!

Y le atrae á sí, le oprime contra su corazón, le cubre de besos.

Llora verdaderas lágrimas esta vez, y exclama:

—¡Mi hijo... mi hijo! ¡este desdichado que me pide una limosna!...

Esto conmueve al pobre Sib y aunque le han recomendado que no hable, dice:

—Vuestro hijo, señora?...

—Cállate—murmuró en voz baja miss Ana Waston.

Y continúa:

—El cielo me lo quitó para castigarme y hoy me le envía.

Y entre estas frases entrecortadas por los sollozos, devora á Sib á besos, le inunda de lágrimas. Nunca, nunca, ha sido *Hormiguita* tan acariciado, tan oprimido contra un corazón palpitante. ¡Nunca se ha sentido tan maternalmente amado!

La duquesa se levanta como si le sorprendiera algún ruido.

—Sib, exclamó, ¿no me abandonarás?

—No... señora Ana.

—Pero cállate, repitió ella á riesgo de ser oída en la sala.

La puerta de la cabaña se abre bruscamente. Dos hombres aparecen en el umbral.

El uno es el marido; el otro el magistrado que le acompaña para la información judicial.

—Coged ese niño. Me pertenece.

—No. No es hijo vuestro—responde la duquesa, estrechando á Sib.

Después de veinte minutos de relato...

—¡No sois mi papá!—exclamó *Hormiguita*.

Los dedos de miss Ana Waston le han oprimido tan vivamente el brazo que él no ha podido contener un grito. Después de todo, este grito no compromete la situación. Ahora es una madre la que le estrecha contra sí. No se lo arrancarán. La leona defiende su cachorro.

Y, de hecho, el cachorro, que toma la escena en serio, sabrá resistir. El duque ha llegado á apoderarse de él. Sib se escapa corriendo hacia la duquesa.

—¡Ah señora Ana!—exclama—¿por qué me habeis dicho que no érais mi mamá?

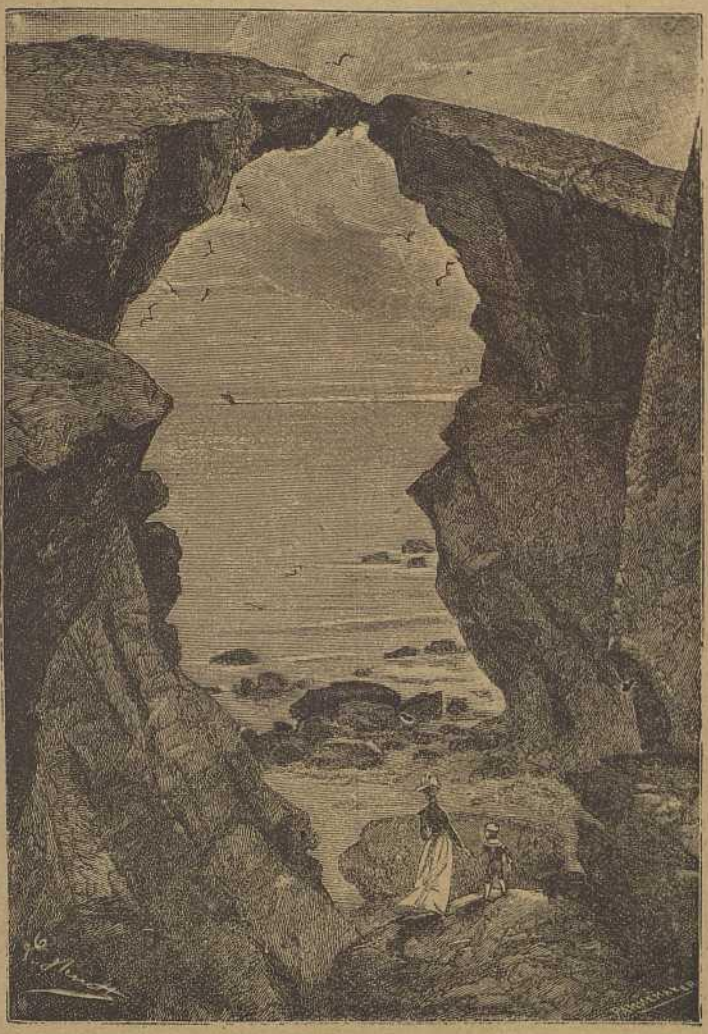
—¡Callarás, desgraciado! Quiero que calles, murmuró la actriz, mientras el duque y el juez quedan descontentos ante estas réplicas no previstas.

—Sí, sí,—responde Sib,—sois mi mamá, ya os lo había dicho, señora Ana... mi verdadera mamá.

El público comienza á comprender que aquello no es de la obra. Se murmura, se ríe. Algunos espectadores aplauden por broma. Y debían llorar, pues era conmovedor aquel pobre niño que creía haber encontrado á su madre en la duquesa de Kendalle.

Pero la situación era comprometida, pues por una ú otra razón entallaban las risas en la escena en que debían correr las lágrimas.

Miss Ana comprendió el ridículo de aquella situación. Algunas palabras irónicas lanzadas por sus excelentes camaradas llegaron á ella desde los bastidores.



Los magníficos desfiladeros de Clare

Perdida, atontada, sintió un movimiento de rabia. Hubiera anonadado á aquel niño tonto, causa de todo el mal. Entonces las fuerzas la abandonaron y cayó desmayada sobre la escena. El telón fue bajado mientras el público se abandonaba á una risa loca.

Aquella misma noche, miss Ana Waston, que había sido transportada á *George-Royal Hotel*, abandonó la ciudad en compañía de Elisa Corbett. Renunciaba á dar las funciones anunciadas para la semana. Anulaba su contrato y pagaría la deuda. Jamás volvería á aparecer en el teatro de Limerick.

No se inquietaba por *Hormiguita*. Se desembarazaría de él como de un objeto que ya no gusta y cuya sola vista le hubiere sido odiosa. No hay cariño que valga ante el amor propio.

.....

Hormiguita quedó solo no adivinando nada, pero comprendiendo que había debido causar una gran desgracia. Erró toda la noche por las calles de Limerick á la aventura, y acabó por refugiarse en el fondo de una especie de vasto jardín, con construcciones esparcidas por aquí y allá y losas sobre las que se veían cruces.

En medio se alzaba una enorme construcción, muy sombría por la parte que no estaba aclarada por la luz de la luna. Este jardín era el cementerio de Limerick, uno de esos cementerios ingleses llenos de árboles verdes, paseos enarenados y estanques, que son muy frecuentados. Las losas

eran las tumbas; las construcciones, monumentos funerarios, y en medio la catedral gótica de Santa María.

Allí encontró el niño un asilo y pasó la noche acostado en un escalón á la sombra de la iglesia, temblando al menor ruído, preguntándose si aquel hombre villano, el duque de Kendalle no iría á buscarle. Y la señora Ana que no estaría allí para defenderle! ¡Oh! le llevaría lejos... muy lejos... No volvería á ver á su mamá... y gruesas lágrimas anublaban sus ojos.

Al llegar el día, le pareció á *Hormiguita* que alguien le llamaba. Un hombre y una mujer estaban junto á él. Un labrador y una labradora. Al atravesar el camino le habían visto. Iban á la administración del carruaje público que partiría para el S. del condado.

—¿Qué haces aquí, pequeño?—dijo el labrador.

El niño sollozaba, hasta el punto de no poder hablar.

—Veamos, ¿qué haces aquí?—repitió la mujer con voz más dulce.

Hormiguita permanecía en silencio.

—¿Tu papá?—preguntóle ella entonces.

—No tengo papá—respondió al fin el niño.

—¿Y mamá?

—Tampoco.

Y tendió sus brazos hacia la labradora.

Si el niño hubiera llevado buenos vestidos, el labrador hubiera pensado que se trataba de un niño perdido y practicado las diligencias necesarias para devolvérsele á la familia; pero á juzgar por los harapos de Sib, no debía de ser más que uno de esos miserables que á nadie pertenecen.

—Ven, pues—concluyó el labrador.

Y levantándole, le puso en brazos de su mujer, diciendo con voz segura:

—Un cominillo más en la granja no pesará mucho, ¿no es verdad, Martina?

—No, Martín.

Y Martina enjugó con un beso las gruesas lágrimas de *Hormiguita*.

VIII

La granja de Kerwan.

Que *Hormiguita* no hubiera vivido dichoso en la provincia del Ulster parecía verdadero, aunque nadie supo cómo había pasado sus primeros años en algún pueblo del condado de Donegal.

La ciudad del Connaught no había sido más clemente con él, ni cuando recorría las calles del condado de Mayo bajo el látigo de Thornpipe, ni en el condado de Galway durante los dos años que permaneció en la *Ragged-School*.

En la provincia de Munster, gracias al capricho de una cómica tal vez hubiera podido esperar que por lo menos su miseria había concluído. ¡No! acababa de ser abandonado, y ahora los azares de su existencia le iban á arrojar al fondo del Kerry, á la extremidad SO. de Irlanda. Esta vez unas gentes, han tenido piedad de él... ¡Puede que jamás le abandonen!

En uno de los distritos del N. del condado de Kerry, cerca del río Cashen está situada la granja Kerwan. Á unas doce millas se encuentra Tralee, la capital, de donde á creer las tradiciones, Saint-Bradon partió el siglo VI para ir á descubrir la América antes que Colón. De aquí nacen las diversas vías férreas de la Irlanda meridional.

Este territorio, muy accidentado, posee las más altas montañas de la isla, tales como los montes Clanaraderry y los Stacks.

Numerosos ríos forman los afluentes del Cashen y hacen irregular el trazado de los caminos. Á unas treinta millas hacia el O. se desarrolla el litoral profundamente cortado donde se encuentran la ensenada del Shannon y la larga bahía de Kerry cuyas rocas caprichosas se desgastan con el ácido carbónico de las aguas marinas.

No se habrán olvidado estas palabras de O'Connell que hemos citado:

—"La Irlanda para los irlandeses.„ He aquí como esto es verdad.

Existen trescientas mil granjas que pertenecen á propietarios extranjeros. En este número cincuenta mil comprenden más de veinticuatro ácres, ó sea unas doce hectáreas y ocho mil no tienen más que de ocho á doce. El resto menos. De forma que la propiedad no está repartida. Al contrario. Tres de estas propiedades pasan de cien mil ácres, entre otras la de M. Richard Barridge que se extiende unas ciento sesenta millas.

¿Pero qué valen estos propietarios al lado de los landlords de Escocia, un conde de Breadalbane, poseedor de cuatrocientas

treinta y cinco mil ácres; M. J. Matheson, de cuatrocientas seis mil; el duque de Sutherland, de un millón doscientas mil ácres, la superficie de un condado entero?

Lo cierto es que después de la conquista de los anglonormandos en 1100, la isla Hermana ha sido tratada feudalmente y su suelo ha quedado feudal.

El duque de Rockingham era en esta época uno de los grandes landlords del condado de Kerry. Sus dominios, de una superficie de ciento cincuenta mil ácres, comprendían tierras de cultivo, prados, bosques y balsas, servidos por mil quinientas granjas. Era extranjero, uno de esos á los que los irlandeses acusan con razón de ausentismo, y la consecuencia de esto es que el dinero producido por el trabajo irlandés es enviado fuera y no aprovecha á Irlanda.

No hay que olvidar que la Verte-Erin no forma parte de la Gran Bretaña,—denominación únicamente aplicable á la Escocia y á Inglaterra. El duque de Rockinghan era un lord escocés. Jamás había ido á visitar sus tierras, al ejemplo de otros que poseen las nueve décimas partes de la isla y á quienes no conocen sus colonos. Bajo condición de una suma anual, él abandonaba la explotación de sus dominios, á esos tratantes que beneficiándose con ello las arriendan por parcelas á los cultivadores. La granja de Kerwan dependía con algunas otras de un tal Joh Eldon, agente del duque de Rockingham.

Era esta granja de mediana importancia, puesto que no contaba más que un centenar de ácres. Se trata de una tierra muy difícil de cultivar y solamente á costa de un trabajo excesivo, el campesino llega á arrancar de ella con que pagar el arriendo, sobre todo cuando el ácre se alquila al precio excesivo de una libra por año.

Tal era el caso de la granja de Kerwan, dirigida por el labrador Mac Carthy.

En Irlanda hay buenos propietarios, cierto; pero los midlemen ó arrendatarios son duros y despiadados.

Conviene advertir que la aristocracia, que es bastante liberal en Inglaterra y Escocia, muéstrase más bien opresora en Irlanda; es de temer que suceda una catástrofe; quién siembra odio recoge rebelión.

Martín Mac Carthy, hombre todavía en la fuerza de su edad,—tenía cincuenta y dos años—era uno de los mejores labradores del contorno. Laborioso, inteligente, entendido en materia del cultivo, bien secundado por sus hijos educados severamente, había conseguido ganar algún dinero, á pesar de las taxas y censos que pesan sobre el campesino irlandés.

Su mujer se llamaba Martina y poseía todas las buenas cualidades de un ama de casa. Á los cincuenta años trabajaba como si tuviera veinte. En el invierno, cuando no se trabajaba en el campo, la rueca cubierta, el huso lleno de cáñamo, se oía el ruido de su rueda ante el hogar cuando las exigencias del arreglo de la casa no reclamaban sus cuidados.

La familia Mac Carthy, viviendo al aire libre, acostumbrada á las fatigas del campo, gozaba de una excelente salud, no necesitando ni de medicinas ni de médicos. Venía de esa raza vigorosa de cultivadores irlandeses que se aclimatan tan bien á las praderas del Far-West americano, como á los territorios de la Australia y de la Nueva Zelanda. Esperamos que jamás se verán en la necesidad de emigrar al otro lado de los mares. ¡Haga el cielo que su isla no les arroje lejos de ella como á muchos de sus hijos!

Como cabeza de familia, querida y respetada, estaba la madre de Martín, una anciana de setenta y cinco años, cuyo marido había dirigido la granja. La abuela no tenía otra ocupación que la de hilar en compañía de su nuera, deseosa de ser la menor carga posible para sus hijos.

El mayor de los hijos, Murdock, de veintisiete años, más instruído que su padre, se interesaba ardientemente por las cuestiones que tienen siempre apasionada la Irlanda, y se temía sin cesar, que se comprometiese en algún mal negocio. Era de estos que no sueñan más que con la reivindicación del *hombre-rule;* es decir, en la conquista de la autonomía; y sin duda el *hombre-rule* tiende á las reformas políticas más que sociales. Y sin embargo de estas últimas, son de la que más necesidad tiene la Irlanda, puesto que aún está sometida á las duras exacciones del régimen feudal.

Murdock, vigoroso, algo taciturno, poco comunicativo, se había casado recientemente con la hija de un labrador de la vecindad. Esta excelente joven, querida de toda la familia Mac Carthy, poseía la belleza altiva y tranquila, la actitud noble

Mientras el director le tenía de la mano.

y distinguida que se encuentra frecuentemente entre los irlandeses de las clases inferiores. Animaban su rostro grandes ojos azules, y su rubia cabellera formaba rizos bajo las cintas de su tocado. Kitty amaba mucho á su esposo, y Murdock, serio por naturaleza, dejaba asomar á sus labios una sonrisa cuando la miraba, pues sentía por ella profundo cariño. Ella empleaba su influjo en moderar sus ímpetus y contenerle cuando algún emisario de los nacionalistas venía á hacer propaganda por el país y á proclamar que no era posible conciliación alguna entre los arrendatarios y los landlords.

No hay que decir que los Mac Carthy eran buenos católicos, y no hay que asombrarse, por lo tanto, de que considerasen á los protestantes como á verdaderos enemigos (1)

Murdoc acudía á los *meetings*, ¡y cómo se le oprimía el corazón á Kitty cuando le veía marchar para Tralèe, ú otra cualquiera ciudad del contorno! En las juntas, él hablaba con la elocuencia natural de los irlandeses, y á su regreso, cuando Kitty leía en su rostro las pasiones que le agitaban, cuando le veía golpear el suelo con el pie, murmurando una llamada á la revolución agraria, á una señal de Martina procuraba calmarle.

(1) Opinión común á los irlandeses, que sin embargo hicieron una excepción con M. Parnell, cuando este *rey no coronado de Irlanda*, como se le llamaba, dirigió algunos años después (1879) la célebre «National Land League», fundado para la reforma de la agricultura. (N. del A.)

—Querido Murdock,—le decía.—Es preciso tener paciencia y resignación.

—¡Paciencia!—respondía él.—¡Cuando los años pasan y nada se consigue!... Resignación cuando se ven animosas criaturas como la abuela, quedar miserables, después de una larga existencia de trabajo! Á fuerza de ser pacientes y resignados, mi pobre Kitty, se llega á aceptarlo todo, á perder el sentimiento de los derechos, á encorvarse bajo el yugo, y esto no lo haré jamás, ¡jamás!—repetía, levantando orgullosamente la cabeza.

Martín Mac Carthy tenía otros dos hijos. Pat ó Patrick, y Sim ó Simeón, de veinticinco y diez y nueve años respectivamente.

Pat navegaba actualmente en concepto de marinero en uno de los navíos de la acreditada casa Marcuat de Liverpool.

En cuanto á Sim, lo mismo que Murdock, no había abandonado la granja, y su padre encontraba en ellos dos preciosos auxiliares para los trabajos del campo y el cuidado de las bestias. Sim obedecía sin celos á su hermano mayor cuya superioridad reconocía. Le daba testimonio de respeto como si fuera el jefe de la familia. Era jovial lo que forma el fondo del carácter irlandés. Gustaba de divertirse y de reir, alegrando con su presencia y sus bromas el interior algo severo de aquella casa patriarcal. Muy petulante, contrastaba con el temperamento más sombrío y el espíritu más serio de su hermano Murdock.

Tal era aquella familia en la que *Hormiguita* fue admitido. ¡Qué diferencia entre la atmósfera degradante de la *Ragged-School* y la fortificante de una granja irlandesa! ¿No sería por esto herida su precoz imaginación? Sin duda, á decir verdad, nuestro heroe acababa de pasar algunas semanas en un cierto bienestar, en casa de la caprichosa miss Ana Waston; pero no había encontrado en ella esas ternuras verdaderas que la vida teatral hace tan poco seguras, tan efímeras, tan fugitivas.

La casa de los Mac Carthy no comprendía más que lo estrictamente necesario. Muchos de los establecimientos de los ricos condados del Reino Unido están instalados en condiciones lujosas. Después de todo, el labrador es el que hace la granja y poco importa que esta sea poco considerable si está dirigida con inteligencia. Sin embargo, Martín no pertenecía á la categoría más favorecida de los *yeomen* que son pequeños propietarios de tierras: no era más que un colono del duque de Rockingham; se podía decir, una de las cien máquinas agrícolas puestas en movimiento en el vasto dominio del referido landlord.

La casa principal, mitad de piedra, mitad de paja, no contenía más que un cuarto bajo donde la abuela, Martín y Martina, Murdock y su mujer ocupaban cuartos separados, de una sala común con ancha chimenea, en la que se reunían la familia para comer. Encima, contigua á los graneros, una especie de desván servía de alojamiento á Sim y también á Pat en los intervalos de sus viajes.

En torno, de un lado se desenvuelven las eras, los hornos, los cobertizos bajo los que se cobijan el material de cultivo y los instrumentos de labranza; al otro la vaquería, el aprisco, el corral y el establo para los puercos.

Estos sitios, faltos de las reparaciones convenientes presentan un aspecto poco confortable; aquí y allá plantas de diversas procedencias, hojas de puerta, placas de zinc, etc., tapan las grietas de los muros, y los tejados de paja están cargados de gruesos guijarros para resistir la fuerza de los huracanes.

Entre los tres cuerpos de edificio se extiende un patio con puerta cochera, fijada en dos montantes. Un seto vivo forma una cerca adornada con esas brillantes fucsias (1), tan abundantes en el campo irlandés. En el interior del patio el cesped donde vienen á picotear los volátiles. En el centro una balsa de agua clarísima rodeada de ramos de azaleas (2), de margaritas de un amarillo de oro y de asfodelos (3) en estado salvaje. La caña de los tejados en torno de largas piedras, no está menos florida que el cesped y las hayas del patio. Hay allí toda clase de plantas que encantan los ojos, y particularmente innumerables fucsias sacudidas sin cesar por las brisas. En cuanto á los muros, están hechos de pedazos y asemejan los remiendos del traje de un pobre. No están sujetos por la hiedra que sostiene el edificio cuando hasta faltan los cimientos.

Entre las tierras cultivables y la granja

(1) Género de plantas enoteráceas.—N. del T.
(2) Género de plantas rodoráceas.—N. del T.
(3) Plantas de las asfodeleas, clase hexandría, monogínea.—N. del T.

se extiende una huerta en la que M. Martín cultiva las legumbres precisas para su alimento, sobre todo nabos, coles y patatas. Está rodeada por una cortina de árboles y arbustos, abandonados á los caprichos de una vegetación tan fantástica como es la de Irlanda.

Aquí están los robustos acebos con sus hojas de un verde rabioso que semejan conchas de forma original. Allí se levantan los tejos, que crecen libremente, sin que un cincel inhabil los convierta en utensilios de ninguna clase. Hacia la izquierda un bosque de fresnos, uno de los árboles más hermosos de aquellos campos. Después entremezclándose con hayas verdes, árboles de gran altura, serbales (1) que desde lejos semejan viñedos cuyas cepas estuvieran cargadas de uvas de coral. Y no es preciso ir tres millas más lejos para sentir hincharse el suelo con las primeras ramificaciones de las cadenas de los Clanaraderry, donde se desarrollan bosques de abetos, cuyas frutas parecen estar suspendidas en la red de las madreselvas.

La explotación de la granja de Kerwan comprende un cultivo muy variado, pero de un rendimiento mediano. El poco de trigo del que ordinariamente se hace la harina de avena, y que los Mac Carthy recolectan, no es recomendable. Las avenas son mezquinas, circunstancia tanto más desagradable cuanto que la harina de avena es de un empleo constante, pues el trigo no resulta en aquellas tierras de cualidad secundaria. Preferible es sembrar cebada y sobre todo centeno, que concurre en una proporción notable para la fabricación del pan. Y tal es la rudeza del clima, que aun esta cosecha no puede ser recolectada más que en Octubre y Noviembre. Entre las legumbres cultivadas en grande, tales como los nabos y las coles de grandes dimensiones, la patata ocupa el primer puesto. Es la base de la alimentación en Irlanda, principalmente en los distritos desheredados de la naturaleza. Podríase preguntar de qué vivían aquellos pueblos antes que Parmentier hubiera hecho conocer y adoptar su precioso tubérculo. Tal vez el cultivador es imprevisor contando con este producto; pero, en fin, puede salvarle de la pobreza cuando el invierno no hace de las suyas.

Si la tierra alimenta á los animales estos contribuyen á alimentar á la tierra. Ninguna explotación es posible sin ellos. Los unos sirven para trabajar el campo, los otros dan productos naturales, huevos, carne, leche. De todo sale el abono necesario para el cultivo. Así, en la granja de Kerwan se contaban seis caballos, y apenas bastaban cuando unidos de dos en dos ó de tres en tres cavaban con el arado las tierras rocosas. Bestias animosas y pacientes como sus amos, y que no por no estar inscriptos en el *Stud-book*, libro de oro de la raza caballar, dejan de prestar servicios reales, contentándose con unas berzas cuando el forraje falta. Un asno les hacía compañía, y no era cardo lo que le faltaba, pues todas las vallas no podrían destruír aquella invasión parásita en las tierra irlandesas.

Entre las bestias de establo, debemos mencionar una docena de vacas y un ciento de carneros, de cabeza negra y lana blanca, cuya alimentación constituye un problema en el invierno, cuando el suelo se cubre de nieve. No hay tantos motivos de inquietud para alimentar las cabras, de las que Martín Mac Carthy poseía unas veinte, puesto que ellas se buscan su sustento. Si falta hierba se contentan con hojas que resisten á los más intensos fríos.

Respecto á los puercos, conviene advertir que una docena de estos animales poseían su establo particular en los anejos de la derecha, y sólo se les engordaba para comerlos.

En los cálculos del labrador no entraba el dedicarse á la venta de ellos, aunque en Limerick existe un importante comercio de jamones, que valen tanto como los de York, y se venden regularmente como tales.

Pollos, patos, ánades, hay en número suficiente para llenar de huevos el mercado de Tralèe. Pero pocos pavos y pichones. Estos volátiles casi no se encuentran en los corrales de las granjas de Irlanda.

Conviene citar un perro de Escocia para guardar los rebaños de carneros. Nada de perros de caza, aunque ésta abunda en aquellas tierras, gallos silvestres, chochas y cabras salvajes ¿Para qué? La caza es un placer de los landlords. La licencia es cara y sólo aprovecha al fisco británico, y ade-

(1) Género de plantas rosáceas que contiene tres especies, cuyo tipo principal es el serbal doméstico que produce una fruta agridulce muy agradable al paladar.

más, para tener el derecho de poseer un perro de caza se debe justificar poseer una propiedad de mil libras por lo menos.

Tal era la granja de Kerwan, casi aislada en el fondo de un ángulo que forma el Cashen, á cinco millas de la parroquia de Silton. Ciertamente existen tierras peores en el condado, de esas ligeras y silíceas que no guardan el abono, y cuyo arriendo no sube más de una corona, es decir, unos seis francos el ácre.

Pero, á pesar de todo, el cultivo de Martíu Mac Carthy era de mediana cualidad.

Delante de la porción explotada se extendían áridas planicies, cubiertas de inevitable matorral. Por encima grandes bandadas de cuervos ávidos del grano sembrado, y de esos pájaros que destrozan el grano formado. Á lo lejos espesos bosques de abedules y de alerces, fuertemente sacudidos en la estación de los huracanes. En suma, un curioso paisaje, digno de atraer á los turistas, con perspectivas magníficas envueltas en bruma; aunque país duro para los que le habitan, tierra que á menudo se convierte en madrastra para los que la cultivan.

¡Quiera el cielo que la recolección de la patata, verdadero pan de la isla, no falte ni en Kerry ni en los demás sitios. Cuando falta, aparece el hambre en todo su horror (1).

Así, después de haber cantado el *God save the Queen*, plegaria de los irlandeses, completadla diciendo:

—*God save the potatoes.*

IX

La granja de Kerwan.

(CONTINUACIÓN)

Al día siguiente, 20 de Octubre, hacia las tres de la tarde, alegres gritos se oyeron en el camino á la entrada de la granja de Kerwan:

—¡He aquí á padre!

—¡He aquí á madre!

Eran Kitty y Sim que saludaban desde lejos á Martín y Martina Mac Carthy.

—Buenos días, hijos.

—Buenos días, hijos míos.

Y en su boca este *míos*, estaba lleno de maternal orgullo.

El labrador y la labradora habían salido por la mañana de Limerick.

Un viaje de unas treinta millas, cuando las brisas del Otoño son ya frescas, y se dispone de un *jaunting-car*, ó sea un carro en el que los viajeros se colocan de dos en dos es penoso.—Imaginad uno de esos dobles bancos que se ven en los boulevards de las ciudades, añadidle un par de ruedas, y completadle con una plancha en la que descansan los pies de los viajeros, y tendréis el carruaje ordinariamente empleado en Irlanda. Si no es muy cómodo, pues no permite ver más que un lado del paisaje, ni el más confortable porque va descubierto, es al menos el más rápido.

No se extrañará pues, que Martín y Martina Mac Cathy, que salieron á eso de las siete de Limerick, llegaran á las tres de la tarde á la granja.

No iban solos en el carro que podía contener hasta diez viajeros. Después de haber dejado en su casa á los dos labradores, el rápido vehículo continuó su camino hacia la capital del condado de Kerry.

Murdock salió en seguida de su alojamiento, situado en un ángulo del patio, á la derecha.

—¿Habéis hecho buen viaje, padre mío? —preguntó la joven á quien Martina acababa de abrazar.

—Muy bueno, Kitty.

—¿Habéis encontrado las plantas de coles en el mercado de Limerick?—dijo Murdock.

—Sí; y mañana llegarán.

—¿Y nabos?

—También; muy buenos.

—Bien, padre mío.

—Y también una especie de grano...

—¿Cuál?

—Grano de bebé, Murdock; que me parece de excelente calidad.

Y como Murdock y su hermano parecieran asombrados mirando al niño que Martina tenía en sus brazos, dijo esta:

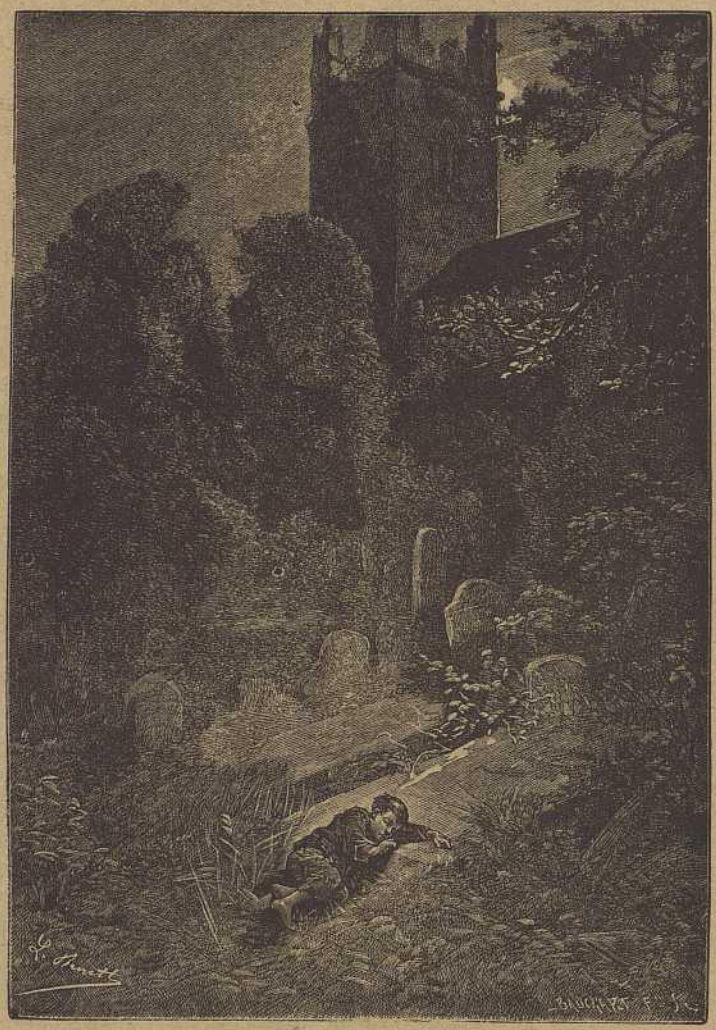
—Aquí hay un niño hasta que Kitty nos dé otro parecido.

—¡Pero está helado!—respondió la joven.

—Pues le he traido bien envuelto en mi tartán durante el viaje—replicó la labradora.

—Pronto, pronto, dijo Martin. Vamos á

(1) Tal fue el hambre de 1740-1741 que causó la muerte á 400.000 irlandeses; tal la de 1847 que hizo perecer medio millón y obligó á igual número de habitantes á emigrar al Nuevo Mundo.



Allí pasó el niño la noche.

calentarle al fuego del hogar, y comencemos por abrazar á la abuela que debe tener deseos de ello.

Kitty recibió al niño de manos de Martina, y bien pronto toda la familia estuvo reunida en la sala donde la abuela ocupaba un viejo sillón.

Se le presentó al niño. Ella le tomó en sus brazos y sentóle sobre sus rodillas.

Se le dejó hacer. Sus ojos iban de unos á otros. No comprendía nada de lo que pasaba. El día de hoy no se parecía al de ayer, ¿era un sueño?

Veía caras agradables en torno suyo, jóvenes y viejas. Sólo afectuosas palabras había oido. El viaje fue para él una distracción en aquel carruaje que cruzaba los campos con tanta rapidez. El aire sano de la mañana con aromas de árboles y flores, le llenaba el pecho. Una sopa bien caliente habíale confortado antes de la partida, y durante el camino, comiendo algo de lo que contenía el saco de Martina, había contado lo que sabía de su historia; su vida en la *Ragged-School*, incendiada, los solícitos cuidados de Grip, cuyo nombre repetía varias veces; después lo referente á la señora Ana que le había llamado su hijo, y que no era su madre; después la cólera de un caballero que se llamaba el duque, un duque del que había olvidado el nombre y que quería apoderarse de él; en fin, su abandono, y cómo se había encontrado solo en el cementerio de Limerick. Martín y Martina no habían comprendido gran cosa de su historia, si no es que no tenía padres

La abuela no tenia otra ocupación.

ni familia, y que era un ser abandonado á quien la Providencia confiaba á ellos.

La abuela muy conmovida le abrazó y los otros, no menos emocionados, hicieron lo mismo.

—¿Y cómo se llama?—preguntó la abuela.

—No ha podido decirnos otro nombre que *Hormiguita*—respondió Martina.

—No tiene necesidad de otro—dijo Martín—y así le llamaremos nosotros.

—Bien, ¿y cuando sea mayor?—observó Sim.

—Será *Hormiguita* también — respondió la vieja que bautizó al niño con un beso.

He aquí la acogida que á nuestro heroe se hizo en la granja. Quitáronsele los andrajos que él se puso para el papel de Sib, y fueron reemplazados por otros vestidos que Sim usó cuando tenía la edad del niño, no muy nuevos, pero calientes y limpios. El conservó su traje de lana que comenzaba á estarle estrecho, pero al que parecía querer mucho.

Comió con la familia sentado en una silla alta, preguntándose si toda aquella felicidad no desaparecería. ¡Nó! No desapareció la buena sopa de avena, de la que se le sirvió un buen plato; no desapareció el pedazo de grasa y de coles, del que se le dió bastante, ni la torta con huevos y harina, que fue distribuida por iguales partes entre todos, comida y remojada con un vaso de ese excelente *potheen* que el labrador destilaba de la cebada recolectada en las tierras de Kerwan.

Fue una buena comida, sin contar que

nuestro heroe no veía más que caras sonrientes, excepto tal vez la del hermano mayor, siempre seria y hasta algo triste... Los ojos del niño se mojaron y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Qué tienes?—le preguntó Kitty.

—Vamos, no hay por qué llorar—añadió la abuela. Aquí te queremos mucho.

—Y yo te haré juguetes—le dijo Sim.

—No lloro—respondió el niño.—No son lágrimas.

¡No, en verdad! más bien era el corazón de la pobre criatura que se desbordaba.

—¡Vamos! ¡vamos!—dijo Martín. Por una vez pase, pero te advierto que aquí está prohibido llorar.

—No lloraré más, señor—respondió el niño, yendo á los brazos que la abuela le tendía.

Martín y Martina tenían necesidad de descanso. Además, en la granja se acostaban temprano, pues tenian la costumbre de levantarse al alba.

—¿Dónde se va á colocar al niño?—preguntó el labrador.

—En mi cuarto—respondió Sim;—le cederé la mitad de mi cama como si fuera un hermano pequeño.

—No, hijos míos—respondió la abuela. Dejad que se acueste junto á mí: no me incomodará: le miraré dormir, y esto me proporcionará un placer.

Un deseo de la abuela, jamás había encontrado sombra de resistencia.

Instalóse un lecho cerca del suyo como había pedido, y *Hormiguita* fue inmediatamente conducido á él.

Blancas sábanas, una buena colcha: esto lo había él conocido durante algunas semanas en el *George Royal Hotel* de Limerick, en la habitación de miss Ana. Pero las caricias de la actriz no valían lo que las de aquella honrada familia. Tal vez apreció la diferencia, sobre todo, cuando la abuela le dió un fuerte beso.

—¡Ah!... gracias... gracias... — murmuró.

Esta fue toda su oración aquella noche, y sin duda no sabía otra.

Era el principio del invierno. La cosecha estaba terminada. Poco ó nada había que hacer fuera de la granja. En aquellos rudos terrenos la siembra del trigo, de la cebada y de la avena no se pueden efectuar al principio del invierno, cuya extensión y rigor podrían comprometerla. Así es que Martín Mac Carthy tenía la costumbre de esperar á los meses de Marzo y Abril para sembrar sus cereales, buscando las especies convenientes. Cavar el surco en un suelo que se hiela á varios pies de profundidad, hubiera sido un trabajo tan duro como inútil.

Tanto hubiera valido arrojar la simiente á la arena ó á las rocas del litoral.

Sin embargo, en la granja no faltaba que hacer. En primer lugar, limpiar la cebada y la avena. Y después, en los meses del invierno no escaseaba el trabajo. *Hormiguita* pudo notarlo desde el primer día, pues no quería ser inútil. Levantado al alba, se fue hacia los establos. Tenía el presentimiento de que allí podría hacer algo provechoso.

¡Qué diablo! Él cumpliría seis años á fin del año, y á esta edad ya se es capaz para guardar los gansos, las vacas, hasta los carneros, cuando se tiene la ayuda de un buen perro.

Así, pues, al desayunarse, ante su taza de leche caliente, él hizo la proposición.

—Bien—respondió Martín. Quieres trabajar y tienes razón. Es preciso saberse ganar la vida.

—Y la ganaré, señor Martín—respondió él.

—¡Es tan pequeño!—observó la vieja.

—No importa, señora.

—Llámame abuela.

—Pues bien; no importa nada, abuela... ¡Me gustaría tanto trabajar!

—Y trabajarás—dijo Murdock, bastante sorprendido de aquel carácter firme y resuelto en un niño que no había conocido hasta entonces más que las miserias de la vida.

—Gracias, señor.

—Te enseñaré á cuidar de los caballos—dijo Murdock—y á montar, si no tienes miedo....

—Sí que quiero—respondió.

—Y yo te acostumbraré á cuidar de las vacas—dijo Martina—y á llevarlas, si no temes una cornada.

—Sí que quiero, señora Martina.

—Y yo—exclamó Sim—te diré cómo se guardan los carneros en el campo.

—También...

—¿Sabes leer?—preguntó el labrador.

—Un poco, y escribir en letras grandes.

—¿Y contar?

—Oh, sí, hasta ciento, señor.

—Bien—dijo Kitty, sonriendo—yo te enseñaré á contar hasta mil y á escribir en letras pequeñas.

—También lo deseo, señora.

Y realmente aquel niño quería cuanto se le proponía. Estaba decidido á mostrar su agradecimiento por lo que aquélla familia iba á hacer en su favor. Ser el criado de la granja; á esto se limitaba su ambición. Pero lo que atestiguaba la seriedad de su espíritu, fue la respuesta que dió al labrador cuando éste le dijo riendo:

—¡Eh! *Hormiguita*, tú llegarás á ser un mozo sin precio entre nosotros. Los caballos, las vacas, los carneros. Si te ocupas de todo, no quedará trabajo para nosotros. ¿Y cuánto me llevarás de salario?

—¿De salario?

—Sí. Supongo que no trabajarás de balde.

—¡Oh! no, señor Martín.

—¡Cómo!—exclamó Martina con sorpresa.—Fuera de su alimento, de su habitación, de su traje, tiene la pretensión de ser pagado!...

—Sí, señora.

Murdock, que le observaba, se contentó con añadir:

—Dejadle que se explique.

—Sí—dijo la abuela.—Dínos lo que quieres ganar. ¿Es dinero?

Hormiguita sacudió la cabeza.

—Veamos... ¿una corona por día?—dijo Kitty.

—¡Oh, señora!...

—¿Por mes?—dijo la labradora.

—Señora Martina...

—¿Por año tal vez?—preguntó Sim riendo... Una corona por año.

—En fin, ¿qué quieres?—dijo Murdock. Comprendo que tengas la idea de ganar tu vida como la tenemos todos. Por poco que sea lo que se recibe se aprende á contar... ¿Qué quieres... un pence, un copper por día?

—No, señor Murdock.

—Explícate, pues.

—Pues bien, cada noche, el señor Martín me dará un guijarro.

—¡Un guijarro!—exclamó Sim. ¿Es con guijarros como harás una fortuna?

—No; pero me proporcionará gran placer, y más tarde, dentro de algunos años, cuando sea mayor, si estáis contentos de mí...

—Comprendido, — respondió Martín; — cambiaremos tus guijarros por pences ó shillings.

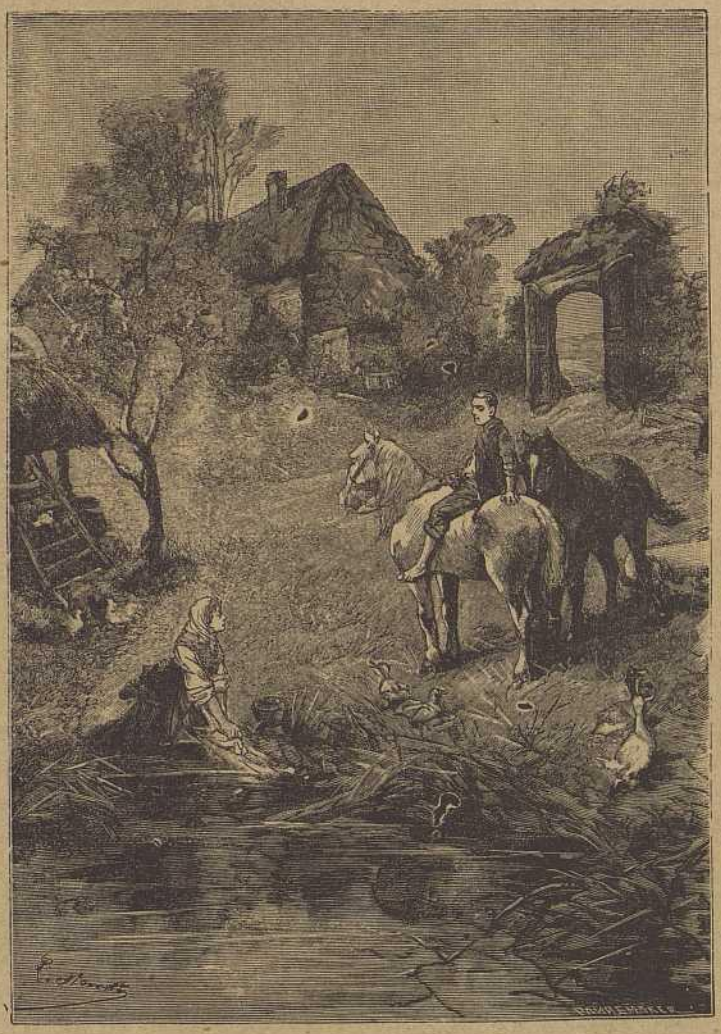
Todos cumplimentaron á *Hormiguita* por su excelente idea, y desde aquella misma noche, Martín Mac Carthy le entregó un guijarro que cogía en el lecho del Cashen,—todavía había muchos millones de ellos. El niño le guardó en un viejo pucherо que la abuela le dió.

—Niño singular, — dijo Murdock á su padre.

Sí; y su buen natural no había podido ser alterado, ni por los malos tratos de Thornpipe, ni por los malos consejos de la *Raggel-School*. Á medida que pasaba el tiempo, la familia, observándole de cerca, conoció sus cualidades naturales. No faltaba aquella alegría que constituye el fondo del carácter nacional y que se encuentra hasta entre los más pobres de la pobre Irlanda. Además, no era *Hormiguita* uno de esos pequeños que solo piensan en divertirse de la mañana á la noche, cuyas miradas van de un lado á otro distraidas por el vuelo de una mosca ó de una mariposa. Se le veía atento á todo, interrogando al uno y al otro, deseoso de instrucción. No dejaba de recoger cualquier objeto, como si se tratase de un shilling. Cuidaba sus vestidos y trataba con esmero sus utensilios de tocador. El orden era innato en él. Respondía cortesmente cuando se le hablaba, insistiendo en el sentido de las respuestas que se le daban cuando no las comprendía. Al mismo tiempo hacía rápidos progresos en la escritura. El cálculo sobre todo parecía serle facil, sin que en él hubiese nada de esos Mondeux y de esos Inaudi que, después de haber sido pequeños prodigios, no han servido para nada en la mayor edad; combinaba algunas operaciones que otros niños no hubieran sabido hacer sin el auxilio de la pluma. Lo que Murdock notó, con una gran sorpresa, fue que la razón parecía dirigir todos sus actos.

Conviene advertir también que, gracias á las lecciones de la abuela, mostraba el niño gran celo en las oraciones á Dios, tales como las ha formulado la religión católica, tan profundamente arraigada en el corazón de los irlandeses. Todos los días hacía con fervor su plegaria de la mañana y de la noche.

Corría el invierno; un invierno muy frío, con grandes vientos, lleno de impetuosos



En el centro una balsa de agua clarísima.

huracanes que se desencadenaban como trombas por los valles de la Cashen. ¡Cuántas veces se tembló en la granja por los tejados que amenazaban ser arrancados y por cierta porción de los muros que amenazaban ruina!

Pedir reparaciones al midleman John Eldon, hubiera sido completamente inútil. Martín y sus hijos se encargaban de la empresa por sí mismos; esto constituía su principal ocupación fuera de la trilla de los granos; aquí una caña que sustituir, allá una brecha que tapar, allí una cerca que consolidar.

Durante este tiempo, las mujeres trabajaban diversamente. La abuela hilaba en un rincón del hogar; Martina y Kitty vigilaban los establos y el corral. *Hormiguita* les ayudaba sin cesar lo mejor que podía. Él estaba en cuanto atañía al arreglo de la casa. Demasiado niño para cuidar de los caballos, había entrado en relaciones directas con el pollino, una buena bestia, terco para el trabajo que le pagaba su amistad. El niño quería que el asno fuese tan limpio como él, lo que le valía los plácemes de Martina. Para los puercos esto hubiera sido trabajo perdido; renunció á él. En cuanto á los carneros, después de haberlos contado y recontado, había inscrito su número—ciento tres,—en un viejo cuaderno regalo de Kitty. Su afición á esta contabilidad se desarrollaba gradualmente y se podía creer que había recibido las lecciones de M. O'Bodkin en la *Ragged-School*.

Esta vocación se vió clara el día en que

Martina fue á buscar huevos conservados para el invierno. La labradora acababa de tomar una docena, cuando *Hormiguita* exclamó:

—Estos no, señora Martina.

—¿Por qué?

—Porque no está en el orden.

—¿Qué orden? ¿Es que los huevos no son todos iguales?

—No, señora Martina. Acabais de coger el cuarenta y ocho y es preciso comenzar por el treinta y siete. Mirad bien.

Martina miró, y vió que cada huevo llevaba en la cáscara un número que *Hormiguita* había escrito con tinta.

Puesto que la labradora tenía necesidad de una docena, preciso era que los tomase siguiendo la numeración de treinta y siete á cuarenta y ocho y no á cincuenta y nueve. Esto fue lo que hizo después de felicitar al niño por su idea.

Felicitaciones que se redoblaron cuando contó el caso en el almuerzo. Murdock se apresuró á decir:

—*Hormiguita;* ¿Has contado cuántos pollos y polluelos tiene el corral?

—Ciertamente.

Y sacando su cuaderno:

—Hay cuarenta y tres pollos y sesenta y nueve polluelos.

Sim añadió:

—Debías también contar los granos de avena que contiene cada saco.

—No os burléis, hijos míos,—replicó Martín Mac Carthy. Esto prueba que tiene orden, y el orden en las cosas pequeñas, es la regularidad en las grandes y en la existencia.

Después dirigiéndose al niño:

—¿Y tus guijarros?—le preguntó:—los guijarros que te doy todos las noches.

—Están en la olla, señor Martin, respondió *Hormiguita*—y tengo ya cincuenta y siete.

En efecto; hacía cincuenta y siete días que había llegado á la granja.

—Y, dijo la abuela—esto hará cincuenta y siete pences á un pence el guijarro.

—¿Cuántas tortas podrás comprar con ese dinero?—dijo Sim.

—¿Tortas? No. Hermosos cuadernos para escribir Esto me agradará más.

Aproximábase el fin del año. Á las borrascas del mes de Noviembre habían sucedido grandes fríos. Una extensa sabana de nieve cubría el suelo. Al niño le entusiasmaba el espectáculo de los grandes árboles blancos y con colgantes de hielo, y el de los vidrios de las ventanas donde la humedad condensada se cristalizaba caprichosamente, formando tan lindos dibujos, ¡y el río cubierto de hielo! Ciertamente estos fenó menos del invierno no eran nuevos para él y á menudo les había observado, cuando corría por las calles de Galway hasta Claddagh. Pero en esta miserable época de su vida apenas iba vestido, y andaba por la nieve con los pies desnudos. El frío penetraba al través de sus harapos. Sus ojos lloraban, sus manos estaban amoratadas, y cuando regresaba á la *Ragged-School* no había sitio para él junto al hogar.

¡Qué dichoso se sentía al presente! ¡Qué contento vivía entre personas que le amaban! Parecíale que el cariño le calentaba más aun que los vestidos, el sano alimento servido en la mesa y las llamas de la chimenea. Y lo que le parecía mejor todavía, ahora que comenzaba á comprender que era útil, era sentír buenos corazones en torno suyo. Se le trataba como de la casa. Tenía una abuela, una madre, hermanos, parientes...Y permanecería entre ellos sin abandonarles nunca, según pensaba; allí él ganaría la vida. Ganar su vida, como Murdock, le había dicho un día; siempre pensaba en esto.

¡Qué alegría sintió cuando por vez primera pudo tomar parte en una de las fiestas que es tal vez la más santificada del año entre los irlandeses. Era el 25 de Diciembre, la Pascua. *Hormiguita* sabía á qué acontecimiento histórico responde la solemnidad que los cristianos celebran en ese día; pero ignoraba que fuese también una fiesta íntima de familia en el Reino Unido. Esto debia de ser una sorpresa para él. Comprendió sin embargo que desde la mañana se hacían algunos preparativos; pero como la abuela, Martina y Kitty parecían obrar con una completa discreción, guardóse bien de preguntarles nada.

Lo que es positivo, es que fue invitado para que se vistiera sus trajes mejores, que Martin Mac Carthy y sus hijos, la abuela, su hija y Kitty se pusieron los suyos desde la mañana para ir en calesa á la Iglesia de Silton y que los conservaron todo el día. Lo cierto es que la comida se retrasó dos horas y casi era ya de noche cuando la mesa fue puesta en medio de la sala con un lujo

de alumbrado extraordinario. Lo cierto fue que en aquella comida suntuosa se sirvieron muy buenos manjares, tres ó cuatro platos más que de costumbre, acompañados de una excelente cerveza y de una torta monstruo que Martina y Kitty habían confeccionado, según receta, cuyo secreto venía de una bisabuela muy entendida en asuntos culinarios.

Dejamos imaginar si se comió y bebió alegremente. Murdock mismo estuvo más contento que de ordinario. Cuando los demás reían á carcajadas, él sonreía, y una sonrisa era en él como un rayo de luz en medio de la escarcha.

Lo que particularmente encantó á *Hormiguita* fue un arbol de Noël plantado en el centro de la mesa, un arbol lleno de cintas, con estrellas de luz resplandeciente entre las ramas.

La abuela le dijo:

—Mira bien entre las hojas, hijo mío. Creo que debe de haber alguna cosa para tí.

El niño no se hizo rogar; ¡y qué alegría sintió, qué rubor de placer le subió al rostro cuando encontró un lindo cuchillo irlandés con su vaina unida á un cinto de cuero!

Era el primer regalo de año nuevo que recibía, y, ¡que orgulloso quedó cuando Sim le hubo ayudado á ponérsele!

—¡Gracias... abuela; gracias á todos!—exclamó yendo de uno á otro.

X

Lo que había pasado en Donegal.

Es llegado el momento de mencionar que el labrador Mac Carthy había tenido la idea de hacer algunas pesquisas relativas al estado civil de su hijo adoptivo. Se conocía su historia desde el día en que los caritativos habitantes de Wesport le habían arrancado á los malos tratos de Thornpipe. ¿Pero cuál había sido antes la existencia de aquel pobre ser? Se sabe que *Hormiguita* conservaba una vaga idea de haber vivido en casa de una miserable mujer con una y aun dos jóvenes en el fondo de una aldea del Donegal. Así, por este lado hizo Martin algunas investigaciones, que no dieron más resultado que el de saber que en la casa de caridad de Donegal se encontraba el rastro de un niño de diez y ocho meses, recogido bajo el nombre de *Hormiguita* y enviado después á una cabaña del condado á casa de una de esas mujeres que se dedican al oficio de educar niños.

Séanos permitido completar la historia, cosa que hemos conseguido con una información más profunda. No será más que la común historia de esos niños miserables que se abandonan á la asistencia pública.

El Donegal, con su población de doscientas mil almas, es tal vez el más indigente de los condados de la provincia de Ulster y hasta de toda Irlanda. Hace algunos años apenas se encontraban dos colchones y ocho jergones para cuatro mil habitantes. En estos áridos territorios del N. no son brazos lo que faltan para el cultivo, pero el suelo es ingrato. En el interior no se ven más que quebradas vertientes, gargantas áridas, piedra dura, dunas arenosas, hornagueras abiertas como desolladuras mal sanas, eriales pantanosos, montañas, los Glendovan, los Derryveagh; en una palabra "un país roto„ como dicen los ingleses. En el litoral, bahías, ensenadas y caletas, dibujan cavernosos embudos donde soplan los vientos, gigantesca barrera granítica que el Oceano llena con sus tempestades. El Donegal ocupa el primer puesto entre las regiones ofrecidas al asalto de las tormentas llegadas de América. Sería preciso una barrera de hierro para resistir á esas formidables galernas del NO.

Y precisamente, la bahía de Donegal sobre la que se abre el puerto de este nombre, cortada en forma de mandíbula de tiburón, debe aspirar esas corrientes atmosféricas saturadas del rocío del mar.

La pequeña ciudad está situada en el fondo, y venteada en toda época. La pantalla de sus montañas no puede detener los huracanes. Estos no han perdido su violencia cuando atacan la aldea de Rindok, á siete millas de Donegal.

¿Una aldea? No. Nueve ó diez barracas esparcidas al borde de una estrecha garganta, cruzada por un río, simple arroyuelo en verano, grueso torrente en invierno. De Donegal á Rindok no hay camino trazado.

Algunos senderos apenas practicables á las carretas del país, arrastradas por esos caballos irlandeses de andadura prudente, y alguna vez á los *jaunting-cars*. Si diversas líneas cruzan ya la Irlanda, está muy

lejos el día en que los trenes recorran regularmente los condados de Ulster. ¿Además, para qué? Las poblaciones y pueblos son raros. Las etapas del viajero acaban más bien en las granjas que en las parroquias.

Sin embargo, aquí y allá aparecen algunos castillos rodeados de verduras, que encantan la vista por su fantástica ornamentación de arquitectura anglosajona. Entre otros, más al NO. del lado de Milford se abre la mansión señorial de Carrikhart, en un vasto dominio de 800.000 ácres, propiedad del conde de Leitrim.

Las cabañas de la aldea de Rindok tienen tejado de paja, insuficiente contra las lluvias del invierno. No se imaginaría que allí habitasen criaturas humanas, á no ser por el hilo de humo que se escapa de estas cabañas. No es la leña ni la hulla la que produce este humo; es el cesped extraido del pantano vecino, el bog, de tintes rosáceos, junto al agua sombría, y que les sirve de combustible (1).

Si en el fondo de estos condados no se corre el riesgo de morir de frío, se corre el de morir de hambre. Apenas el suelo da la limosna de algunas legumbres y de algunas frutas. Todo languidece allí á excepción de la patata.

¿Á esta legumbre, qué puede añadir el campesino de Donegal? Alguna vez el pato ó la ánade, más bien salvajes que domésticos. La caza no pertenece más que al landlord. Hay también algunas cabras que dan algo de leche y algunos cerdos que engordan con detritus. El puerco es el verdadero amigo de la casa, como el perro en otros paises menos miserables. Es "el gentleman que paga la renta,,, siguiendo la justa expresión recopiada por Mlle. de Bovet.

He aquí lo que era el interior de una de las más lamentables chozas de la aldea de Rindok; una habitación sola, cerrada por una mala puerta, dos agujeros á derecha é izquierda, dejando filtrar la luz al través de un tabique de paja seca y también el aire: el suelo, lleno de lodo, y en los rincones telas de araña; en el fondo el hogar con chimenea hasta el tejado; en un rincón una mezquina cama y otra de paja en el otro. En defecto de muebles, un banco, una mesa estropeada, y un huso. Como utensilios una marmita, algunos platos, jamás lavados, sin contar dos ó tres botellas que se llenaban en el arroyo, después de haber sido vaciadas del wiskey ó de la ginebra que contenían. Aquí y allá pingajos sin forma de vestido, lienzos sórdidos en el banco ó secándose en una percha fuera. Sobre la mesa constantemente un haz de varas usadas.

Era la miseria en toda su abominación; la miseria tal como se encuentra en los barrios pobres de Dublin ó de Londres, de Clerkenwell, de Saint Giles, de Marylebone de Whitechapel; la miseria irlandesa, la más espantosa de todas. Verdad es que el aire no es pestífero en las gargantas de Donegal; allí se respira la vivificante atmósfera exhalada de las montañas; los pulmones no se envenenan con los miasmas deletéreos, sudor mórbido de las grandes ciudades.

Claro es que en aquella choza la cama estaba destinada á la Hard, y el lecho de paja á los niños... y las varas también.

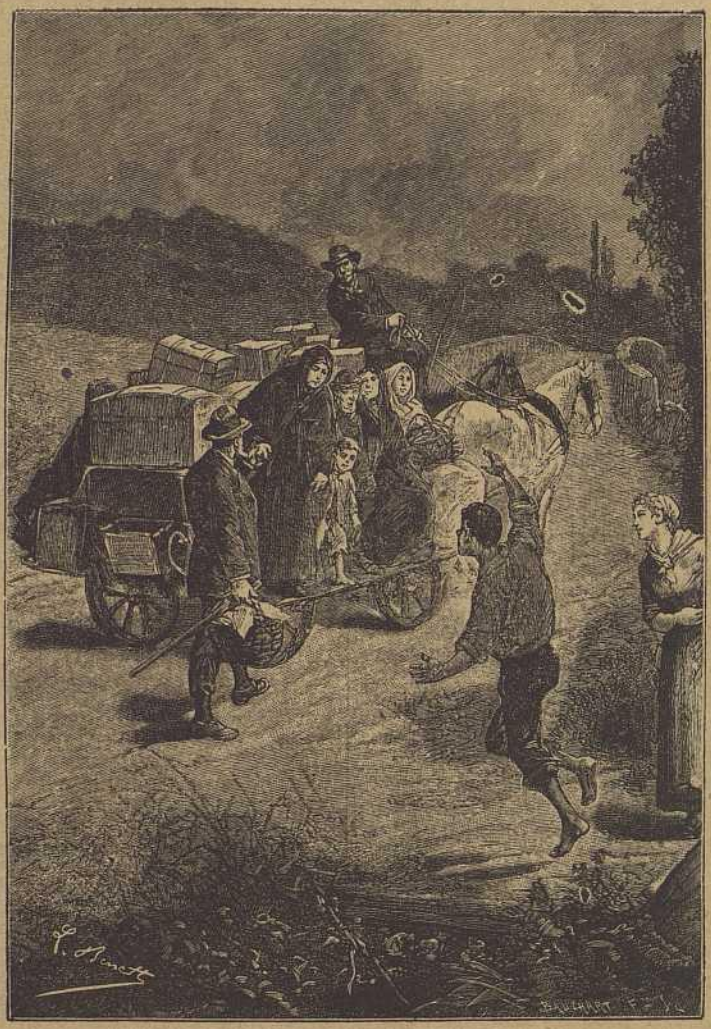
¡La Hard! Sí, se la llamaba *la dura*, y merecía el nombre. Era lo más odioso que imaginarse puede, de cuarenta á cincuenta años de edad, alta, delgada, cabeza de arpía, ojos pequeños, dientes grandes, manos descarnadas y huesosas, más bien patas que manos, dedos torcidos, aliento saturado de alcohol, vestida con una camisa remendada, y pies desnudos y de piel tan dura, que era insensible á los guijarros.

Su oficio era el de hilar el lino, como de ordinario en los pueblos de Irlanda, y más especialmente entre los campesinos de Ulster. Este cultivo del lino es bastante fructífero, aunque no compensa lo que un suelo mejor debería producir en cereales.

Pero á este trabajo que le producía algunos pences por día, la Hard añadía otras funciones para las que era inepta. Desempeñaba el oficio de educar á los niños de poca edad que le confiaba el *baby-farming*.

Cuando la casa de caridad está llena, ó cuando la salud de los pequeños exige el aire del campo, se les envía á estas matronas que venden cuidados maternales como cualquier otra mercancía, por el precio anual de dos ó tres libras. Cuando el niño llega á los cinco ó seis años, vuelve á la casa de caridad. Poco es lo que la matrona

(1) Las hornagueras en Irlanda, bogs rojos ó negros ocupan más de 12.000 kilómetros cuadrados, ó sea la séptima parte de la isla, con un espesor medio de ocho metros, y comprenden veinticinco millares de metros cúbicos.



Después de haber dejado al labrador y á la labradora.

puede ganar con él, pues el precio es ínfimo, de donde resulta que al caer el niño en manos de una criatura sin entrañas, no es difícil que sucumba á los malos tratos ó á la falta de alimentos. ¡Cuántos no vuelven á la casa de caridad!

Así sucedía, al menos, antes de la ley de 1889, ley de protección á la infancia, y que gracias á sus severas inspecciones con relaciones á las explotadoras del *baby-farming*, ha hecho disminuir la mortalidad de los niños, educados fuera de las ciudades.

Observemos que en la época á que nos referimos, la vigilancia se ejercía poco ó nada. En la aldea de Rindok, la Hard, no tenía que temer la visita de un inspector, ni la queja de sus vecinos, endurecidos en su propia miseria.

Tres niños le habían sido confiados por la casa de caridad de Donegal, dos niñas de cuatro y seis años y medio, y un niño de dos años y nueve meses. Niños abandonados, claro está, huérfanos recogidos en la vía pública. Ni se conocía á sus padres, ni sin duda se les encontraría jamás. Si volvían á Donegal, les esperaba el trabajo cuando tuvieran edad para ello.

¿Cuál era el nombre de estos niños, ó más bien el que en la casa de caridad se les había puesto? El primero encontrado al azar, á la más pequeña de las niñas, poco importa el nombre, pues bien pronto iba á morir. La mayor se llamaba Sissy, abreviación de Cecilia. Era muy linda, con cabellos rubios, que un poco de cuidado hubiera hecho sedosos, grandes ojos azules, inteligen-

tes cuya limpidez estaba ya alterada por las lágrimas, pero el color de su tez, lo delgado de sus miembros, lo hundido de su pecho, los huesos pronunciados bajo sus harapos, atestiguaban los malos tratamientos recibidos. Y sin embargo, dotada de una naturaleza paciente y resignada, aceptaba su vida sin imaginar que pudiera haber otra más feliz. ¿Cómo había de sospechar que existían niños mimados por su madre, rodeados de atenciones, acariciados de contínuo, á los que no faltan ni besos, ni buenos trajes, ni sanos alimentos? No había de aprenderlo ni en la casa de caridad, donde sus iguales no eran mejor tratados que animalitos.

Si se pregunta el nombre del niño, la respuesta será que no le tenía. Había sido encontrado en un rincón de una calle de Donegal, á la edad de seis meses, envuelto en un pedazo de grosera tela, con la cara amoratada, y no más que con un soplo de vida. Transportado al hospital, habíasele puesto con los otros niños y nadie se ocupó de su nombre. ¡Qué queréis! Un olvido. Por costumbre se le llamó *Little Boy*, después *Hormiguita*, y este fue el calificativo que como sabemos, le quedó.

Era muy probable, además, aunque Grip por una parte y miss Ana Wastón por otra lo dudasen, que no pertenecía á una familia rica, á la que hubiera sido robado. ¡Esto es solo bueno para las novelas!

De los tres productos de esta camada—¿no es esta la palabra? *Hormiguita* era el más joven—dos años y nueve meses solamente; —moreno, con ojos brillantes que prometian ser enérgicos andando el tiempo, si la muerte no les cerraba prematuramente; de una constitución que llegaría á ser robusta, si el aire mefítico de aquella zahurda, y lo insuficiente del alimento, no impedían su desarrollo, haciéndole víctima de un precoz raquitismo.

Conviene observar que aquel niño, poseyendo una gran fuerza de resistencia vital, debía oponer una dureza poco común á tantas causas de empobrecimiento físico. Siempre hambriento, no pesaba más que la mitad de lo que hubiera debido pesar á su edad; siempre tiritando durante los fríos del invierno, no llevaba sobre su camisa más que un viejo pedazo de paño, al que habían hecho dos agujeros para sacar los brazos; pero sus pies desnudos se apoyaban firmemente en el suelo, y sus piernas eran sólidas. Los más elementarios cuidados, hubiesen pronto dado su valor á aquella delicada máquina humana, dotándole después de inteligencia para el trabajo. Pero á menos de una circunstancia imprevista, ¿dónde los había de encontrar y de qué mano podía esperarlos?

Una sola palabra sobre la menor de las niñas. Una fiebre lenta la consumía. La vida se retiraba de ella como el agua de un vaso cascado. Hubiera tenido necesidad de medicinas, y las medicinas son costosas: necesitaba un médico, y un médico no vendría de Donegal para una pobre chicuela, nacida no se sabe donde. La Hard no pensaba en ello. Una vez muerta aquella niña, la casa de caridad le enviaría otra, y no perdería los shillings que trataba de ganar con sus niños.

Cierto, que como la ginebra y el wiskey no corren en el lecho de quijarros de Rindok, la satisfacción de sus instintos de borracha absorbía el sueldo; y en aquel momento, de los cincuenta shillings recibidos en Enero por cada niño, para todo el año, no quedaban más que diez ó doce. ¿Qué haría la Hard para subvenir á las necesidades de sus pensionistas? Si no arriesgaba morir de sed, teniendo en cuenta cierto número de botellas ocultas, los pequeños morirían de inanición.

Tal era la situación, y en lo que reflexionaba la Hard cuando se lo permitía su cerebro alcoholizado. ¿Pedir un suplemento á la casa de caridad? Había otros niños numerosos y sin familia, á los que la asistencia pública bastaba á penas.

¿Se vería obligada ella á devolver los suyos? Perdía entonces su pan, y mejor dicho, su ginebra. Esto era lo que la oprimía el corazón, y no el pensamiento de que aquella pobrecilla no había comido desde la víspera.

Resultado de estas reflexiones: la Hard se ponía á beber, y como las dos niñas y el niño no contenían sus gemidos, les golpeaba. A una petición de pan, respondía con un regaño violento; á una súplica, más golpes. Esto no podía durar; los pocos shillings que sus bolsillos contenían, sería menester guardarlos para comprar un poco de alimento, pues en ninguna parte se lo darían fiado.

—¡No... no... repetía! ¡Que revienten!

Era el mes de Octubre. En el interior de aquella casa, apenas cerrada, y donde caía la lluvia al través del techo de paja, el frio era intenso. Soplaba el huracán; el mezquino fuego del cesped no bastaba á mantener una temperatura soportable.

Sissy y *Hormiguita* se apretaban el uno contra el otro sin conseguir entrar en calor.

Mientras la enfermita pasaba la fiebre en la cama de paja, la Hard iba de un lado á otro, con paso mal seguro, rozando las paredes, dejando al niño en algún rincón. Sissy se arrodillaba junto á la enferma, humedeciéndola los labios con agua fria.

De vez en cuando miraba al hogar, en el que el fuego amenazaba apagarse. La marmita no estaba allí, y además, nada hubiera habido que meter en ella.

La Hard gruñía en voz baja:

—¡Cincuenta shillings! —¡Alimentar á un niño con cincuenta shillings! ¡Y si pido un suplemento á esos sin corazón de la casa de caridad, me enviarán al demonio!

Era probable, casi cierto, y aunque se la concediera el tal suplemento, los tres pobres seres no hubieran obtenido un pedazo más.

La víspera se había acabado lo que quedaba del *stirabout*; unas groseras gachas de harina de avena, y después nadie había vuelto á probar bocado en la choza. La Hard se sostenía con la ginebra y no gastaría un solo penny de lo que tenía en reserva. Veríase, pues, reducida á comer en un rincón del camino algunas mondaduras de patatas.

En este momento algunos gruñidos sonaron fuera. Abrióse la puerta, y un cerdo que erraba por las calles, penetró en la choza. La bestia, hambrienta, se puso á hocicar por los rincones. Después de haber cerrado la puerta, la Hard miró al animal con esa mirada vaga de los borrachos que no se fija en ninguna parte. Sissy y *Hormiguita* se levantaron para guardarse del cerdo. El instinto de este le hizo descubrir tras el fuego apagado sobre el cieno gris, una gruesa patata que había rodado á este sitio. Después de un nuevo gruñido la cogió.

Hormiguita lo vió. Aquella patata la necesitaba. Se lanzó hacia el cerdo y se la arrancó á riesgo de ser mordido. Llamó á Sissy y la devoraron con gran gusto.

El animal había quedado inmóvil; después, lleno de rabia, se lanzó contra el niño. Este pretendió huir con el pedazo de patata que tenía en la mano, pero el animal le tiró al suelo, y sin la intervención de la Hard, no hubiera podido escapar á los crueles mordiscos, aunque Sissy acudió en su socorro.

La borracha, que miraba, pareció comprender al fin. Cogiendo un palo golpeó al cerdo, que parecía decidido á no soltar su presa. Los golpes, no muy seguros, amenazaban herir la cabeza de *Hormiguita* y no se sabe cómo hubiera concluido la escena, á no sonar un ligero ruido en la puerta.

XI

Prima que ganar.

La Hard quedó asombrada. Jamás se pretendía entrar en la choza. Además; ¿por qué llamar? No había más que levantar el pestillo. Los niños se habían refugiado en un rincón, donde acababan de devorar la patata con glotonería, y con las mejillas hinchadas por los enormes bocados.

Llamaron de nuevo un poco más fuerte; pero este golpe no indicaba un visitante imperioso ó impaciente. ¿Era un miserable, un mendigo de camino que venía á pedir una limosna? ¡Una limosna allí! Y sin embargo, aquel golpe parecía de un pobre.

La Hard se enderezó, y afirmándose sobre sus piernas, hizo un gesto de amenaza á los niños. Podía ser un inspector de Donegal y no era preciso que *Hormiguita* y su compañera manifestasen su hambre.

Abrióse la puerta y el cerdo huyó, lanzando un feroz gruñido.

En el umbral había un hombre. En vez de incomodarse, parecía más bien dispuesto á pedir excusas por su inoportunidad. Su saludo parecía dirigirse, tanto al inmundo animal, como á la no menos inmunda dueña de la choza. ¿Por qué había de asombrarse de ver salir un cerdo de aquella porquera?

—¿Qué queréis? ¿Quién sois?—preguntó bruscamente la Hard, impidiéndole la entrada.

—Soy un agente, buena señora,—respondió el hombre.

—¿Un agente?

Esta palabra la hizo retroceder. ¿Pertenecía este agente al *Baby-farming*, aunque

las visitas fueran tan raras que jamás un inspector había ido á la aldea de Rindok? ¿Venía de la casa de caridad de Donegal, para inspeccionar los niños enviados al campo? Quien quiera que fuese, desde que penetró en la choza, la Hard procuró aturdirle con su volubilidad.

—Perdón, caballero, perdón. Llegáis en el momento en que me disponía á hacer la limpieza! ¡Ved cómo se portan estos niños! Acaban de devorar un gran plato de sopa de avena. La niña y el niño, se comprende, porque la otra está enferma, sí. Una fiebre que con nada se puede cortar. Iba á partir para Donegal en busca de un médico. ¡Pobrecillos! ¡Les quiero tanto!...

Y con su fisonomía salvaje y su feroz mirada, la Hard parecía un tigre, que se esforzaba por ser gata.

—Señor inspector,—dijo;—si la casa de caridad acordase se me entregara algún dinero para comprar medicinas .. No tenemos más que lo preciso para alimentarnos.

—Yo no soy un inspector, buena señora,—respondió el hombre dulcemente.

—¿Quién sois, pues?—preguntó ella con dureza.

—Un agente de seguros.

Era uno de esos corredores que crecen al través de los campos como los cardos en las tierras malas. Recorren las ciudades buscando asegurar la vida de los niños, en tales condiciones, que valen tanto como asegurar su muerte. Por algunos pences al mes, el padre ó la madre; ¡esto es horrible! los parientes ó tutores, las abominables criaturas como la Hard, tienen la seguridad de cobrar una prima de tres ó cuatro libras á la muerte de aquellos seres. De aquí la tendencia al crimen, y un movil tan poderoso que, por el acrecentamiento en una enorme proporción de la mortalidad infantil, ha podido llegar á ser un peligro nacional. A las abominables oficinas de esta clase, M. Day, presidente del tribunal del Wiltshiere, las ha tratado con justicia de escuelas de ignominia y de asesinato. Después el sistema se ha mejorado por la ley de 1889, y no se extrañará que la creación de la "Sociedad nacional para la represión de los actos de crueldad con los niños„ dé actualmente algunos buenos resultados.

¿Quién no se sorprenderá, quién no se afligirá, quién no enrojerá de que á fines del siglo XIX haya sido preciso dictar semejante ley en una nación civilizada, una ley que obligue á los padres á alimentar á sus hijos, y que obligue á los tutores á cumplir las obligaciones que tienen con los menores que viven bajo su techo, y esto con penas cuyo máximun puede llegar hasta dos años de trabajos forzados?

Sí. Una ley para aquellos á los que los solos instintos naturales debían bastar.

Pero en la época en que esta historia comienza, la protección no se ejercía en provecho de los niños confiados por las casas de caridad á las matronas del campo.

El agente que acababa de presentarse en casa de la Hard, era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, de cara hipócrita, modales persuasivos y palabra insinuante. Tipo de corredor que sólo busca el corretaje, para lograr el cual todos los medios son buenos. Afectar no ver nada del vergonzoso estado de las víctimas de la matrona, felicitarla, por el contrario, del cariño que ella testimoniaba: este procedimiento era el que usaba para hacer su negocio.

—Buena señora—repitió.—Si esto no os incomoda, ¿querríais salir un instante?

—¿Tenéis que hablarme?—preguntó la Hard recelosa siempre.

—Sí, buena señora; tengo que hablaros de esos niños y me reprocharía de tratar delante de ellos de un asunto que podría causarles pena.

Los dos salieron, alejándose algunos pasos después de haber cerrado la puerta.

—Señora—dijo el agente—tenéis tres niños...

—Sí.

—¿Vuestros?

—No.

—¿Sois parienta suya?

—No.

—¿Entónces, os han sido enviados por la casa de caridad de Donegal?

—Sí.

—Perfectamente, buena señora, y no han podido ser puestos en mejores manos. Sin embargo, á pesar de los cuidados más asiduos, sucede alguna vez que esos pequeños caen malos. ¡Es tan fragil la vida de un niño! Me ha parecido ver que una de las niñas...

—Hago lo que puedo, caballero—respondió la Hard, que consiguió que asomara una lágrima á sus ojos de loba. Velo noche y día

Hormiguita había entrado en relaciones directas con el pollino.

por estos niños. Me privo á menudo de alimento porque nada les falte. Lo que la casa de caridad nos dá es tan poca cosa!... Apenas tres libras, señor, tres libras por año.

—En efecto, es insuficiente, y preciso es un verdadero sacrificio de vuestra parte para subvenir á las necesidades de esas criaturas. Decíamos que tenéis actualmente dos niñas y un niño?

—Sí.

—¿Huérfanos sin duda?

—Es probable.

—La costumbre que tengo de visitar niños me permite calcular en cuatro y seis años la edad de las niñas, y en dos años y medio la del niño.

—¿Por qué todas esas preguntas?

—¿Por qué? buena señora, vais á saberlo.

La Hard le arrojó una torva mirada.

—Ciertamente—continuó él;—el aire es puro en este condado de Donegal. Las condiciones higiénicas son excelentes.—Y sin embargo, esos babys son tan débiles que, á pesar de vuestros cuidados podría suceder... perdonadme si destrozo vuestro corazón; podría suceder que perdiéseis á uno ú otro de esos pequeños. Vos debéis asegurarlos...

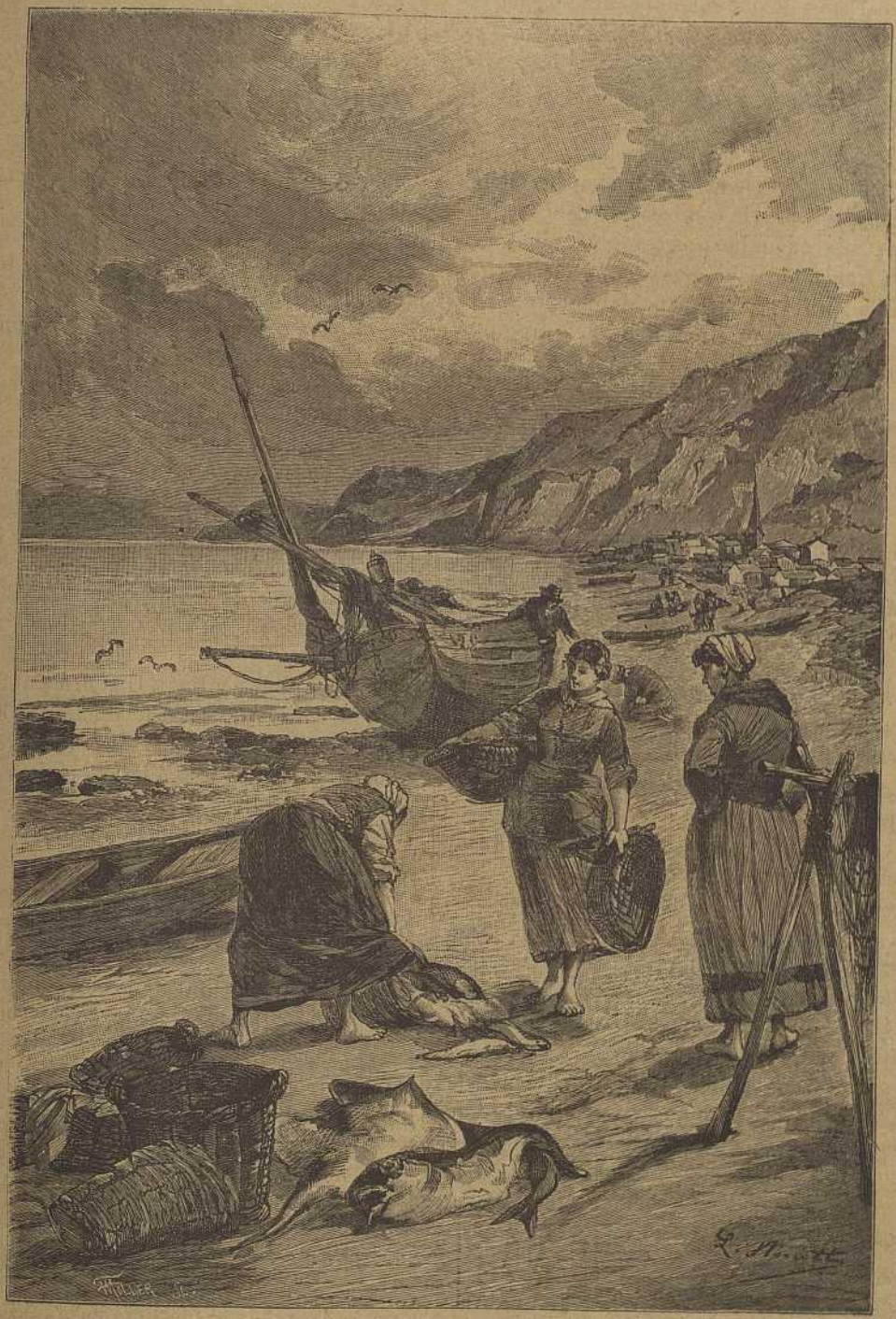
—¡Asegurarlos!

—Sí, en provecho vuestro.

—¡En provecho mío!—exclamó la Hard, cuya mirada se animó.

—Sin gran trabajo lo comprenderéis. En pagando á mi Compañía algunos pences por mes, cobraríais una prima de dos ó tres libras si ellos morían...

—¡Dos ó tres libras!—repitió la Hard.



La pequeña ciudad está situada en el fondo y venteada en toda época

El agente explicó, cómo su proposición podría ser admitida.

—Esto se hace generalmente, buena señora—dijo con tono melífluo.—Tenemos ya varios centenares de niños asegurados en las granjas de Donegal, y si nada puede consolar de la muerte de uno de esos pequeños seres á los que se ha rodeado de atenciones, al menos hay la compensación... bien pequeña, lo confieso, de cobrar algunas guineas en buen oro inglés, que nuestra Compañía es dichosa en ofrecer.

La Hard cogió la mano del agente.

—¿Y se cobra sin dificultad?—preguntó con voz bronca mirando en torno.

—Sin dificultades, buena señora. Desde que el médico ha certificado la muerte del niño, no hay más que ir á casa del representante de la Compañía en Donegal.

Después, sacando un papel dijo:

—Tengo pólizas preparadas, y si consentís en poner vuestra firma aquí abajo, estaréis menos inquieta por el porvenir. Y añadid que en caso de que uno de vuestros niños muriese—lo que se vé á menudo—la prima podrá ayudaros á las necesidades de los otros. Lo que dá la casa de caridad realmente es bien poco...

—¿Y qué me costará esto?—preguntó la Hard.

—Tres pences por mes y por niño. Ó sea, nueve pences.

—¿Aseguraréis también á la pequeña?

—Ciertamente, buena señora; ¡aunque me ha parecido muy enferma! Si vuestros cuidados no consiguen salvarla se os entregarán dos libras. . ¿entendéis?...¡ dos libras! Y fijáos en que la obra de nuestra Compañía es moral, y tiende al bien de los niños... Tenemos interés en que vivan, puesto que su vida nos beneficia. ¡Quedamos desolados cuando sucumbe uno de ellos!...

¡No! no quedaban desolados aquellos aseguradores cuando la mortalidad no pasaba de cierto límite. Y ofreciendo asegurar á la moribunda, el agente tenía la certeza de hacer un buen negocio, como lo demuestra la siguiente respuesta de un director:

"Al día siguiente del entierro de un niño asegurado, hacemos más seguros que nunca.„

Esta era la verdad, como también lo era que algunos miserables no retrocedían ante un crimen para cobrar la prima; aunque los menos; apresurémonos á afirmarlo.

La conclusión es que estas Compañías y sus clientes deben ser vigilados muy de cerca. Pero en el fondo de una aldea semejante se estaba fuera de toda inspección. Así el agente no temía entrar en relaciones con aquella odiosa Hard, aunque no dudase de qué actos era ella capaz.

—Vamos, buena señora—repitió con un tono aún más insinuante—¿no comprenderéis vuestro interés?

Ella dudaba en dar los nueve pences, hasta con la perspectiva de cobrar bien pronto la prima de la niña muerta.

—¿Y esto costará?—volvió á preguntar como si hubiera esperado una baja.

—Tres pences por mes y por niño; os lo repito. Total: nueve pences.

—¡Nueve pences!

Quiso regatear.

—Es inútil—replicó el agente. Pensad, buena señora, que á pesar de vuestros cuidados esa niña puede morir mañana... hoy, y que la Compañía tendrá que pagaros dos libras... Vamos... Firmad... Creedme... Firmad.

Llevaba pluma y tinta. Una firma al final de la póliza y todo estaba concluído. Esta firma fue puesta, y de los diez shillings de su bolsillo, la Hard sacó nueve pences que entregó al agente.

Después, al retirarse, añadió hipócritamente:

—Ahora, buena señora, aunque no tengo necesidad de recomendaros á esos queridos niños, lo hago sin embargo en nombre de nuestra Compañía que es su Providencia. Somos los representantes de Dios sobre la tierra, de Dios que devuelve centuplicada la limosna hecha á los desgraciados. Buenos días, señora, buenos días. El mes próximo vendré á recoger la pequeña suma, y espero encontrar á vuestros pensionistas en perfecta salud, hasta á esa niña á quien vuestros sacrificios acabarán por curar. No olvidéis que en nuestra vieja Inglaterra la vida humana tiene un gran valor, y que cada muerte es una pérdida para el capital social... Hasta la vista, buena señora, hasta la vista!...

En efecto; en el Reino Unido se sabe exactamente lo que vale una existencia inglesa; ciento cincuenta y cinco libras, ó sea tres mil ochocientos setenta y cinco francos; que es en lo que se estima el tipo en el que se mezcla la sangre de los Sajo-

nes, de los Normandos, de los Cambrianos y de los Pictos.

La Hard, inmóvil, dejó que el agente se alejara de la choza de la que los niños no se habían atrevido á salir.

Hasta ahora no había pensado más que en las guineas que cada año le valía su existencia, y he aquí que en muerte le iba á producir otro tanto. ¿No dependía de ella no volver á pagar los nueve pences que había entregado al agente?

Al entrar, ¡qué mirada arrojó la Hard sobre aquellos desventurados! La mirada del gavilán al pájaro acurrucado bajo la hierba. Parecía como si *Hormiguita* y Sissy lo hubiesen comprendido. Por instinto, retrocedieron como si las manos de aquel monstruo, estuviesen dispuestas á estrangularles.

Convenía obrar con prudencia. Tres niños muertos, hubieran despertado sospechas. La Hard emplearía una pequeña parte de los ocho ó nueve shillings que la quedaban en alimentarlos durante algún tiempo... Tres ó cuatro semanas aún. ¡Oh, no más! Cuando volviera el agente recibiría los nueve pences y la prima del seguro, pagaría diez veces estos desembolsos indispensables. Ahora no pensaba en devolver los niños á la casa de caridad.

Cinco días después de la visita del agente, la niña murió sin que se hubiese llamado á un médico. Fue en la mañana del 5 de Octubre. Habiendo ido la Hard á beber fuera abandonó los niños, después de cerrar la puerta.

La respiración de la niña era estertórea. No se la podía dar más que un poco de agua para humedecer sus labios. Para suministrarla alguna medicina, preciso hubiera sido ir á Donegal y pagarla. La víctima no tenía ni fuerza para moverse. La abrasaba la fiebre. Sus ojos estaban como abiertos para ver por última vez y parecía decir:

—¿Por qué he nacido? ¿por qué?

Sissy la mojaba dulcemente las sienes.

Hormiguita, en un rincón, miraba como si mirase una caja que se va á abrir para dejar escapar un pájaro. A un gemido más doloroso que contrajo la boca de la niña:

—¿Es que va á morir?—preguntó tal vez sin darse cuenta de esta palabra.

—Sí—respondió Sissy... é irá al cielo.

—¿No se puede ir al cielo sin morir?

—No... no se puede.

Algunos instantes después, un movimiento convulsivo agitó á aquella débil criatura cuya vida no conservaba más que un soplo. Sus ojos se volvieron y su alma infantil se exhaló en un último suspiro.

Sissy cayó de rodillas. *Hormiguita*, imitando á su compañera se arrodilló ante aquel cuerpo que no se movía.

Cuando la Hard volvió una hora más tarde se puso á lanzar gritos. Después, volviendo á salir:

—¡Muerta! ¡muerta! gritaba, recorriendo la aldea á la que quería tomar por testigo de su dolor.

Apenas si algunos vecinos le hicieron caso. ¿Qué les importaba á aquellos míseros que hubiese un desdichado menos! ¿No había ya bastantes sobre la tierra? ¡Este es grano que no faltará jamás!

Representando aquella comedia, la Hard no pensaba más que en sus intereses, y en no comprometer su fortuna.

Primeramente era preciso correr á Donegal y reclamar la presencia del médico de la Compañía.

Si no se le había llamado para curar á la niña, se le llamaría para que certificase de su muerte. Formalidad indispensable para el pago del seguro.

La Hard partió aquel mismo día, confiando la muerta á los dos niños. Abandonó Rindok hacia las dos de la tarde y como había que andar seis millas de ida y seis de vuelta, no estaría de regreso antes de las ocho ó las nueve de la noche.

Sissy y *Hormiguita* quedaron encerrados en la choza. El niño, inmóvil cerca del hogar apenas osaba moverse. Sissy prestaba á la niña cuidados de los que quizás nunca había recibido. Lavóle la cara, peinóle los cabellos, le quitó su andrajosa camisa reemplazándola por una servilleta que se secaba en un clavo. Aquel cadaver no tendría otro sudario, como no tendría por tumba más que el agujero en que se la arrojase.

Acabada su tarea Sissy besó á la niña en las mejillas.

Hormiguita quiso hacer lo mismo, pero se espantó.

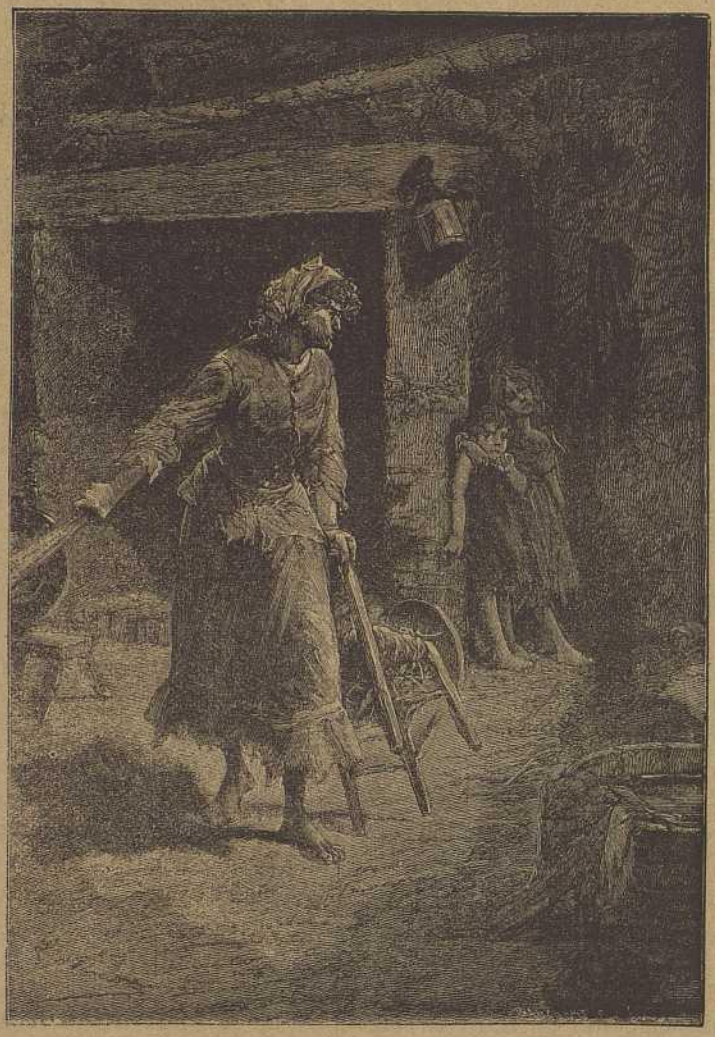
—Ven... ven—dijo á Sissy.

—¿Dónde?

—Fuera... ven, ven.

Sissy rehusó. No quería abandonar á la muerta; además la puerta estaba cerrada.

—Ven... ven...—repetía el niño.



¡La Hard!—Así se la llamaba «La Dura» y merecía este nombre.

—No. ¡Es preciso quedarse!

—¡Está fría!... y yo también tengo frío... tengo frío. Ven, Sissy, ven ó nos llevará con ella, allá abajo donde está.

El niño era presa del terror. Tenía el presentimiento de que moriría así. La noche llegaba.

Sissy encendió la luz y la colocó cerca del lecho.

Hormiguita sintió aun más espanto cuando la luz hizo temblar los objetos en torno suyo. El quería á Sissy, la quería como á una hermana mayor. Las únicas caricias que había recibido eran las de ella... pero ya no podía permanecer allí. No podía.

Y valiéndose de sus manos, llegó á cavar la tierra de un lado de la puerta, á quitar las piedras que soportaban el montante, y á hacer un agujero bastante ancho para poder salir.

—Ven... ven...—dijo por última vez.

—No—respondió Sissy.—No quiero. Ella quedará sola. No quiero.

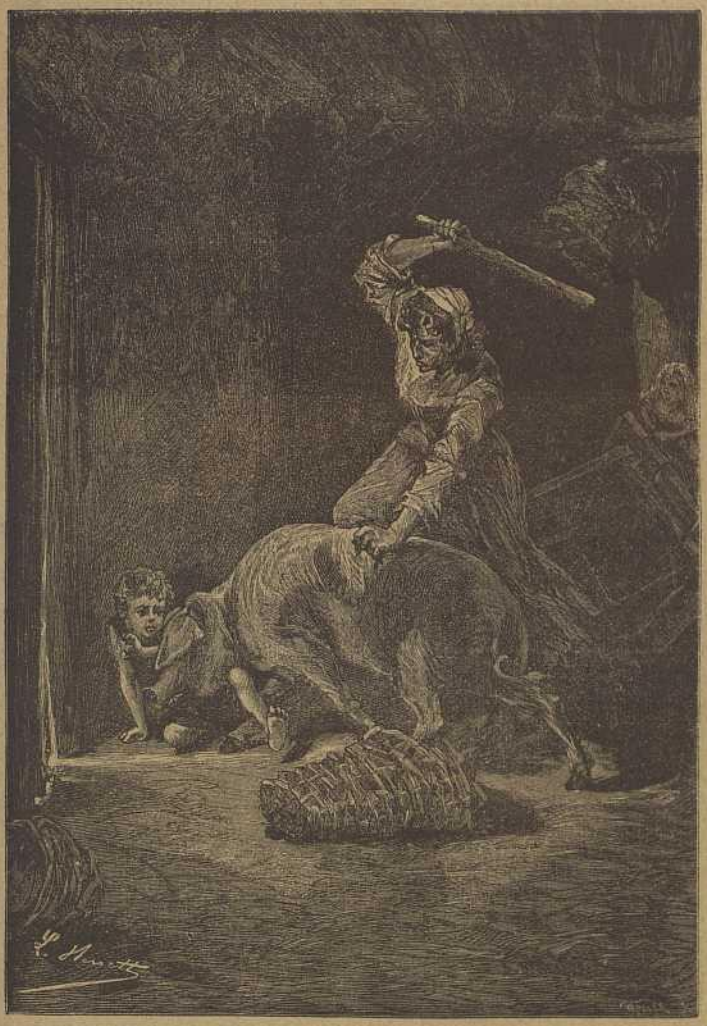
Hormiguita se arrojó á su cuello, y la abrazó. Después, pasando por el agujero, desapareció dejando á Sissy junto á la muerta.

Algunos días después, encontrado en el campo, cayó en manos de Thornpipe y ya se sabe lo demás.

XII

El regreso.

En la actualidad *Hormiguita* era dichoso,



Cogiendo un palo golpeó al cerdo.

y no imaginaba que fuese posible serlo más. Dedicado al presente para nada pensaba en el porvenir. ¿Acaso el porvenir es otra cosa que un presente que se renueva todos los días?

La memoria, es cierto, le recordaba algunas veces las imágenes del pasado. Pensaba á menudo en aquella niña que vivía con él en casa de la miserable mujer. Sissy tendría entonces cerca de once años. ¿Qué sería de ella? ¿La había librado la muerte de sus tormentos como á la otra niña? *Hormiguita* pensaba que algún día la encontraría. ¡La debía tanto reconocimiento por sus afectuosos cuidados! Era una hermana que deseaba volver á ver.

Después, existía Grip, el valiente Grip, al que confundía con Sissy en el mismo sentimiento de gratitud. Seis meses habían transcurrido desde el incendio de la *Ragged-School* de Galway, seis meses durante los cuales *Hormiguita* había sido el juguete de azares tan diversos. ¿Qué sería de Grip? El no podía estar muerto.

Así razonaba *Hormiguita* hablando del asunto con los de la granja que se interesaban por la suerte de los amigos del niño. Martin Mac Carthy había procurado informarse, pero no se olvide que respecto á Sissy no había resultado nada puesto que la niña había desaparecido de la aldea de Rindok.

Por lo que se refiere á Grip, se había recibido una respuesta de Galway. El pobre mozo apenas curado de su herida, no teniendo empleo, había abandonado la ciudad, y sin duda vagaba de pueblo en pueblo, á fin

de procurarse trabajo. ¡Gran disgusto causaba á *Hormiguita* sentirse tan dichoso mientras probablemente Grip no lo era! Martin le hubiera empleado en su granja y Grip trabajaría con ardor. Pero se ignoraba su paradero. ¿Volverían á verse los dos pensionistas de la escuela? ¿Por qué no conservar la esperanza?

En Kerwan, la familia Mac Carthy llevaba una existencia laboriosa y metódica. Las granjas más cercanas estaban á distancia de dos ó tres millas. Entre los arrendatarios de aquellos distritos poco frecuentados de la baja Irlanda no hay relaciones de vecindad. Tralée, la capital del condado se encontraba á unas doce millas, y Martin y Murdock no iban á ella más que cuando los negocios les obligaban; los días de mercado. La granja dependía de la parroquia de Silton, situado á cinco millas, un pueblo de unas cuarenta casas, con cien habitantes. El domingo se enganchaba la calesa para conducir á misa á las mujeres, y los hombres iba á pie. Casi siempre la abuela quedaba en la casa por permiso del cura, atendiendo á su edad, á menos que no se tratase de las fiestas de Noël, la Pascua ó la Asunción

¿Y en qué traje se presentaba *Hormiguita* en la Iglesia de Silton. No era ya el niño andrajoso que se arrastraba por la Catedral de Galway y se ocultaba tras los pilares. No temía ser echado, y no temblaba ante el levitón severo, el largo chaleco y el palo que constituyen el atrezo de guardian de la parroquia. No. Tenía su sitio en el banco, cerca de Martina y de Kitty; escuchaba los cantos sagrados, respondía con dulce voz y seguía el oficio en un libro con estampas, que la abuela le había regalado. Era un mozo que se podía mostrar con orgullo, vestido decorosamente y siempre limpio, en lo que ponía gran cuidado.

Acabada la misa subían al coche y regresaban á Kerwan.

Aquel invierno, nevaba copiosamente. Todos tenían los ojos rojos por el frío y la faz desquebrajada. De la barba de Martin y de sus hijos, pendían cristales de hielo lo que las hacía parecer de plata.

Verdad que un buen fuego de raices y cesped que la abuela había preparado, llameaba en el fondo del hogar. Calentábanse, se sentaban á la mesa en la que humeaba algún pedazo de manteca con coles, de pronunciado olor, entre un plato de patatas con su cáscara rojiza, y una tortilla para la que los huevos habían sido cuidadosamente buscados según su número de orden.

Después pasábase el día leyendo ó hablando, cuando el tiempo no permitía salir. *Hormiguita* serio y atento aprovechaba cuanto oía.

La estación avanzaba. Febrero fue muy frío, y Marzo muy lluvioso. Se aproximaba la época en que debían comenzar las labores del campo. El invierno no había sido muy rigoroso y no parecía que se prolongase. Las siembras se harían en buenas condiciones. Los colonos podrían responder á las exigencias de los propietarios para las próximas Pascuas sin exponerse á esas funestas evicciones de las que tantos distritos son teatro, cuando la cosecha falta, y que despueblan parroquias enteras (1).

Sin embargo, había un punto negro en el horizonte de la granja. Dos años antes el hijo segundo, Pat, había partido á bordo de navío de comercio *Guardián* perteneciente á la casa Marcuard de Liverpool. Habían llegado dos cartas de él, después de su pasaje al través de los mares del S. La última había llegado hacía nueve ó diez meses, y desde entonces las noticias faltaban en absoluto. Claro es que Martin había escrito á Liverpool; pero la respuesta no fue satisfactoria. Nada se sabía ni por los correos ni por los corresponsales marítimos, y MM. Macuard no ocultaban su inquietud sobre la suerte del *Guardián*.

Siguese de aquí que Pat era el objeto principal de las conversaciones en la granja, y *Hormiguita* comprendía el disgusto que la falta de noticias debía causar á la familia. Así, pues, no es de estrañar la impaciencia con la que se aguardaba la llegada del correo. Nuestro heroe la esperaba en el camino que pone esta parte del condado en comunicación con la capital. Desde muy lejos reconocía el color de sangre de toro del carruaje, y corría á todo correr, no como esos chicuelos en busca de algunos coppers, sino á fin de saber si había alguna carta dirigida á Martin Mac Carthy.

El servicio de correos está bien establecido hasta en los más apartados sitios de los condados de Irlanda. El coche se dete-

(1) Desde 1870 los labradores no pueden ser expulsados sin recibir una indemnización por las mejoras que han hecho en el suelo. (N. del A.)

nía en todas las puertas para entregar ó recibir las cartas. En los muros se encuentran cajas señaladas por una placa roja, y hasta sacos suspendidos de las ramas de los árboles que el correo cogía al pasar.

Por desgracia á la granja no llegaba ninguna carta ni de Pat ni de la casa Marcuard. Desde la última en que el *Guardián* había sido visto á lo largo de la Australia no se tenían noticias de él.

La abuela estaba muy afligida. Pat había sido siempre su nieto predilecto Hablaba de él sin cesar. Ya muy vieja ¿le vería antes de morir? *Hormiguita* procuraba consolarla.

—El volverá—decía.—Yo no le conozco y es preciso que le conozca puesto que es de la familia.

—Y te querrá como nosotros te queremos, —respondía ella.

—¡Qué hermoso es el oficio de marino, abuela! ¡Qué lastima que sea preciso alejarse por tanto tiempo! ¡No podría pues embarcarse con toda la familia.

—No, hijo mío, y la marcha de Pat me ha causado inmenso dolor. ¡Qué felices son los que jamás tienen que separarse! Nuestro hijo hubiera podido permanecer en la granja, y trabajar en ella, y no estaríamos devorados por la inquietud! ¡No ha querido!... ¡Dios nos lo devuelva! ¡No te olvides de rogar por él!

—No, abuela, no lo olvido... por él y por todos vosotros.

Las labores empezaron desde los primeros días de Abril. Gran trabajo; pues la tierra está aun dura y hay que ararla, apisonarla para igualarla y pasarle el rastrillo. Fue preciso hacer venir algunos trabajadores de fuera, pues Martin y sus hijos hubieran sido insuficientes para este trabajo. En efecto: los momentos son preciosos cuando se ha tenido que esperar á la primavera para sembrar. Y además, que había también legumbres y en lo que concierne á las patatas hay que buscar aquellas cuyos *ojos* pueden asegurar una buena recolección. Al mismo tiempo las bestias iban á salir del establo. A los cerdos se les dejaba vagar por el patio y por el camino. Las vacas que se llevaban á las praderas no exigian una gran vigilancia. Se las llevaba por la mañana y se las volvía por la noche. Esto estaba al cuidado de las mujeres. Pero había que guardar carneros, que se alimentaban con paja, con berzas y nabos durante el invierno, y conducirles al prado tan pronto á uno como á otro; y parecía que *Hormiguita* era el indicado para ser el pastor de este ganado.

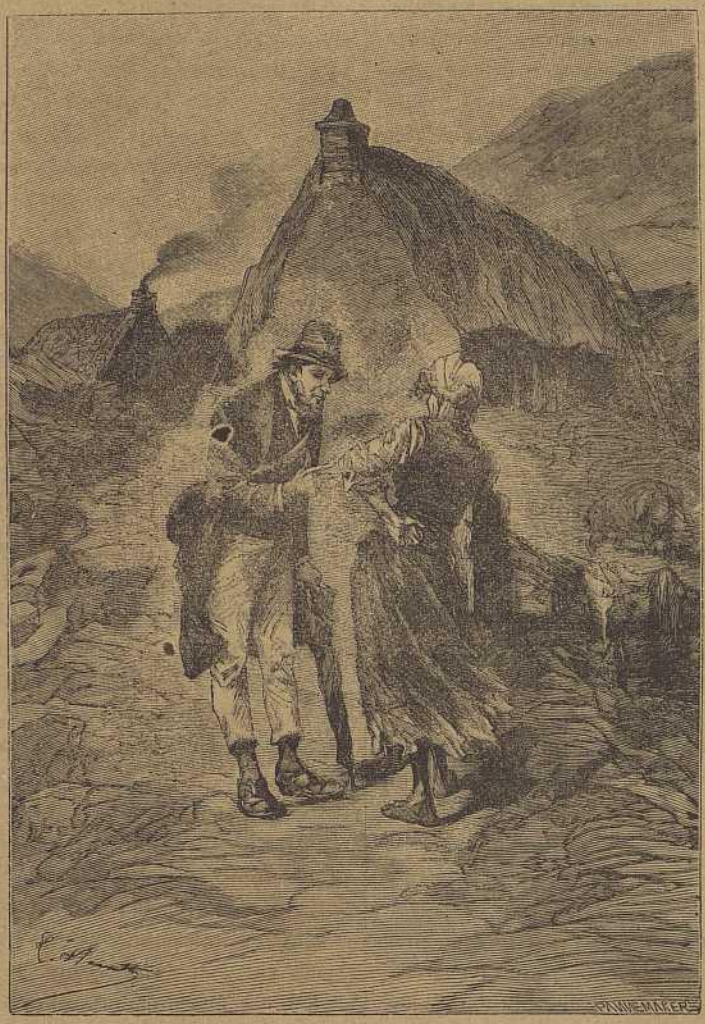
Ya se sabe que Martin Mac Carthy no poseía más que un ciento de carneros, de esa magnífica raza escocesa de larga lana más bien gris que blanca, con el hocico negro y las patas del mismo color. Así, la primera vez que *Hormiguita* les dirigió hacia el prado, á una media milla de la granja sintió cierto orgullo de ejercer sus nuevas funciones. Aquella tropa que desfilaba á sus órdenes, su perro Birk que hacía avanzar á los rezagados, algunos moruecos que marchaban á la cabeza, los corderos que se apretaban contra sus madres ¡qué responsabilidad si se perdiese alguno! ¡si los lobos andaban por los alrededores! No. Con Birk y su cuchillo al cinto, nuestro heroe no temía á los lobos.

Partía de mañana con un huevo duro, una libreta y un pedazo de manteca en el fondo del zurrón para comer al mediodía, esperando la cena. Al salir del establo contaba los carneros, y al volver hacía la misma operación, como con las cabras que vigilaba también y que los perros de los pastores dejaban en libertad de ir y venir.

Durante los primeros días, apenas amanecía ya *Hormiguita* subía el camino tras su rebaño. Algunas estrellas brillaban aun.

Las veía ocultarse como si el viento las echase. Después los rayos del sol temblaban, haciendo resplandecer los guijarros y las gavillas. Miraba al través de la campiña. Generalmente, en el campo vecino Martin y Murdock dirigían el arado que dejaba un surco derecho y negruzco tras éllos. En otro Sim lanzaba con metódico movimiento la semilla que el rastrillo cubría pronto de una ligera capa de tierra.

Hormiguita, aunque muy niño, mostraba más predilección por el lado práctico que por el lado curioso de las cosas. No se preguntaba cómo de un simple grano podía salir una espiga; pero sí cuantas espigas darían los granos de trigo, de centeno, cebada ó de avena. Y se prometía contarles cuando viniene la recolección, como contaba los huevos del corral, y á inscribir el resultado de sus cálculos. Tal era su naturaleza. Mas bien que admirarlas, contaba las estrellas.



Decíamos que teneis actualmente dos niñas y un niño...

Por ejemplo, acogía con alegría la aparición del sol, menos por la luz que por el calor que esparce. Se dice que los elefantes de la India saludan al astro del día cuando se eleva en el horizonte, y *Hormiguita* les imitaba, asombrándose de que sus carneros no dejasen oir un largo balido en señal de reconocimiento ¿No es él el que disipa las nubes? ¿Por qué, pues, en medio día, en vez de mirarle frente á frente, aquellos animales se apretaban los unos contra los otros, con la cabeza baja, de tal modo que no se les veía más que el tronco? ¡Decididamente, los carneros son ingratos!

Era raro que *Hormiguita* no estuviese sólo en los prados durante la mayor parte del día. Algunas veces, sin embargo, Murdock ó Sim se detenían en el camino, no para vigilar al pastor, pues podían fiarse de él, sino por el gusto de cambiar algunas palabras. ¿Eh?—le decían:—¿Está bien el rebaño? ¿Es espesa la hierba?

—Muy espesa, señor Murdock.

—¿Y tus carneros son buenos?

—Muy buenos, Sim. Preguntad á Birk. Jamás tiene que morderlos.

Birk, un perro si no hermoso, inteligente y muy animoso, había llegado á ser el fiel compañero de *Hormiguita*. Es positivo que hablaban durante muchas horas, diciéndose cosas que les interesaban. Cuando el niño le miraba á los ojos hablándole, Birk, cuyo largo hocico temblaba, parecía aspirar estas palabras, y movía la cola. Eran dos buenos amigos, próximamente de la misma edad, y que se entendían á mara-

villa. Con el mes de Mayo el campo se puso verde. Los forrajes formaban ya una cabellera en los prados. Los campos sembrados, no tenían aun más que muchas hierbas, pálidas como los primeros cabellos que aparecen en la cabeza de un niño. *Hormiguita* sentía deseos de tirar de ellas para que crecieran. Y un día que Martín vino á buscarle le comunicó su famosa idea.

—Eh, niño—respondió el labrador—es que si se tira de los cabellos ¿crees tú que crecen más pronto? ¡No! Esto estaría mal.

—Entonces, ¿no es preciso?

—No: no es preciso hacer mal á nadie, ni á las plantas; deja que llegue el verano, deja obrar á la naturaleza, y todas esas hierbecillas formarán grandes espigas y se las cortará para tener grano y paja.

—¿Creéis que la cosecha será buena este año?

—Sí, todo lo anuncia así. El invierno no ha sido muy rudo, y en la primavera hemos tenido más días de sol que de lluvia. Quiera Dios que esto continúe durante tres meses y la cosecha pagará con largueza los tributos y el arriendo.

Sin embargo, había enemigos, con los que era preciso contar.

Eran los pájaros voraces que pululan en el campo irlandés.

Pase por lo que se refiere á esas golondrinas que sólo se alimentan de insectos durante su estancia de algunos meses; pero los gorriones atrevidos y golosos, verdaderos ratones del aire, que atacan á los granos, y sobre todo los cuervos, cuyos destrozos son intolerables, ¡qué males causan á las cosechas!

¡Ah, ¡cómo hacían rabiar á *Hormiguita* aquellos abominables pájaros! ¡Cómo parecían burlarse de él! Cuando conducía los carneros al través de los prados hacía levantar las bandadas negruzcas, que arrojaban gritos agudos y volaban con las patas pendientes. El niño les perseguía azuzando al perro que ladraba. ¿Qué hacer contra ellos? Ellos os esperan hasta á diez pasos... Después... ¡Krroa!... ¡Krroa!... y la nube deja aquel sitio.

Lo que más incomodaba á *Hormiguita* era que los espantajos colocados en mitad del trigo ó de la avena no servían de nada.

Sim había construido maniquís de terrible aspecto, los brazos extendidos, los cuerpos vestidos de andrajos que se agitaban al viento. Los niños hubieran tenido miedo ciertamente; los cuervos no. Tal vez convenía inventar una máquina más espantosa y menos taciturna. Fue una idea que tuvo nuestro heroe después de largas meditaciones.

El maniquí mueve los brazos cuando el viento es muy fuerte, pero no grita: era preciso hacerle gritar.

La idea era excelente, y Sim no tuvo más que colocar sobre la cabeza del aparato una carraca, á la que el viento hacía girar con ruido.

¡Bah! si los señores cuervos se mostraron, sino inquietos, asombrados al menos, en los dos primeros días, al tercero no se inquietaron, y *Hormiguita*, fastidiado, les vió posarse tranquilamente sobre el maniquí, cuya carraca no podía luchar con sus graznidos.

—Decididamente pensó, todo no es perfecto en este mundo.

Aparte de esto, las cosas marchaban bien en la granja. *Hormiguita* era tan dichoso como es posible. Durante las largas veladas de invierno, había hecho progresos en la escritura y en el cálculo. Y ahora, al final del día, ponía en orden su contabilidad. Esta comprendía con los huevos de las gallinas, los polluelos del corral inscritos con la fecha de su nacimiento, y clasificados según su especie. Llevaba cuenta hasta de los porceletes y conejos que forman numerosas familias en Irlanda. No era este pequeño trabajo para el niño, y testimoniaba del espíritu ordenado que le animaba. Todas las noches Martín le entregaba el guijarro consabido, que él guardaba en su olla; guijarros que tenían á sus ojos tanto valor como shillings. Después de todo, la moneda es convencional. Además, la olla contenía también la hermosa guinea de oro que le había valido su salida al teatro de Limerick, y de la que no se sabía por qué no había hablado en la granja. Pero sin tener en qué emplearla, puesto que nada le faltaba, él la atribuía un precio menor que á sus piedras, las cuales atestiguaban su celo y su perfecta conducta.

Habiendo sido favorable la estación, se hicieron los preparativos para los trabajos de la siega del heno en la última semana de Julio. Buena apariencia de cosecha. Todo el personal de la granja se puso á la obra. Cincuenta ácres que segar; tal fue la

faena de Murdock y Sim, y de dos trabajadores de fuerza. Las mujeres les ayudaban, estendiendo el forraje fresco para que se secara, antes de guardarle en el interior de la granja. En un clima tan lluvioso, se comprende que no hay día que perder, y si el tiempo es bueno, hay que aprovecharle. Quizás *Hormiguita* descuidó algo su rebaño durante una semana deseoso de ayudar á Martina, y á Kitty. Trabajó con gran ardor.

Así transcurrió aquel año: uno de los más felices de Martín en la granja de Kerwan. Si se hubiesen tenido noticias de Pat, la satisfacción hubiera sido completa. Parecía que *Hormiguita* había traido la dicha. Cuando el recaudador de tributos y el de arriendo se presentaron, fueron pagados íntegramente. Al invierno no de grandes fríos y muy lluvioso, sucedió una precoz primavera que justificó las esperanzas que los labradores habían concebido.

Volvióse á la vida de los campos. Volvió *Hormiguita* á sus largas jornadas con Birk y sus carneros. Vió reverdecer la huerta, y oyó el ligero ruido que hacen el trigo, el centeno y la avena cuando la espiga comienza á formarse... Y después se hablaba de otra cosecha esperada con impaciencia, y que hacía sonreir á la abuela. ¡Si! No pasarían tres meses sin que la familia Mac Carthy se hubiese aumentado con un nuevo miembro, del que Kitty se preparaba á hacerle regalo.

Durante la siega de Agosto, y en lo más fuerte del trabajo, uno de los trabajadores cayó enfermo de fiebre y no pudo continuar su faena. Para reemplazarle, era menester dirigirse á algún trabajador en huelga si se encontraba aun. Lo malo era que Martín tenía que perder medio día en ir á la parroquia de Silton. Así, pues, cuando *Hormiguita* se ofreció á ir, aceptó el ofrecimiento con gusto.

Podía fiarse en él para llevar un recado y ponerle en conocimiento del destinatario. Cinco millas por un camino que conocía puesto que todos los domingos le andaba, no era cosa para preocuparle. Y hasta se proponía ir á pie, pues los caballos y el asno estaban ocupados en el acarreo del forraje. Saliendo de la granja al amanecer, se prometía estar de vuelta antes del medio día.

Hormiguita partió al alba con paso decidido, llevando en el bolsillo la carta del labrador que debía entregar al posadero de Silton, y en su zurrón algo que comer en el camino.

El tiempo estaba hermoso, refrescado por una ligera brisa del E. y el niño anduvo alegremente las tres primeras millas.

No había nadie ni en el camino, ni en el interior de las casas abandonadas. Todo el mundo estaba trabajando en el campo. A lo lejos, la campiña se mostraba cubierta de haces que no tardarían en ser llevados á las granjas.

En cierto sitio, el camino se encuentra con un bosque espeso que aquel rodea, alargándose en una milla por lo menos.

Hormiguita pensó que lo mejor, á fin de ganar tiempo, era atajar atravesando el bosque, y penetró en él no sin experimentar ese miedo natural que el bosque inspira á los niños—el bosque donde hay ladrones, lobos, y donde pasan todas las historias que se cuentan durante las veladas. Verdad que en lo que se refiere al lobo, Paddy ruega á los santos para que le conserven su buena salud, y le llama *su padrino*.

Apenas había andado el niño unos cien pasos por un estrecho paseo, cuando se detuvo viendo á un hombre tendido al pie de un arbol.

¿Era un viajero que había caido en este sitio, ó sencillamente, un transeunte que descansaba antes de volver á ponerse en camino?

Hormiguita le miraba inmóvil, y como el hombre no se movía, avanzó.

El hombre dormía en un sueño profundo, los brazos cruzados y el sombrero sobre los ojos. Parecía joven; veinticinco años lo más. En sus botas llenas de tierra, en sus polvorientos vestidos, se notaban las huellas de una larga jornada, subiendo el camino de Tralée.

Pero lo que sobre todo atrajo la atención de *Hormiguita* fue que el viajero debía de ser marino... ¡Sí! A juzgar por su traje y por su equipaje, contenido en un saco de tela alquitranada. Sobre este saco tenía unas señas que nuestro heroe pudo leer cuando se aproximó:

—¡Pat!—exclamó.—¡Es Pat!

¡Sí, Pat! Le hubiera reconocido solo por su parecido con sus hermanos. Pat, del que no se tenían noticias hacía tanto tiempo. Pat, cuyo regreso él esperaba con tanta impaciencia. *Hormiguita* estuvo á punto

de llamarle, de despertarle. Se detuvo. La reflexión le hizo comprender que si Pat reaparecía en la granja sin que la familia estuviera preparada para recibirle, la emoción podía perjudicar á su madre y á la abuela. No. Mejor era prevenir á Martin. El arreglaría las cosas con dulzura. Prepararía á las mujeres para la llegada de su hijo y nieto. En cuanto al recado para el posadero de Silton... y bien; se haría al día siguiente. Y además, ¿no valdría Pat tanto como otro para el trabajo? El joven marino estaba fatigado; había en efecto abandonado Traleè á media noche, después de haber ido allá en ferrocarril. De aquí que al ponerse en pie tendría prisa por llegar á la granja. Lo esencial era precederle, á fin de que su padre y sus hermanos, advertidos á tiempo, pudieran llegar antes que él.

Era, en verdad inútil, dejarle su equipaje durante las tres últimas millas de camino. ¿Por qué *Hormiguita* no se encargaba de él? ¿No era fuerte para soportarle en sus hombros? Además, tendría tanto gusto en cargar con el saco de un marino!... ¡un saco que había navegado!

Le cogió por la cuerda, y habiéndole sujetado sobre los hombros, se lanzó con dirección á la granja.

Una vez fuera del bosque, no tenía más que seguir el camino que iba derecho durante una media milla.

No había dado quinientos pasos en esta dirección, cuando oyó gritos detrás. No quiso ni parar, ni contener su marcha; al contrario, la apresuró.

Pero el que gritaba también corría.

Era Pat.

Al despertar no había encontrado su saco. Furioso había salido del bosque, viendo al niño al volver el camino.

—¡Eh, ladrón! ¿Te pararás?

Se comprende que *Hormiguita* no escuchaba. Corría más. Pero con el peso del saco no era dudoso que sería alcanzado por el marino que debía tener piernas de gaviero.

—¡Ah, ladrón! ¡No te escaparás!

Entonces, sintiendo que Pat no distaba de él más que doscientos pasos, *Hormiguita* dejó caer el saco y se puso á correr con más libertad.

Pat cogió el saco y siguió persiguiendo al niño.

La granja apareció en el momento en que Pat, logrando alcanzar al niño, le tenía cogido por el vestido.

Martín y sus hijos estaban en el patio ocupados en descargar el forraje. ¡Qué grito se escapó de su garganta!

—¡Pat! ¡Hijo mío!

—¡Hermano! ¡Hermano!

Y he aquí á Martina y Kitty; he aquí á la abuela, que corren para estrechar á Pat entre sus brazos.

Hormiguita estaba allí con los ojos resplandecientes de alegría, preguntándose si no habría una caricia para él.

—¡Ah, mi ladrón!—exclamó Pat.

Todo se explicó en algunas palabras, y *Hormiguita*, lanzándose hacia Pat, se colgó á su cuello, como si se lanzase al arbol de un navío.

XIII

Doble bautismo.

¡Qué alegría en casa de los Mac Carthy! Pat de vuelta; el joven marino en la granja de Kerwan; la familia completa; los tres hermanos reunidos á la misma mesa; la abuela con su nieto, Martín y Martina con todos sus hijos!

Además, el año se anunciaba bien. La recolección de forraje era abundante; la cosecha no lo sería menos. Y las patatas, las santas patatas, hinchaban el surco con sus tubérculos amarillentos ó rojizos. Esto era el pan. No hay más que asarlas en la ceniza caliente, y esto bastará en los hogares modestos.

Martina preguntó á Pat primeramente.

—¿Y vienes por todo un año, hijo mío?

—No, madre; por seis semanas solamente. No pienso abandonar mi oficio, que es muy bueno. Dentro de seis semanas es preciso que vuelva á Liverpool, donde de nuevo me embarcaré en el *Guardián*.

—¡Seis semanas!—murmuró la abuela.

—Sí; pero en calidad de contramaestre esta vez; y ser contramaestre á bordo de un gran navío, ya es ser algo.

—Bien, Pat, bien;—dijo Murdock, estrechando afectuosamente la mano del marino.

—Hasta el día de mi marcha,—dijo este;—si tenéis necesidad de dos brazos fuertes, en la granja, los míos están á vuestro servicio.

—Ven, ven!... dijo por última vez.

—Lo aceptamos,—respondió Martín.

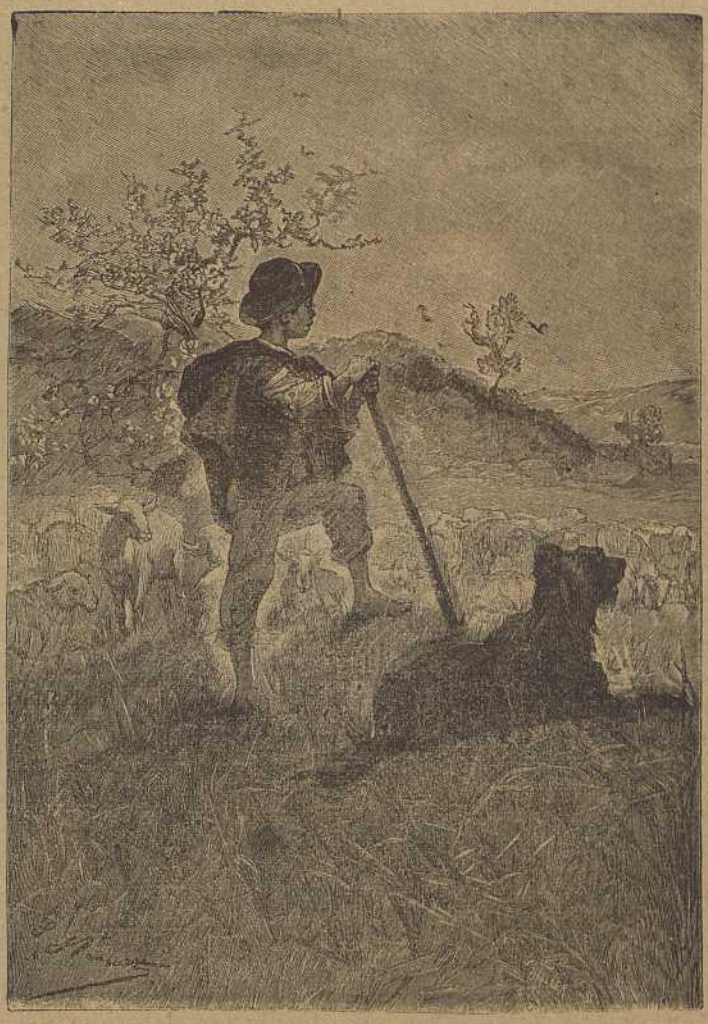
Pat conocía entonces á su cuñada, porque el matrimonio de su hermano había sido posterior á su embarque. Estaba encantado de encontrar en ella una tan excelente mujer, digna de Murdock, y creyó deber suyo darle las gracias por el sobrino que iba á darle, á menos que no fuese una sobrina, antes de que él volviese á bordo. El ser tío le producía una gran alegría y abrazaba á Kitty como á una hermana que encontraba al volver de su viaje.

No se dudará de que *Hormiguita* no era insensible á aquellos esparcimientos, y con todo su corazón se asociaba á ellos, permaneciendo en un rincón de la sala. Llegó su turno. Además ¿acaso no era de la familia? Contaron á Pat su historia: el valiente joven pareció muy conmovido. Desde este instante los dos fueron grandes amigos.

—Y yo—decía el marino—¡yo que le había tomado por un ladrón al verle con mi saco! Verdaderamente se ha librado de algunos pescozones.

—No; vuestros pescozones no me hubieran hecho daño, porque nada os había robado.

Y hablando así, miraba á este vigoroso joven, bien plantado, con su aire resuelto, sus francas maneras y su cara tostada por el sol y la brisa. Un marino; esto le parecía un personaje de importancia, un ser distinto de los demás, un caballero que iba sobre el agua. Como se comprende, Pat fue el preferido de la abuela que le tenía cogido por la mano como para impedir que les abandonase demasiado pronto.



Hormiguita miraba al través del campo.

Durante la primera hora, no hay que decir que Pat había contado su historia, y explicado la razón por la que había estado tanto tiempo sin dar noticias suyas, tanto tiempo que llegaron á creerle perdido. Poco había faltado para que no volviese más al país. El *Guardián* había naufragado en uno de los islotes del mar de las Indias, en los parajes del Sur.

Allí, durante trece meses, no tuvieron por refugio más que una isla desierta, situada lejos de todo camino marítimo, sin ninguna comunicación con el resto del mundo. En fin, á fuerza de trabajo se pudo poner á flote el *Guardián*. Todo se salvó: navío y cargamento. Y Pat se había distinguido tanto por su celo y su ánimo, que propuesto por el capitán, la casa Marcuard de Liverpool acababa de reengancharle en calidad de contramaestre para una próxima navegación por el Pacífico. Las cosas estaban, pues, en buen camino.

Desde el siguiente día, el personal de Kerwan volvió al trabajo, y se demostró que el trabajador enfermo iba á ser bien reemplazado.

Llegó Septiembre. La cosecha estaba á punto. Si como de costumbre, el rendimiento del trigo fue bastante mediano, al menos el centeno, la cebada y la avena produjeron una abundante recolección. El cobrador podía presentarse antes de Diciembre, si tenía prisa. Se le pagaría en buen dinero y quedarían reservas para el invierno. Verdad es que Martín no ahorraba: vivía de su trabajo, que aseguraba el presente, pero no el

porvenir. ¡Ah! el porvenir de los labradores de Irlanda siempre á merced de los caprichos del clima! Esta era la preocupación constante de Murdock. Así, su odio no cesaba de acrecentarse contra tal estado social, que acabaría con la abolición del landlordismo, y la entrega del suelo á los labradores.

—Es preciso tener confianza—le repetía Kitty.

Y Murdock la miraba sin responder.

En aquel mes, el día 9, sucedió el acontecimiento tan impacientemente esperado y que puso en fiesta la granja de Kerwan. Kitty dió á luz una niña. ¡Qué alegría para todos! Recibióse al recién nacido como á un angel que hubiera entrado por la ventana batiendo alas. La abuela y Martina se le arrebataban. Murdock corrió á besarla. Sus dos hermanos quedaron ante el bebé con adoración. ¿No era el primer fruto que daba aquella rama del arbol de la familia, la rama Kitty-Murdock? ¡La joven madre fue felicitada, rodeada de cuidados! ¡Tiernas lágrimas corrieron! ¡Hubiérase dicho que la casa estaba vacía antes del nacimiento de aquel pequeño ser.

En cuanto á *Hormiguita* jamás tuvo emoción igual á la que sintió cuando se le permitió dar un beso al recién nacido.

No hay duda de que aquel suceso debía dar ocasión á una fiesta tan pronto como el estado de Kitty lo permitiera. Y esto no tardaría. Por lo demás, el programa era muy sencillo. Después de la ceremonia del bautismo en la iglesia de Silton, el cura y algunos amigos de Martín, una media docena de labradores del contorno que no dudarían en andar dos ó tres millas, se reunirían en la granja. Un abundante y suculento almuerzo les esperaba. Aquella gente sería muy gustosa de asociarse á las alegrías de aquella honrada familia en un cordial banquete. La dicha mayor era que Pat sería de la fiesta, puesto que su partida á Liverpool no debía efectuarse hasta últimos de Septiembre. Decididamente la diosa Lucina, patrona de los nacimientos, había arreglado bien las cosas, y se hubiera quemado un hermoso ciervo en holocausto á la misma á no ser de origen pagano.

Había que decidir una cuestión primero: ¿qué nombre se le pondría al niño? La abuela propuso el de Jenny y no hubo ninguna dificultad, como tampoco para decidir quién había de ser madrina. Se eligió á la abuela. Se estaba seguro que sería proporcionarla un gran placer y todos estuvieron conformes con la elección. Es verdad que cuatro generaciones separaban á la bisabuela de la biznieta, y es preferible sin duda que la niña pueda contar con su madrina, al menos durante su infancia. Pero en el caso había una cuestión de sentimiento que debía tenerse en cuenta antes que nada: era como dar á aquella anciana una nueva maternidad, y por sus ojos corrieron lágrimas de ternura cuando se la hizo la proposición con cierta solemnidad.

¿Y el padrino? ¡Ah! Aquello no se decidió tan pronto. ¿Un extraño? No había que pensar en ello, puesto que había en la casa dos hermanos; es decir, dos tíos, Pat y Sim que reclamaban tal honor. Sin embargo, designar al uno sería desairar al otro. Sin duda Pat, mayor que Sim, podía prevalerse de esto, pero era un marino destinado á pasar en el mar la mayor parte de su existencia. ¿Cómo había de serle posible velar por su ahijada? Comprendiólo él así y se quedó solo Sim. Pero la abuela tuvo una idea que en el primer momento no dejó de causar sorpresa. Ella tenía el derecho de indicar un compadre de su gusto... Y... designó á *Hormiguita*.

¿Cómo? ¿Aquel niño encontrado, del que nunca se había conocido la familia?.. ¿Era esto admisible? sin duda se sabía que era inteligente, laborioso, devoto á aquella familia; querido, estimado por todos en la granja .. Pero... ¡*Hormignita*!... Y además no contaba aún más que siete años y medio, corta edad para un padrino.

—¿Qué importa?—dijo la abuela. Tiene de menos lo que yo de más. Así se compensarán los años.

En efecto; si el padrino no tenía ocho años, la madrina contaba setenta y seis, ó sea ochenta y cuatro años entre los dos. Y la abuela afirmó que esto hacía cuarenta y dos años por cada uno.

—La fuerza de la edad—añadió.

Como se supone, aunque todos tenían deseos de complacerla, su proposición debía reflexionarse. Consultada la joven madre, no vió ningún inconveniente, pues profesaba á *Hormiguita* un cariño casi maternal. Pero Martín y Martina se mostraron bastante indecisos, pues nada sabían del estado civil del niño encontrado en el cemen-

terio de Limerick y que no había conocido á sus padres nunca.

Murdock intervino y resolvió la cuestión. La inteligencia de *Hormiguita*, muy superior á su edad, su espíritu serio, su aplicación en todo, aquello que se leía en su frente; es decir que él se haría lugar algún día, decidieron al hijo mayor de Martín.

—¿Tú quiéres?—le preguntó.

—Sí, señor Murdock—dijo.

Y respondió con tan firme tono que causó asombro. Sin duda, tenía el sentimiento de la responsabili lad que contraía para el porvenir con su ahijada.

El 26 de Septiembre, al alba, todos estaban prontos para la ceremonia. Vistiendo el traje de los días de fiesta, las mujeres en el carro y los hombres á pie, dirigiéronse alegremente á la parroquia de Silton.

Pero, cuando entraron en la iglesia, el cura hizo surgir una complicación, una dificultad en la que nadie había pensado.

Cuando preguntó quién era el padrino, Murdock respondió:

—*Hormiguita.*

—¿Y qué edad tiene?

—Siete años y medio.

—¿Siete años y medio? Algo joven es... Por tanto no tendrá ningún impedimento... Decidme: ¿supongo que tendrá otro nombre á más de *Hormiguita*?

—Señor cura, no le conocemos otro—respondió la abuela.

—¿No?...—dijo el cura.

Y dirigiéndose al niño le preguntó:

—¿Tú debes tener un nombre de bautismo?

—No le tengo... señor cura.

—¡Ah! hijo mío, ¿acaso no estás bautizado?

Hormiguita estaba en la imposibilidad de decirlo. La memoria no le recordaba nada de aquella ceremonia del bautismo. Asombro causará que la familia de Mac Carthy tan religiosa, tan devota, no se hubiera preocupado aún de esto. Lo cierto es que nadie había pensado en el asunto.

Hormiguita, imaginando que había un obstáculo insuperable para ser el padrino de Jenny, quedó inmóvil y confuso.

Pero entonces Murdock, gritó:

—¿Eh? Señor cura, si no está bautizado, que se le bautice.

—¡Pero si lo está..!—observó la abuela.

—Pues bien; será dos veces cristiano—dijo Sim. Bautizadle antes que á la niña.

—¿Por qué no?—respondió el cura.

—¿Entónces, podrá ser padrino?

—Perfectamente.

—¿Y nada se opone á que se hagan los dos bautismos uno tras otro?—preguntó Kitty.

—No veo ninguna dificultad en ello; respondió el cura, si *Hormiguita* encuentra un padrino y una madrina para él.

—Yo lo seré—dijo Martín.

—Y yo—repitió Martina.

¡Ah! ¡qué dichoso fue *Hormiguita* al pensar que se iba á ligar más estrechamente con su familia adoptiva!

—¡Gracias! ¡gracias!—repetía besando las manos de la abuela, de Kitty y de Martina.

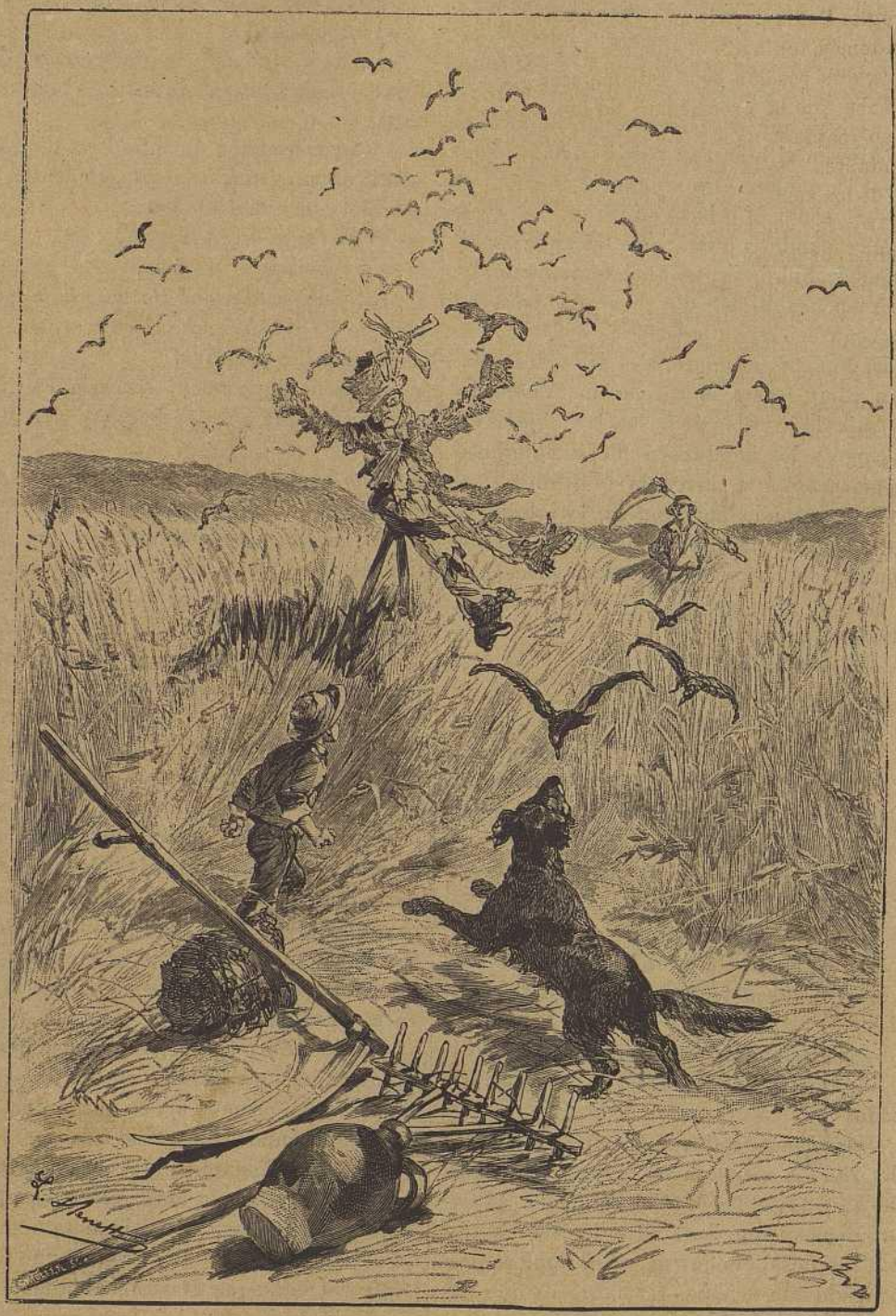
Como hacía falta un nombre de bautismo se tomó el de Edit que era el del día. Edit, ¡sea! pero lo más verosímil era que continuase llamándose *Hormiguita*. ¡Le era tan propio este nombre! ¡Se tenía tal costumbre de llamarle así!

El joven padrino fue, pues, bautizado primero. Terminada esta ceremonia la abuela y él tuvieron en la pila bautismal á la niña que fue cristianamente bautizada con el nombre de Jenny, según el deseo de la madrina.

En seguida la campana lanzó sus más alegres notas, disparáronse cohetes al salir de la iglesia, y sobre los pobres del lugar cayó una lluvia de coppers. ¡Cuántos de aquellos había en el pórtico! ¡Parecía que todos los pobres del condado se habían dado cita en la plaza de Silton!

Querido *Hormiguita*, ¿hubieras jamás podido preveer que llegaría un día en el que figurarías en primera fila en una circunstancia tan solemne? El regreso á la granja se efectuó alegremente, con el cura á la cabeza de los invitados; unos quince vecinos y vecinas que se sentaron á la mesa dispuesta en la sala bajo la dirección de una excelente cocinera que Martin había mandado venir de Tralée. Los manjares eran de las reservas de la granja. Nada vino de fuera; ni el guiso de carnero, ni los pollos en salsa á las finas yerbas, ni los jamones cuya sabrosa grasa se desbordaba de los platos, ni los conejos en pepitoria, ni aun los salmones y sollos, puesto que habían sido pescados en las aguas de Cashen.

Inútil es añadir que en el libro de *Hormi-*



«Hormiguita» les vió posarse tranquilamente sobre el maniquí.

guita se apuntaban todas estas cosas, en la columna de salida, y que la cuenta estaba en regla. Podía pues comer y beber tranquilo. Además, tenía allí el ejemplo de robustos mozos, que poseían esos estómagos vigorosos á los que la procedencia de los manjares no inquieta nada, con tal de que sean abundantes. Nada quedó de aquel almuerzo ni de los postres, aunque el plum-pudding de arroz fue enorme, y hubo una torta de grosella por persona.

Había ginebra, stout, soda, usquebaugh que es una especie de wisky, brandy, grocg preparado conforme á la famosa fórmula: *hot, strong and plenty* "caliente, fuerte y en abundancia.„ En fin, lo bastante para hacer rodar bajo la mesa á los mejores bebedores de la provincia. Así es, que al final del almuerzo que duró tres horas, los ojos estaban encendidos como brasas, y las mejillas rojas como carbones ardientes. La familia Mac Carthy era sobria; no frecuentaba las tabernas de eter, reservadas á los católicos por desdén hacia las tabernas de alcoholes reservadas á los protestantes. Pero ¿no había de haber indulgencias un día de bautizo, y no estaba el cura para absolver á los pecadores?

Sin embargo, Martin no dejaba de vigilar á sus convidados, y encontró un auxiliar inexperado en su hijo segundo Pat, que era moderado, al revés de su hermano Sim.

Y como un grueso labrador de los alrededores se asombrase de que un marinero fuese tan parco, respondió el joven:

—¡Es qué conozco la historia de John Playne!

—¡La historia de John Playne!

—La historia ó la balada; como queráis.

—Pues bien; cantádnosla, Pat,—dijo el cura, á quien le agradó esta diversión.

—Es que es triste y larga.

—No importa. Tenemos tiempo para escucharla hasta el fin.

Entonces Pat la cantó con una voz tan vibrante, que *Hormiguita* creía oír al Oceano cantar por su boca.

CANCIÓN DE JOHN PLAYNE (1)

I

John Playne on peut m'en croire,
Est gris complètement.
Il n'a cessé de boire
Jusqu'au dernier moment.
Eh! deux heures de stage
Au fond d'un cabaret,
En faut-il davantage
Pour dépenser son prêt?
Bah! dans une marée,
Il le rattrapera,
Et, brute invétérée,
Il recommencera!...
D'ailleurs, c'est l'habitude
Des pêcheurs de Kormer.
Ils font un métier rude ..
Allons. John Playne, en mer!

—Bién; hele ahí fuera de la taberna—exclamó Sim.

—Lo que es duro para un bebedor—añadió el grueso labrador.

—¡Bastante ha bebido ya!—hizo observar Martin.

—¡Demasiado!—dijo el cura.

Pat continuó:

II

Le bateau de John Playne,
Trés pointu de l'avant,
Porte foc et misaine:
Il a nom le *Cavan*.
Mais que John se dépêche
De retourner à bord.
Les chaloupes de pêche
Sont déjà loin du port.
C'est que la mer est prompte
A descendre à présent.
A peine si l'on compte
Deux heures de jusant.
Donc, si John ne se hâte
De partir au plus tôt,
Et si le temps se gâte
C'est fait de son bateau.

(1) Con objeto de no desvirtuar el carácter de la canción, la transcribimos en francés, dando la traducción literal en prosa en la presente nota.

John Playne, puede creérseme, está completamente borracho. No ha cesado de beber hasta el último momento. Dos horas de estancia en el fondo de una taberna. ¿Es preciso más para gastar el dinero que le han prestado?

¡Bah! En una marea le volveré á ganar, y, bruto inveterado, comenzará de nuevo. Además, esta es la costumbre de los pescadores de Kormer. Tienen un oficio rudo. ¡Vamos, John Playne al mar!

El barco de John Playne, muy picudo por avante, lleva foque y mesana, y se llama el *Cavan*. Más que John se apresure á volver á bordo. Las chalupas de pesca están ya lejos del puerto. La mar está próxima á descender; apenas si se cuenta con dos horas de marea.

¡Ah! ¡Si John no se apresura á partir pronto y si el tiempo sé estropea!...

—Ciertamente le va á suceder alguna desgracia por su falta—dijo la abuela.

—Tanto peor para él—replicó el cura.

Pat continuó:

III

Ciel mauvais et nuit sombre!
Déjà le vent s'abat
Comme un vautour dans l'ombre...
John, de ses yeux de chat,
Regarde et puis s'aproche...
Qu'est-ce donc qu'il entend?
Un choc contre la roche...
Et gare, s'il attend!
C'est son bateau qui roule
Au risque de remplir,
Et qu'un gros coup de houle
Pourrait bien démolir.
Aussi John Playne grogne
Et jure entre ses dents.
C'est toute una besogne
Que d'embarquer dedans.
Cependant el s'équipe,
Non sans quelque hoquet,
Il allume sa pipe
Au feu de son briquet.
Puis ensuite il se grée,
Car le temps sera froid,
Sa capote cirée,
Ses bottes, son suroît.
Cela fait, il redresse
Le mât, no sans effort.
Mais John a de l'adresse,
Et John Playne est très fort.
Puis, il pèse la drisse
Pour instaler son foc,
Et d'un bon coup il hisse
La lourde voile á bloc.
Enfin, larguant l'amarre
Qu' il ramène á l'avant,
Son poignet sur la barre,
Il s'abandonne au vent.
Mais, devant le Calvaire,
Quand il passe, je crois
Que l'ivrogne a dû faire
Le signe de la Croix.

—Un irlandés siempre debe santiguarse —hizo observar gravemente Murdock.

—Hasta cuando ha bebido—respondió Martina.

—¡Dios le proteja!—añadió el cura.

Pat continuó su canción.

IV

La baie a deux bons milles
Jusques au pied des bancs,
Des passes difficiles,
De sinueux rubans.
C'est comme un labyrinthe
Ou, même en plein midi,
On ne va pas sans crainte,
Eût-on le cœur hardi.
John est à son affaire.
Bras vigoureux, œil sûr,
Il sait ce qu'il faut faire
Et se dirige sur
Le cap que l'on voit poindre
Au bas du vieux fanal.
Là le courant est moindre
Qu'à travers le chenal
John largue sa voilure
Qu' il desserre d'un cran,
Et puis, sous cette allure,
Laisse porter en grand.
Bon! Le feu de marée
Vient de s'effacer... C'est
Que John est à l' entrèe
Des passes du Nord-Est.
Endroit reconnaissable,
Car il est au tournant
De la pointe de sable,
A gauche.—Et, maintenant,
Assurant son écoute
Sur le taquet de fer,
John est en bonne route...
John Playne en pleine mer.

Mal cielo y noche sombría. Ya el viento se abate como un buitre en la sombra. John, con sus ojos de gato mira y se aproxima después. ¿Qué es lo que oye? Un choque contra la roca, y amarra. Es su barco que rueda á riesgo de llenarse y que un golpe de ola podría destrozar. John Playne gruñe y jura entre dientes. Es un gran trabajo embarcarse.

Sin embargo, él se prepara convenientemente, no sin algún tropiezo. Enciende su pipa al fuego de su eslabón, y en seguida se pone, pues el tiempo será frío, su capote de hule, sus botas, y hecho esto, endereza el mástil no sin esfuerzo. Pero John Playne tiene destreza y es muy fuerte. Después examina la driza para instalar su foque, y de un buen golpe iza la pesada vela. En fin, largando la amarra que trae avante, con su puño sobre el timón, se abandona al viento. Pero cuando pasa delante del Calvario, me parece que el borracho ha debido hacer la señal de la cruz.

La bahía tiene dos millas largas, hasta el pie de los bancos; pasos difíciles y sinuosos caminos. Parece un laberinto donde hasta en pleno día no se pasa sin temor, aun teniendo el ánimo atrevido. John está á su trabajo; el brazo vigoroso, la vista segura y sabiendo lo que tiene que hacer, se dirige hacia el cabo que se dibuja bajo el viejo faro. Allí la corriente es menor que al través del canal. Larga su velamen que baja un punto y se deja llevar. ¡Bien! El fuego de marea se acaba de apagar. John está á la entrada de los pasos del N. E. Sitio que es facil de reconocer: pues está á la izquierda de la extremidad de la

—¡Plena mar! —pensó *Hormiguita*. ¡Qué hermoso debe de ser eso!..

V

En avant, c'est le vide,
Vide farouche et noir!
Et sans l'éclair livide,
On n'y pourrait rien voir.
Le vent là-haut fait rage,
Il ne tardera pas,
Sous le poids de l' orage,
A retomber plus bas.
En effet, la rafale
Se déchaine dans l' air,
Se rabaisse et s'affale
Presque au ras de la mer.

Pat suspendió su canción. Esta vez no se hizo observación alguna. Todos prestaban oido, como si la tormenta del cuento se desatase en la granja de Kerwan.

VI

Mais John a son idée,
C'est de gagner au vent,
Rien que d' une bordée
Comme il l'a fait souvent.
Il a toute sa toile,
Bien qu' il souffle grand frais.
Il a bordé sa voile
Et s'élève au plus près.
Et, bien que la tempête
Soit redoutable alors,
Au travail il s'entête...
Son chalut est dehors.
Maintenant que sa chaine
Est raidie, et qu' il a
Son filet á la traîne,—
Tout marin sait cela.
Un bateau qui travaille
Va seul, sans embarder.
Et même sans qu' il faille
De la barre l' aider...
Aussi, la tête lourde,
L'œil á demi louchant,
John saisit—il sa gourde,
Et puis, la débouchant,
Il la porte á sa bouche,
Il la presse, il la tord,
Et, sur le banc, se couche
A l' arrière et s' endort.
Il dort, la panse pleine
De gin et de brandvin...
Ce n' est plus le John Playne...
Hélas!—c' est le John plein!

—¡Imprudente!—exclamó Martín.

—Se dice que hay un Dios para los borrachos;—dijo Sim con naturalidad.

—¡Qué ocupado debe de estar! — dijo Martina.

—Veremos,—dijo el cura.—Continúa Pat.

VII

A peine quelques nues
Dans le ciel du matin,
Fuyantes et ténues!...
Le soleil a bon teint.
Et comme l'on oublie
Le danger qui n' est plus,
Chacun gaiment rallie
La baie avec le flux.
Chaque bateau se hâte.
Les voilà bord á bord.
C' est comme une régate
A l' arrivée au port.

—¿Y John Playne?—preguntó *Hormiguita*, muy inquieto por el borracho que va dormido arrastrando su red.

—Paciencia,—respondió Martín.

—¡Tiemblo por él!—añadió la abuela.

VIII

Tiens! Qu' est-ce qui se passe?
Le bateau de l' avant
Soudain fait volte-face
Pour revenir au vent.

---

playa. Y ahora asegurando la escota sobre el piquete de hierro, John está en buen camino. En plena mar.

Delante sólo está el vacío feroz y negro. Y sin el resplandor lívido nada se podría ver. El viento ruge en lo alto y no tardará, bajo el peso de la tormenta, en caer. En efecto, el huracán se desencadena en el espacio, y baja casi al ras del mar.

Pero John tiene su idea. Consiste en ganar al viento, de una sola bordada como hace á menudo. Tiene toda su vela extendida, y aunque la tempestad sea entonces terrible, se dedica á la faena. Su red está fuera. Ahora que sus mallas estén tirantes, todo marino lo sabe, un barco que trabaja va solo sin necesidad de que el timón le ayude. Así pues, con la cabeza pesada y la mirada bizca, John coge su calabaza y destapándola se la lleva á los labios, la oprime la fuerza, y echándose sobre el banco se queda dormido. Duerme con la panza llena de ginebra y de brandvin... Ya no es John Playne... ¡es John lleno!

En el cielo de la mañana apenas se ven algunas nubes tenues y fugitivas. El sol brilla, y como el peligro pasado se olvida, todos se reunen alegremente y se apresuran. Vedlos. Es como una regata á la llegada al puerto.

¡Calla! ¿Qué sucede? El primer barco se vuelve de repente. Los de atrás maniobran á su vez de la misma manera sin pensar en regresar. ¿Es que la tormenta ha sorprendido

Les autres en arrière
Manœuvrent á leur tour
De la même manière
Sans songer au retour.
Est-ce que dans l' orage
Quelque bateau surpris
La nuit a fait naufrage?...
Ouí!... voilà des débris?...
On se presse, on arrive...
Un bateau sur la mer
Est là, seul, en dérive,
Chaviré, quille en l' air!

—¡Naufragado! —exclamó *Hormiguita.*
—¡Naufragado! —repitió la abuela.

IX

Vite! que l' on travaille!
Il faut hisser d' abord
Le chalut maille à maille
Et le rentrer à bord.
On le hisse, on le croche
A l' aide de palans,
Il remonte, il approche...
Un cadavre est dedans!
Et cette épave humaine
Arrachée á la mer,
C' est bien lui, c' est John Playne
Le pêcheur de Kromer.

X

Son bateau, sans nul doute,
A lui-même livrè,
Pris de travers en route,
Sous voile a chaviré.

Ce qui fera comprendre
Comment, le fou qu' il est,
L' ivrogne s' est fait prendre
Dans son propre filet!
Ah! quelle horrible vue,
Lorsqu' il est mis à bord!
Oui! malgré tant d' eau bue,
Il semble être ivre encor!

—¡Desgraciado! —dijo Martina.
—Nosotros rogaremos por él,—dijo la abuela.

XI

Achevons la besogne!
Pêcheurs, il faut rentrer
Ce misérable ivrogne,
Afin de l' enterrer.
Si vous voulez m'en croire,
Tachez de le mettre où
Il ne puisse plus boire,
Et creusez bien le trou.
Ainsi finit John Playne,
John Playne de Kromer.
Mais la marée est pleine...
Allons, pêcheurs, en mer!...

La voz de Pat sonaba como un clarín al decir los últimos versos de la triste canción. La impresión que produjo en los convidados fue tal, que se contentaron con beber un solo trago á la salud de cada uno de sus huéspedes, que fue un suplemento de diez buenos vasos. Y se separaron, prometiéndose no imitar jamás á John Playne, ni aun en tierra.

---

algún barco y le ha hecho naufragar en la noche?... ¡Sí!... He allí sus restos... Se acercan... Un barco en la mar, solo... naufragado, con la quilla al viento.

¡A trabajar de prisa! Primero es preciso izar la red malla á malla y ponerla á bordo. Se la iza, se la engancha, con ayuda del aparejo. Sube... se aproxima... ¡Dentro hay un cadaver! Y aquel náufrago, arrancado al mar es John Playne, el pescador de Kromer.

Entregado á sí mismo, su barco fue cogido de través y ha zozobrado. Esto hará comprender lo loco de su empresa. El borracho fue cogido en su propia red. ¡Qué espectáculo más horrible cuando se le sube á bordo!... Sí, á pesar de haber tragado tanta agua, parece estar borracho todavía.

¡Acabemos el trabajo! Pescadores, es preciso enterrar á este miserable borracho: y si queréis creerme, procurad meterle donde no pueda beber más, y tapad bien el agujero.— Así acabó John Playne de Kromer... Pero la marea está alta... ¡Vamos, pescadores, al mar!...

FIN DEL PRIMER CUADERNO